

Meditaciones sobre los textos litúrgicos de octubre de 2022

Con alegría por la beatificación de Pauline Marie Jaricot

Sábado, 1 de octubre de 2022

Santa Teresa de Lisieux (memoria)

Jb 42,1-3.5-6.12-17; Sl 118; Lc 10,17-24

Meditemos

Recordemos dos ideas del libro de Job. Esta es la primera: «Reconozco que lo puedes todo, que ningún proyecto te resulta imposible». La segunda idea se enuncia de este modo: «[Job] Murió anciano tras una larga vida».

Al ser puesto a prueba, Job conoce un poco mejor a su Señor y llega a la siguiente conclusión: Reconozco que lo puedes todo, que ningún proyecto te resulta imposible. Pensemos en nuestros proyectos personales, en nuestros proyectos misionales, en los relacionados con la organización de nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestras parroquias y diócesis. ¿Sabemos asociar su realización a los planes de Dios para salvarnos, para llevar su salvación hasta los confines de la tierra? Los planes de Dios se basan en su amor, su paz y su justicia, su deseo de salvar a la humanidad. Por último, si Job muere anciano tras una larga vida, es sin duda para que tenga tiempo de cantar las maravillas de Dios, de hablar bien de su Creador y Salvador en el seno de su numerosa familia, así como de las personas de su entorno.

Cabe hacerse una serie de preguntas. ¿Están nuestros planes inspirados en el Dios de Jesucristo que quiere salvar a toda la humanidad? Añadamos esta segunda pregunta: ¿Otorgamos importancia al hecho de proclamar a un Dios que ama su creación, que quiere salvarla, un Dios que nos ama y quiere implicarnos en su proyecto de amor, justicia y paz? Escuchemos lo que dice el Salmo 118, de forma tranquilizadora: Dichoso el que, con vida intachable, camina en la ley del Señor. Dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón. Buscar a Dios es también cumplir las exigencias de este Dios y organizar la vida según el amor manifestado en Jesús. Evangelizar es amar y colaborar, educar y sanar, acoger el reino de Dios y acelerar su llegada (Pierre Diarra, *Évangéliser aujourd'hui. Le sens de la mission*, París, Mame, 2017, p. 63-64). Esto significa para el ser humano, el discípulo misionero, una vida orientada a la búsqueda de la paz, de la justicia, así como al anuncio de un Dios que otorga su gracia. Así, podemos regocijarnos desde aquí en la tierra, pues nuestra misión está dando sus frutos y el Reino de Dios está llegando, tal y como pedimos en la oración del Padre Nuestro.

Jesús les dice a los setenta y dos que se regocijen, no porque estén haciendo maravillas durante la evangelización, sino porque sus nombres están escritos en el cielo. Sin embargo, no invita a sus discípulos a utilizar el anuncio del Evangelio para «ganarse» el cielo. Sus nombres ya están escritos en él. Lo que urge es el anuncio de Jesucristo. El anuncio del Evangelio tiene por meta la salvación de todos, la de los «misionados», los evangelizados, así como la de los misioneros. Para proponer adecuadamente el Evangelio, debemos acogerlo nosotros mismos y vivirlo sinceramente, con toda verdad. El anuncio del Evangelio no es posible sin el testimonio. Como testigos de Jesús, el Cristo, testigos del Evangelio y de la salvación ofrecida a todos, somos pues testigos de la presencia del Espíritu Santo en el mundo. El Espíritu Santo actúa en los corazones de todos los seres humanos, en todas las culturas. El objetivo primordial no es la salvación de los misioneros, sino la salvación de todos, por lo que el servicio del Evangelio debe ser gratuito.

Tal y como dice el papa Francisco en *Fratelli tutti*, «Quien no vive la gratuidad fraterna, convierte su existencia en un comercio ansioso, está siempre midiendo lo que da y lo que recibe a cambio. Dios, en cambio, da gratis, hasta el punto de que ayuda aun a los que no son fieles» (n.º 140). ¿Acaso no hace salir su sol sobre los malos y los buenos? (Mt 5,45). La recomendación de Jesús es

clara: «Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto» (Mt 6,3-4). Hemos recibido la vida y el Evangelio de forma gratuita, sin pagar nada. Ofrezcamos gratuitamente el Evangelio, invitemos a nuestros contemporáneos a amar a Jesús, como Santa Teresa de Lisieux. Al igual que ella, recemos por los misioneros y por el éxito de la misión. De hecho, Jesús dijo a sus discípulos: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8). Pidamos al Señor que dé el Espíritu Santo a los misioneros y a las misioneras con el fin de que sean fuertes y valientes para anunciar a Cristo, sean cuales sean las pruebas a las que tengan que enfrentarse.

Domingo, 2 de octubre de 2022

Domingo XXVII del tiempo ordinario

Ha 1,2-3; 2, 2-4; Sl 94; 2Tim 1,6-8.13-14; Lc 17,5-10

Meditemos

Al ver todo lo que está mal en nuestro mundo, podemos desanimarnos y pensar: ¿de qué sirven todos nuestros proyectos? La miseria se ha apoderado de nuestro mundo y el número de personas que viven en condiciones indignas del Hombre se multiplica sin cesar. ¡Cuánta violencia! ¡Cuántos saqueos, escenas de disputa y discordia! Podemos incluso hacer reproches a Dios, diciéndole, como el profeta Habacuc, que le gritamos, que le expresamos nuestra preocupación, pero que no parece escucharnos, o al menos no parece tener prisa por venir a salvarnos. En este contexto, ¿nos atrevemos a proponer la Buena Nueva del Salvador Jesús? ¿Confiamos realmente en Dios nuestro Salvador?

Por supuesto, no hay que olvidar todas las maravillas de Dios, todos los signos de fraternidad y solidaridad humanas, pero hay que saber abrir los ojos para ver el mal y mirar la miseria. Entonces se hace más evidente la urgencia de la salvación y de la misión. Con el salmista, ¡atrevámonos a reconocer que debemos aclamar a nuestro Dios como nuestra Roca, nuestra Salvación! Es Él quien da fuerza a los justos para que vivan con fidelidad. Así puede dar gracias. Se nos invita a comprender, siguiendo a san Pablo, que Dios no nos dio un espíritu de miedo, sino un espíritu de fuerza, amor y ponderación. Escuchemos el consejo de Pablo a Timoteo y no nos avergoncemos de dar testimonio en nombre de nuestro Señor. No nos avergoncemos de todos los encarcelados por su fe, de todos los mártires de todos los tiempos, de los y las que han dado testimonio de Jesucristo hasta el punto de dar la vida.

El servicio del Evangelio puede llevarnos tan lejos, por amor a nuestro Señor Jesús, así como por amor a todas las personas que esperan el Evangelio de la Salvación. Este compromiso misional es también un servicio, un mandato de nuestro Señor. Cuando hagamos lo que nos resulte posible al proclamar el Evangelio, atrevámonos a decir: «Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10). Evangelizar es un acto eclesial, decía Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* (n.º 60), y todos están vinculados, en el corazón mismo de su empresa misional, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Todos dan testimonio del Evangelio, de Cristo, y lo ofrecen de diversas maneras «en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre» (*Evangelii nuntiandi*, n.º 60).

Ningún evangelista es dueño absoluto de su acción evangelizadora. La referencia es la Iglesia y, más allá, Cristo, la Trinidad; de ahí la importancia de la comunión entre los misioneros, los discípulos misioneros. La Iglesia debe sentirse responsable de la tarea de difundir el Evangelio. Esta tarea es tanto más fructífera en la medida en que esté vinculada al testimonio y al diálogo con todos, al compromiso de mejorar las condiciones de vida de los pobres y de los pequeños. No olvidemos rezar por el éxito de la misión y dar gracias por las maravillas que el Espíritu Santo está haciendo en los corazones de nuestros contemporáneos y en todas las culturas. Es importante señalar aquí la importancia de la Iglesia universal, que no es ni la suma ni la federación más o menos anómala de Iglesias particulares esencialmente diversas (*Evangelii Nuntiandi*, n.º 62). La Iglesia, universal por vocación y misión, se enraíza en los diversos terrenos culturales y sociales, a la vez que acoge a

rostros de hombres y mujeres con diversas expresiones externas. Dios actúa de diversas maneras en la Iglesia y en el mundo.

¿Acaso los ángeles de la guarda no son signo de estas acciones diversas de nuestro Dios, sin negar al mismo tiempo la unicidad de nuestro Dios? ¿No son signo de la cercanía de Dios a todos los seres humanos? Cada uno de nosotros está confiado a la vigilancia especial de un ángel, signo del amor especial de Dios por cada uno de nosotros. Cada rostro es único, como lo es cada cultura y cada corazón. «Los cristianos sabemos que Dios quiso darse a conocer al hombre en Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero también sabemos que Dios actúa en el corazón de los creyentes de otras religiones, como lo hace en cada persona. Por eso, todos juntos, respetando nuestras especificidades y nuestros caminos, tenemos el deber de purificar nuestra memoria, no para imponer sino para indicar el sentido que debe darse a la prodigiosa aventura humana». (Mons. Jean-Marc Aveline (dir.), *Jean-Louis Tauran. Le courage et la liberté*, Marsella, Publications Chemins de Dialogue, 2019, p. 132). Se nos invita a preocuparnos por la salvación de todos nuestros contemporáneos —cada uno es único—, pues nadie aceptaría ser totalmente «fundido» o «diluido» en una masa donde, en último término, la personalidad se perdería, ignorada. Dios nos conoce a todos, a cada uno de nosotros, por nuestro nombre, nuestros deseos y nuestros pecados, así como por nuestra generosidad, nuestro amor, la apertura de nuestro corazón y nuestros esfuerzos en el camino de la fidelidad y la santidad. Pidamos al Señor que nos conceda toda la fuerza del Espíritu Santo para amar mejor a Dios y a las personas que pone en nuestro camino, para emprender con lucidez acciones de solidaridad y de lucha por la justicia y la paz. Recemos para que nuestros ángeles de la guarda velen por nosotros y sean el signo de la presencia de nuestro Dios, el signo de benévola atención por todos y cada uno de nosotros. Séanos dada la fuerza para continuar la misión de manera audaz y resuelta, pues Dios está con nosotros.

Lunes, 3 de octubre de 2022

Ga 1,6-12; Sl 110; Lc 10,25-37

Meditemos

¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna? Es una pregunta que puede parecer una expresión de egoísmo. De hecho, la persona que hace esta pregunta parece preocuparse por su propia salvación. Por lo tanto, cabe preguntarnos si esta persona está pensando en la salvación de los demás. ¿Qué hay de dicha salvación para cada uno de nosotros? Me preocupa mi salvación personal, heredar la vida eterna. Jesús se refiere a la Ley, a lo que en ella está escrito y a cómo pueden entenderse estos textos. Lo sabemos todos: ama al Señor y ama al prójimo como a ti mismo. La cuestión debe desplazarse del conocimiento de la ley a su aplicación en la práctica. En primer lugar, hemos de recordar el verbo «escuchar». Al igual que en Israel, Dios nos invita a escucharlo. En segundo lugar, debemos preguntarnos de verdad: ¿cómo ponemos en práctica estos dos mandamientos que son, de hecho, dos partes de uno solo? ¿Cómo podemos amar a Dios de todo corazón, con toda el alma, con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra inteligencia? ¿Cómo amar al prójimo como a uno mismo? Evidentemente, la referencia para entender el amor y sus exigencias es Jesucristo. Está bien amar al prójimo como a uno mismo, pero debemos ir más allá: amar como nos amó Jesús dando su vida por nosotros, por nuestra salvación, por la salvación de todos.

No podemos olvidar que Dios es Amor, como explica san Juan. Quien no ama no ha conocido a Dios (1 Jn 4,8). Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios (1 Jn 4,7). Vayamos más allá para afirmar con Jesús: no hay mayor amor que dar la vida por los amigos, por aquellos y aquellas a quienes decimos amar. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por los que ama. El mandamiento es claro: «que os améis unos a otros como yo os he amado» (véase Jn 15,11-15). La referencia es, pues, Jesús, sin olvidar la kénosis. En efecto, el Hijo de Dios va hasta la muerte para expresar el amor de Dios por la humanidad. Se nos invita a comportarnos como en el caso de Jesucristo, «el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así,

reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz...» (*Flp* 2, 5-8) A partir de este momento, ya no basta con amar al prójimo como a uno mismo; hay que ir más allá, es decir, amar como nos amó Jesús.

El amor del que hablamos no se limita a unas pocas relaciones interpersonales, a unas pocas buenas obras. Hemos de ir más allá y luchar por el *amor en la verdad*, que es la única fuente de paz. Todo lo que podamos hacer por la salvación de los demás, estamos invitados a hacerlo. Sabemos que las acciones de Cristo, basadas en el amor, trascienden el mínimo exigido por la justicia humana, tal y como explica el papa Benedicto XVI en *Africae munus* (n.º 28). Ya no basta con dar al otro lo que le corresponde. La lógica interna del amor debe empujarnos a ir más allá de esta justicia. Se nos invita a dar lo que tenemos (*Caritas in veritate*, n.º 6) e incluso lo que somos, es decir, todo nuestro ser: cada uno de nosotros está invitado a entregarse a los demás. «No amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras». El discípulo de Cristo debe llegar a entregarse por la salvación de sus hermanos (1 *Jn* 3,16-18). Quizá sea este el precio de la auténtica paz en Dios (cf. *Ef* 2,14). Todas las sociedades necesitan un servicio fraternal animado por el amor, ya que siempre habrá sufrimiento, que exige consuelo, solidaridad y ayuda. Siempre habrá soledad, exclusión, personas que se enfrenten a las dificultades de la vida, pobres, pequeños, personas que se sientan excluidas. Siempre habrá situaciones de necesidad material en las que se necesite ayuda. Por lo tanto, hace falta un amor concreto por el prójimo, el que espera de nosotros ayuda, presencia y atención (*Deus caritas est*, n.º 28). El amor es lo que apacigua los corazones y a las personas abandonadas y aisladas. El amor es lo que genera la paz, la instaura y la restablece en el corazón humano.

En sus parábolas, Jesús habla del pastor que va en busca de la oveja perdida. Es el caso del padre que se encuentra con el hijo pródigo y lo abraza. No se trata solamente de las palabras de Jesús, sino de la explicación de su propio ser y de sus acciones. En su muerte en la cruz se culmina el don supremo: Jesús, el Hijo, se entrega para resucitar al Hombre y salvarlo. Es el amor en su forma más radical. Se nos invita a dirigir la mirada hacia el lado abierto de Cristo, del que habla Juan (cf. 19,37), y a comprender que: «Dios es amor» (1 *Jn* 4, 8; cf. *Deus caritas est*, n.º 12). Nadie ha visto jamás a Dios tal y como es en sí mismo. Sin embargo, Dios no es totalmente invisible o inaccesible para nosotros. Él fue el primero en amarnos (cf. 1 *Jn* 4,10) y este amor de Dios se manifestó entre nosotros; se hizo visible, pues «envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de Él» (1 *Jn* 4,9). En Jesús podemos ver al Padre (cf. *Jn* 14,9). De hecho, Dios se hace visible de numerosas formas.

En la historia de amor que nos cuenta la Biblia, Dios sale a nuestro encuentro, trata de convencernos de que nos ama. Todo lo que vivió Jesús es una expresión del amor de Dios por nosotros. En concreto, cabe destacar la Última Cena, la Cruz y las apariciones después de la Resurrección, sin olvidar todas las grandes obras con las que, a través de la acción de los Apóstoles, Dios guio el camino de la naciente Iglesia. Observemos también que, en la historia de la Iglesia, el Señor nunca ha estado ausente: siempre vuelve a salir a nuestro encuentro, tanto a través de los seres humanos como de su Palabra, en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de creyentes, experimentamos el amor y la presencia de Dios. De este modo, también aprendemos a reconocer la presencia del amor en nuestra vida cotidiana. Él nos amó primero y sigue amándonos. Por ello, se nos invita a responder al Amor con amor y fidelidad. En primer lugar, Dios nos ama; nos hace ver su amor y podemos sentirlo. En respuesta a ello, también puede brotar el amor dentro de nosotros (cf. *Deus caritas est*, n.º 17).

¿Cómo puede el ser humano dar gracias al Señor si nadie le ha despertado al amor, si nadie le ha anunciado el amor? ¿Cómo puede un ser humano dar gracias si nadie le ha ayudado a maravillarse de las obras del Señor, de la belleza de sus acciones? ¿Cómo podemos abrir el corazón a los pobres y desgraciados de nuestro mundo, si nadie nos ayuda a comprender que el Señor es ternura y misericordia? Dios Padre resucitó a Jesucristo de entre los muertos. Desde aquel momento, la gracia y la paz nos las ofrecen el Dios-Padre y el Señor Jesucristo, que se entregó, por amor, para liberarnos de nuestros pecados, para alejarnos de este mundo malo. El Padre y el Hijo nos han enviado al Espíritu Santo, vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. Qué dicha supone dar gracias, así como percibir las

exigencias de este Amor que nos impulsa a amar a nuestros contemporáneos y a tomar iniciativas misionales.

Martes, 4 de octubre de 2022

San Francisco de Asís (memoria)

Ga 1,13-24; Sl 138; Lc 10,38-42

Meditemos

Hoy no podemos meditar sobre estos textos bíblicos sin tener presente la figura de Francisco de Asís, ese santo italiano, con su arte de vivir, su manera de ser cristiano en comunión con la naturaleza. Fue canonizado en 1228 y hoy en día se lo considera un santo amante de la naturaleza. En 1979, Juan Pablo II lo nombró patrono de la ecología. Pero también inspira a los no violentos y su oración es bien conocida: Señor, haz de mí un instrumento de tu paz...

Se nos invita a tomar conciencia de la voluntad del Creador de que el ser humano someta la tierra y domine a todos los seres que viven en ella, así como a estar en comunión con la naturaleza. No se trata de estar en oposición a la tierra ni en una posición de explotación o destrucción. San Francisco de Asís es presentado por Juan Pablo II como el patrón de los ecologistas, en una época en la que a menudo se los miraba con recelo. La salvaguarda de la creación es importante y, desde *Laudato si'*, la reflexión sobre la ecología se ha hecho ineludible.

Cabe destacar que, tras una juventud ligera, san Francisco de Asís decidió vivir según el Evangelio, sirviendo a Cristo, descubierto principalmente en los pobres y abandonados. Se hizo pobre y reunió a su alrededor a unos compañeros, los Hermanos Menores, para predicar a todos el amor de Dios. Quiere seguir a Cristo lo mejor posible mediante palabras y obras que sean apreciadas por sus contemporáneos. Con san Francisco, atrevámonos a decir: Lado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el señor hermano sol, el cual es día, y por el cual nos alumbras. Y él es bello y radiante con gran esplendor, de ti, Altísimo, lleva significación.

A veces nos olvidamos de contemplar al Señor, de contemplar su obra, sus criaturas, el universo, la luna, el sol, la belleza de nuestro entorno. A veces nos olvidamos de contemplar al Señor, de escucharlo y de llenar nuestro corazón con su palabra de vida. A veces tratamos de impedir a quienes dedican un poco de tiempo a escuchar y contemplar al Señor.

Dios está dispuesto a revelar a su Hijo en cada uno de nosotros, como hizo con san Pablo, para que podamos anunciarlo a todos, a los pequeños y a los poderosos, a los que ya lo conocen y a los que lo conocen menos. Bautizados, somos enviados a todos, a todas las naciones. Él, el Señor, nos conoce a todos y cada uno de nosotros. Si una persona se sienta o se levanta, Él lo sabe, como dice el Salmo 138. Desde muy lejos, Él penetra en todos nuestros pensamientos. Él está con nosotros, incluso cuando dudamos de su presencia invisible; pone constantemente su mano sobre todos y cada uno de nosotros; vela por nosotros y abre sendas de esperanza y salvación.

Pero dediquemos el tiempo necesario para encontrarnos con Él, para pasar tiempo con Él, para meditar su palabra. Existe la tentación de decir, como Marta: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado hacer el servicio sola? Dile que me eche una mano». Qué suerte, poder escuchar la respuesta del Señor: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada». Ciertamente, hay que compaginar bien las tareas que debemos hacer con el tiempo de escucha de la Palabra, el tiempo de la meditación y la contemplación. Necesitamos escuchar al Señor, sumergirnos en su palabra, para vivir, actuar bien, convertirnos y transformar nuestras comunidades de vida, nuestras sociedades y nuestro mundo.

Oremos con el papa Francisco:

Dios omnipotente,

que estás presente en todo el universo
y en la más pequeña de tus criaturas,
Tú, que rodeas con tu ternura todo lo que existe,
derrama en nosotros la fuerza de tu amor
para que cuidemos la vida y la belleza.
Inúndanos de paz, para que vivamos como hermanos y hermanas
sin dañar a nadie.
Dios de los pobres,
ayúdanos a rescatar
a los abandonados y olvidados de esta tierra
que tanto valen a tus ojos.
Sana nuestras vidas,
para que seamos protectores del mundo
y no depredadores,
para que sembremos hermosura
y no contaminación y destrucción.
Toca los corazones
de los que buscan sólo beneficios
a costa de los pobres y de la tierra.
Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa,
a contemplar admirados,
a reconocer que estamos profundamente unidos
con todas las criaturas
en nuestro camino hacia tu luz infinita. [...]
Señor, tómanos a nosotros con tu poder y tu luz,
para proteger toda vida,
para preparar un futuro mejor,
para que llegue tu Reino
de justicia, de paz, de amor y de hermosura.
Alabado seas. Amén. (*Laudato si'*, 246).

Miércoles, 5 de octubre de 2022

Ga 2,1-2.7-14; Sl 116; Lc 11,1-4

Meditemos

Hoy se nos invita a meditar sobre una oración que conocemos bien.
«Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano. perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en la tentación».

La oración del *Padre Nuestro* es en verdad la oración de los hijos de Dios, una oración que nos orienta hacia «nuestro Padre», así como hacia a nuestros hermanos. Como hermanos, se nos invita a dirigirnos a Dios, al único Dios. En efecto, después de decir «venga tu reino, santificado sea tu

nombre», pedimos perdón por nuestros pecados, porque nosotros mismos estamos comprometidos con nuestros hermanos que nos han agraviado. Estamos dispuestos a perdonar y osamos pedirle al Señor que nos perdone. El perdón del Señor es exigente y se nos invita a tomar la medida del perdón que pedimos a Dios, nuestro Padre, y que ofrecemos a nuestros hermanos.

Escuchemos a Jesús: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano “imbécil”, tendrá que comparecer ante el Sanedrín y si lo llama “necio”, merece la condena de la gehena del fuego. Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda». (Mt 5,21-24)

Fijémonos en la exigencia: si alguien se enfada con su hermano; si alguien insulta a su hermano; si alguien lo llama necio... si recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, no eres tú quien recuerda que tienes algo contra tu hermano, sino que tú recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti. No podemos ir «tan tranquilos» a hacer nuestra ofrenda a Dios y rezarle, sin preocuparnos de nuestra relación con nuestros hermanos. Nuestro Padre nos pide que nos reconciliemos primero con nuestros hermanos y hermanas antes de acudir a Él con nuestras ofrendas. ¡Qué exigencias!

Cada uno de nosotros se dirige a Dios, por supuesto, pero se nos invita a dirigirnos a Él juntos, pues Él es «Nuestro Padre» y nosotros somos «sus hijos»; somos hermanos con un mismo Padre. La relación de amor que Dios tiene con nosotros, con cada uno de nosotros, debe vivirse entre nosotros. La historia de la salvación exalta a Dios en su caridad (*ágape*) gratuita, generosa e inagotable (Rom 8,31-38); así como exalta al ser humano, al que el Señor otorga la capacidad de manifestar verdaderamente su condición de «hijo», no solamente receptor sino también transmisor de amor, principio por tanto de esperanza, hasta que solamente haya amor, porque todas las cosas estarán sometidas a Dios, que será «todo en todos» (1Cor 15,28)» (Pontificia Comisión Bíblica, *¿Qué es el hombre? Un itinerario de antropología bíblica*, París, Cerf, 2020, p. 423).

Es una buena oportunidad para relacionar este texto con lo que nos dice el apóstol Pablo sobre el apóstol Pedro y su actitud hacia los fieles de origen gentil: comía con los fieles de origen gentil, pero cambiaba de actitud en cuanto había cristianos de origen judío presentes; de ahí el reproche del apóstol Pablo, quien percibió que no caminaba rectamente según la verdad del Evangelio: «Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿por qué obligas a los gentiles a vivir como judíos?». ¿Cómo podemos vivir como hermanos de Jesús? Se nos invita a vivir según el Evangelio y no según los valores culturales que los misioneros pudieran tener la tentación de imponernos. Ciertamente, el Evangelio está tomado de las culturas de los discípulos de Cristo, pero hemos de saber criticar, a la luz del Evangelio, nuestras formas de vivir, nuestras relaciones sociales y fraternales. Tanto la misión *ad gentes* como la misión *inter-gentes* nos desafían a aceptar la inculturación y los encuentros interculturales. Se nos invita a tomarnos en serio la luz del Evangelio y a enraizar nuestras acciones y decisiones en la misericordia y la ternura de Dios. La justicia y la paz, el amor y el perdón de Dios, revelados en Jesucristo, nos provocan y desafían a todos a convertirnos. El Evangelio que ofrecemos a los demás también va dirigido a nosotros.

Se nos invita a convertirnos juntos, cada uno a su manera, para llegar a ser verdaderos y cada vez mejores hermanos en Cristo. Se nos invita a construir una Iglesia-Fraternidad. No se trata de limitarse a las dimensiones económica y financiera de los problemas y las ayudas, sino de mostrar las tareas que hay que realizar para mantener vivo el tejido social. Desde un punto de vista humano y fraternal, se nos invita a tener en cuenta los sufrimientos de quienes se sienten abandonados y excluidos, ya sean ancianos, jóvenes o mujeres. ¿Cómo podemos integrar en la vida social a quienes parecen inútiles, apartados del trabajo y de otras actividades sociales?

Se nos invita a que, juntos, alabemos al Señor y se lo ofrezcamos a todas las personas. Todos estamos invitados a celebrarlo, en nuestras lenguas, culturas y tradiciones, en todos los países. Se nos invita a dar gracias por su amor y su perdón, que son más fuertes que toda nuestra violencia y todas

nuestras organizaciones que levantan muros entre los seres humanos. Bendito sea el Señor, cuya fidelidad es eterna. Amén.

Jueves, 6 de octubre de 2022

San Bruno, sacerdote (memoria libre)

Ga 3,1-5; Lc 1,69-70,71-72,73-75; Lc 11,5-13

Meditemos

Las preguntas planteadas a los gálatas son rudas: «¡Oh, insensatos Gálatas! ¿Quién os ha fascinado?» «El que os concede el Espíritu Santo y obra prodigios entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley o por haber escuchado con fe?» Estas preguntas parecen implicar reproches. Se plantea la cuestión de la fe, así como la cuestión de la Ley y la acogida de los dones de Dios, especialmente el don del Espíritu Santo. ¿Dios nos concede sus dones porque cumplimos la Ley o porque es bueno? ¿Se deja Dios encerrar en una lógica de «dar y recibir»?

La generosidad de Dios para con nosotros no puede verse condicionada por nuestro comportamiento hacia Él y hacia el prójimo. Quizá Dios no sea bueno con nosotros porque no tiene nada que reprocharnos, porque no pecamos. ¿Nos concede Dios sus dones porque hemos llegado a ser justos ante Él mediante el respeto de la ley o mediante la fe? ¿No es gratuito el don de Dios? Sea cual sea nuestra respuesta, procuremos ir más allá en nuestra meditación. ¿Recibe Dios algo a cambio de las personas cuando les concede sus dones? Tal vez Dios no siga la misma lógica que las personas. Para estas, recibir es tan esencial como dar. Cabe quizás precisar que es esencial recibir de la persona a la que damos. Si aceptamos esta forma de ver las relaciones, teniendo en cuenta el retorno, ya no podemos hablar solamente de dar sino también de intercambio. ¿Significa esto que el ejercicio de dar debe considerarse de una forma diferente?

Dar puede convertirse en dominar al otro cuando no se espera nada de él. ¿Acaso dar sin una perspectiva de enriquecimiento mutuo no es una práctica que consagra la desigualdad y puede significar tomar el poder sobre el prójimo? El intercambio, en el que cada uno da y recibe, brinda la enorme ventaja de reafirmar una igualdad fundamental entre dos partes, aunque se entienda que cada una de las dos no da lo mismo. Además, el «valor de mercado» de lo que se da no es equivalente. Sin embargo, las partes están al mismo nivel: cada una de ellas es a la vez dador y receptor, como bien explica Alain Durand (*La foi chrétienne aux prises avec la mondialisation*, París, Cerf, 2003, p. 81) cuando habla de una ética de la reciprocidad.

¿Estamos dispuestos a cuestionar este concepto del intercambio y la reciprocidad, no solamente en el plano económico, sino también en los planos cultural y religioso? Aquí podríamos plantear la apertura recíproca y razonada de los mercados, pero articulemos el bien intercambiado con sus aspectos económicos y culturales. Tenemos mucho que recibir desde el punto de vista cultural de otros pueblos y países pero ¿lo aceptamos realmente? Las aportaciones culturales y espirituales de otros pueblos y comunidades pueden plantear importantes cuestiones sobre nuestra relación con la naturaleza, nuestros antepasados, nuestros muertos, la comunidad, los santos y nuestra forma de ejercer la justicia. ¿El objetivo principal de esta es buscar la rehabilitación o el castigo de la persona que se ha desviado de la norma comunitaria? ¿Qué aceptamos, desde el punto de vista cultural, de las poblaciones a las que ayudamos voluntariamente en diversos países?

El intercambio es tal vez superior a la donación, porque cada parte da algo en el contexto de un reconocimiento recíproco. Las relaciones humanas se convierten en el marco del acto de dar y de la cosa dada. En este marco, permito que la otra parte sea una persona ante mí como yo lo soy ante ella. Tanto ella como yo nos convertimos en fuentes de iniciativa relacional y de autorrealización. El intercambio de reciprocidad se convierte en una fuente de vida, que empieza por fomentar el reconocimiento de las personas. Ya no se trata simplemente de un comportamiento moral que consiste en hacer el bien al otro, sino que la relación pertenece al orden irreductible de la presencia ante el otro y de la presencia del otro. Se invita a las dos partes a ir más allá del ámbito de las necesidades y

carencias, para acceder juntos al nuevo orden de la relación e incluso a transformaciones profundas. Tanto la relación de ayuda como las intervenciones humanitarias son importantes, pero podrían llegar a limitar la ayuda prestada. Para pertenecer al orden propiamente humano del encuentro, también deben forjar vínculos sociales.

A la luz de tan rápida reflexión sobre el hecho de dar, el intercambio, la reciprocidad y los diferentes tipos de ayuda, ¿podemos preguntarnos sobre nuestra relación con Dios? Nuestro Dios nos envió a Emmanuel, el sol que sale e ilumina «al pueblo que caminaba en tinieblas». Sobre los habitantes del ensombrecido país brilló una luz (*Is* 9,1). Sobre este brote del tronco de Jesé, es decir, la dinastía davídica, se posa el Espíritu Santo de Dios (*Is* 11,1-2). Con Cristo, tenemos la luz que alumbra a toda criatura (*Jn* 1,9) y propicia la vida. «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres». (*Jn* 1,4). Cristo, esperado como sol de Justicia, brillará llevando en sus rayos la curación (*Ml* 3,20). Este sol guiará nuestros pasos por el camino de la paz (*Lc* 1,79) y podremos desplazarnos con esta luz como punto de referencia.

¿Acaso Dios es simplemente el Padre al que solo clamamos cuando tenemos carencias, incluidas las de bienes espirituales? «Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado» (papa Francisco, *Misericordiae vultus – El rostro de la misericordia*, Roma, 11 de abril de 2015, n.º 2). ¿Sabemos dar gracias y mantener una relación amistosa y filial con Dios? ¿Sabemos dar gracias por medio de Jesucristo y para Él? ¿Sabemos pedir al Señor que nos dé su Espíritu Santo? ¿Sabemos bendecir a Dios que, como Jesucristo y en el Espíritu Santo, visita a su pueblo? Dios está presente en nuestra vida, en nuestro mundo, y no siempre lo percibimos. Nos olvidamos de dar gracias. Atrevámonos, como María, a decir: Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador. Maravillas hizo en mí el Poderoso y santo es su nombre.

Viernes, 7 de octubre de 2022

Nuestra Señora del Rosario (memoria)

Ga 3,6-14; Sl 110; Lc 11,15-26

Meditemos

Los testigos de la vida de Santo Domingo relataron su devoción por la Madre de Dios. Cuando se organizó una cruzada mariana contra los turcos, Pío V movilizó espiritualmente a todas las cofradías del Rosario para este fin. La flamante victoria de Lepanto (7 de octubre de 1570) fue aclamada como respuesta de María a sus devotos y el Papa autorizó a los Predicadores a conmemorar cada año el aniversario del Rosario. En el siglo XIX, el papa León XIII y los dominicos se esforzaron por restaurar la oración del Rosario. Este parece ser un medio privilegiado y adaptado a creyentes de todas las culturas, para rezar con María los grandes misterios de la salvación, una especie de resumen del Evangelio. ¡Qué oportunidad de ir a hacia Jesús a través de su madre, la Virgen María!

De entre todas las mujeres, María fue elegida para ser la madre del Salvador. El único salvador es Jesús, el hijo de María. Cristo nos redimió de la maldición de la Ley al convertirse por nosotros en objeto de maldición, pues está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero. Así lo explica el apóstol Pablo a los gálatas. Por medio de Jesucristo, el Crucificado y Resucitado, se nos ofrece la salvación y participamos de la vida divina. Por su muerte y resurrección, Cristo se convirtió para nosotros en «autor de salvación eterna» (*Heb* 5,9), el salvador del cuerpo que es la Iglesia (*Ef* 5,23). El Evangelio, que registra todos los hechos sobre Jesús y nuestra salvación, es «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree», como explica el apóstol Pablo a los romanos (*Rom* 1,16). Al predicar el Evangelio, un apóstol no tiene otra meta que la salvación de las personas (*1Cor* 9,22; 10,33; *1Tim* 1,15). Así, la bendición de Abrahán se extiende a las naciones gentiles en Cristo.

Recibimos de Jesús, y por medio de la fe, el Espíritu Santo prometido. Por orden de Dios, Jesús expulsa a los demonios y trae el reino de Dios a cada uno de nosotros. Ya lo había dicho el

profeta Isaías: «El Espíritu Santo del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». (*Lc 4,18-19*). Jesús lo retoma al decir: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (*Lc 4,21*). Estas palabras del profeta Isaías, retomadas por Jesús, pueden considerarse el programa misional de Jesús. En Jesucristo, Dios nos libera de todo tipo de esclavitud y alienación; Él es nuestra luz y nuestro sanador. No permitamos que se apoderen de nosotros otros espíritus más alienantes que los que nos liberó Jesús. A partir de ahora, vivamos con una confianza audaz, incluso con un orgullo vinculado a la libertad del misionero. Este es libre de decirlo todo: de denunciar el mal y de abrir vías de diálogo, conversión y esperanza. Se trata de una actitud característica del cristiano y más aún del apóstol y del discípulo misionero. El cristiano se comporta como un hijo ante Dios, pues el día de nuestro bautismo recibimos el espíritu de un hijo adoptivo y no el de un esclavo (*Rom 8,14-17*). Al ser bautizados, recibimos también al Espíritu Santo, que nos da plena confianza para proclamar la Buena Nueva.

Fuimos llamados a la libertad, pero esta no conlleva licencia ni libertinaje. Que esta libertad no se convierta en una excusa para la carne, aconseja el apóstol Pablo a los gálatas (*Ga 5,13*). Al igual que los apóstoles, se nos invita a denunciar determinadas falsificaciones de la libertad cristiana, como aconseja san Pedro (*1Pe 2,16; 2Pe 2,10*). Ciertamente, «todo está permitido», como se pensaba en Corinto, pero hay que escuchar la aclaración de Pablo: el cristiano no puede olvidar que pertenece al Señor y que está prometido a la resurrección (*1Cor 6,12ss*). La liberación del cristiano resulta de un acontecimiento histórico, la victoriosa muerte de Jesús, y de un contacto personal, a saber, la adhesión a Cristo en el bautismo. El creyente es libre en el sentido de que, en Cristo, recibió el poder de vivir en la intimidad del Padre a partir de aquel momento, sin las ataduras del Pecado, la Muerte y la Ley. El pecado es el verdadero déspota de cuyo yugo nos libera Jesucristo. El pecado ejerce una verdadera tiranía sobre el mundo (*Rom 1-3*). Pero Cristo nos liberó.

¡Por fortuna, tenemos la sobreabundancia de la gracia! El Señor es tierno y misericordioso; vela por cada una de sus criaturas y tiene presente su alianza, el vínculo que tiene con su creación, las obras de sus manos. Todas sus leyes son una expresión del amor, la seguridad y la salvación que ha previsto para todos. Al asociarnos al misterio de la muerte y resurrección de Cristo, escapamos de la esclavitud, tal y como explica san Pablo a los romanos (*Rom 6,6*). «Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados». (*Col 1,3ss*). En cuanto a la muerte, ha perdido su veneno (*1Cor 15,56*). Han comenzado los últimos tiempos y «hemos pasado de la muerte a la vida» (*1Jn 3,14; Jn 5,24*), en la medida en que vivimos en la fe y la caridad. Al mismo tiempo, ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia (*Rom 6,15*).

La docilidad para con el Espíritu Santo derramado en nuestro corazón es ahora la norma de la conducta cristiana, aunque se pueda hablar con san Pablo de la «ley de Cristo» (*Ga 6,2; 1Cor 9,21*). Esta ley se resume en el amor (*Rom 13,8ss*). Bajo la moción del Espíritu Santo, cumplimos esta ley de forma espontánea, «porque donde está el Espíritu Santo del Señor, hay libertad» (*2Cor 3,17*), ahí está amor. Un amor que fue derramado en nuestro corazón, pues nos fue dado el Espíritu Santo (*Rom 5, 5*); de ahí nuestro compromiso con una vida de fidelidad y esperanza. Qué alegría para el cristiano, vivir vinculado a Cristo y comprometido con la misión evangelizadora. Puede saborear su libertad, su audaz confianza e incluso el orgullo de ser discípulo misionero.

Sábado, 8 de octubre de 2022

Ga 3,22-29; Sl 104; Lc 11,27-28

Meditemos

«Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron». Lejos de ser una crítica a María, la respuesta de Jesús se presenta más bien como un elogio a su madre: «¡Mejor,

bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!» ¿Qué madre no se alegraría de oír eso sobre su hijo? Además, se alegraría de saber que ha escuchado la Palabra de Dios y que la custodia celosamente en su corazón para ponerla en práctica. Sí, María puede estar orgullosa de su hijo Jesús, feliz de haber sido elegida por el Señor para dar a luz al Salvador del mundo. ¡Qué suerte, ser la Madre de Dios! La segunda frase no es una crítica a María; al contrario, subraya la importancia de la relación que cada uno de nosotros debe tener con la Palabra de Dios. «¡Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!»

Recordemos el anuncio del nacimiento de Jesús, el intercambio que tuvo María con el ángel Gabriel. Un intercambio bastante breve, cierto, pero que concluye con una palabra inolvidable: «María contestó: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Y el ángel se retiró». ¿Qué dice María? Es una aceptación, casi un deseo y un profundo anhelo que podría traducirse así: *Hágase en mí según tu palabra*. Al presentarse como esclava, María expresa no solamente humildad, sino también su fe e incluso su amor, pues ser esclava de Dios es un título de gloria en la Biblia. María es la esclava del Señor, como Abrahán, Moisés y los profetas. El Espíritu Santo de Dios, que presidió la creación del mundo (*Gn 1,2*), inaugurará la creación del nuevo mundo en la concepción de Jesús. Además, ¿quién más que María escuchó la Palabra del Señor, la cumplió y la puso en práctica? ¿Quién más que María acogió en su corazón al Espíritu Santo creador, que transforma y prepara todo el ser para recibir la Palabra. Recibir la Palabra es vivir de acuerdo con ella, dejándonos guiar por ella. La Palabra es Cristo.

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (*Jn 1,1-14*). El mundo no lo reconoció ni acogió, pero María dijo: «Hágase en mí según tu palabra». María está atenta a la Palabra de Dios que acoge, aunque esta trastorne sus planes y quizás suma a José en la ansiedad (*Mt 1,19ss*). María entra en los planes de Dios, tal y como se ve en la Visitación, el Magnificat y la Presentación de Jesús en el Templo. ¿No es ya Jesús quien actúa a través de su madre? María permanece fiel en silencio cuando su Hijo entró en la vida pública; lo fue hasta la Cruz. Con María, el Reino ya está aquí. En el Magnificat, María se muestra totalmente al servicio del pueblo de Dios. En ella y a través de ella se anuncia la salvación, se cumple la promesa. Dios mismo viene a salvar a su pueblo; Él está ahí, presente: ¡Emmanuel! En María, y en su propia pobreza, se realiza el misterio de las Bienaventuranzas. La fe de María es la del pueblo de Dios: una fe humilde que se profundiza constantemente a través de las pruebas y los diversos acontecimientos, así como a través de la meditación de la salvación, mediante el generoso servicio que ilumina gradualmente la mirada creyente de los fieles (*Jn 3,21; 8,31ss*). Esta fe, atenta al cumplimiento de la Palabra de Dios, es la que mueve al mismo Jesús a proclamar bienaventurada a la que lo llevó en su seno (*Lc 11,27ss*).

Si María acepta dar a luz al Hijo de Dios, lo hace para el pueblo de Dios. Ella representa a este pueblo y lo compromete a aceptar la salvación que le ofrece Dios. ¿No es la Hija de Sion (*So 3,14; Lc 1,28*), la nueva Jerusalén con su función maternal? ¿No es la Mujer arrebatada por Dios de los ataques de la Serpiente (*Ap 12,13-16*), la contraparte de Eva engañada por la misma Serpiente (*2Cor 11, 3; Gen 3,13*)? Jesús es el nuevo Adán y María, la nueva Eva. Por medio de Él, el Hijo de Dios, único Mediador, se hizo hermano de todos los hombres y forjó su vínculo orgánico con ellos. A las personas les resulta difícil llegar a Él sin pasar por la Iglesia, que es su Cuerpo (*Col 1,18*). La actitud de los cristianos hacia María se rige por este hecho fundamental. Con María, estamos invitados a dar gracias, a obrar en favor de nuestro Dios y a repetir sin fin sus maravillas. Se nos invita a glorificar su santísimo nombre. Qué dicha tener a María, para los corazones que buscan a Dios. Busquemos al Señor y su poder; busquemos su rostro sin cesar. Su amor y ternura nos tranquilizan y nos animan en la senda de la misión. Recordando las maravillas que hizo, en María, en la entrega del Hijo, nuestra misión es ante todo una acción de gracias por la salvación ofrecida gratuitamente, por la nueva creación, la entrega de la Palabra y del Espíritu Santo que nos transforma a imagen del Hijo. Que nuestra misión, que es la acción de gracias, sea también un modo de proclamar las maravillas de Dios,

de expresar la alegría de saber que la salvación de toda la humanidad se ofrece en Jesucristo, el hijo de María, el Hijo de Dios.

Domingo, 9 de octubre de 2022

Domingo XXVIII del tiempo ordinario

San Dionisio y C. S. Dionisio, obispo, y sus compañeros, mártires (memoria libre)

S. Juan Leonardi, sacerdote (memoria libre)

2 Re 5,14-17; Sl 97; 2Tim 2,8-13; Lucas 17,11-19

Meditemos

«¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?» Estas palabras de Jesús pueden parecer provocadoras. El extranjero se pone como ejemplo. De hecho, regresa sobre sus pasos para dar gracias a Jesús y glorificar a Dios. Jesús va más allá y le dice: «Levántate, vete; tu fe te ha salvado.» El forastero creyó que efectivamente estaba sanado y que era obra de Jesús, pero también obra de Dios. Para él, no hay duda de que Jesús tiene alguna relación especial con Dios, ya que es capaz de sanar. Y los demás que no son extranjeros, ¿por qué no regresaron sobre sus pasos? ¿Creen que tienen derecho a esta sanación por ser judíos? Dios, su salvador, se lo debe, ¿no? El hecho de que su sanación no sea completa, ¿se debe a que dudan? ¿Se debe a que quieren seguir su camino para mostrarse ante los sacerdotes, tal y como les pidió Jesús? Una vez que han encontrado a Jesús, ¿sigue siendo necesario acudir a los sacerdotes de la Alianza? Todas estas preguntas nos hacen reflexionar para preguntarnos de manera fundamental sobre la relación que debemos tener con el Señor Jesús. Si consideramos los dones, las bendiciones y las gracias que Dios nos da como algo que se nos debe, nos resultará difícil dar gracias al Señor. Nos costará reconocer su amor gratuito, la salvación ofrecida sin mérito alguno por nuestra parte, y no nos sentiremos impulsados a dar las gracias.

Se nos invita a dar gracias sin cesar. ¿No es este el significado primordial de la Eucaristía? Se nos invita a cantar con el salmista este himno al Señor, rey del universo y de la historia. Se trata de un «cántico nuevo» que significa, en lenguaje bíblico, un cántico perfecto, pleno y solemne, que debería ir acompañado de una pompa musical festiva: arpa, trompeta y trompa, pero quizá también de unas palmas e incluso de un aplauso cósmico. El mar, las montañas, la tierra y el mundo entero, especialmente los habitantes de la tierra, están invitados a cantar las maravillas de Dios, a bailar de alegría ante el Señor. Nuestra gratitud debería impulsarnos a dar las gracias con todo nuestro corazón, con todo nuestro ser, cantando, aplaudiendo, tocando instrumentos musicales, como si hubiéramos asociado toda la creación a nuestra acción de gracias.

«Nuestro Dios» está en el centro de la escena de aclamación y del canto festivo. Él, el Creador, obra la salvación en la historia y se lo espera para «juzgar», es decir, gobernar el mundo y los pueblos, para llevarles la paz y la justicia como buen soberano. Se evoca la historia de Israel con las imágenes de su «mano derecha» y «su brazo santísimo», que hacen referencia al Éxodo, la liberación de la esclavitud en Egipto, así como al desierto donde Dios no dejó morir de hambre a su pueblo. Dios también dio a su pueblo su Ley, normas para su conducta. Se recuerda la alianza con el pueblo elegido, con las dos grandes perfecciones divinas: el amor y la fidelidad. Estos signos de salvación son para todos los pueblos, para todas las naciones y para toda la tierra. Así, toda la humanidad e incluso toda la creación serán atraídas hacia el Dios salvador, el Dios-Amor anunciado en el Antiguo Testamento. Todos los seres humanos están invitados a abrirse a la palabra del Señor y a su obra salvadora. Todos están invitados a acoger la Palabra y más allá del propio Señor.

El gran baile de agradecimiento se convierte en una expresión de esperanza e incluso en una invocación: «¡Venga a nosotros tu reino!» Qué dicha supone participar en la instauración del Reino de Dios aquí en la tierra: ¡un reino de paz, justicia y serenidad que impregna toda la creación! Este salmo revela sin duda una profecía de la obra de Dios en el misterio de Cristo. Efectivamente, en el Evangelio la justicia de Dios se revela (*Rom 1,17*) y manifiesta (*Rom 3,21*), tal y como dice el apóstol Pablo a los romanos. Dios salva a su pueblo y todas las naciones de la tierra se asombran. En la

perspectiva cristiana, Dios obra la salvación en Cristo y se invita a todas las personas a beneficiarse de esta salvación. Ya no está reservada al pueblo de la Alianza; la Nueva Alianza abre la salvación a todos. El Evangelio es el poder de Dios para la salvación de todo ser humano que se ha hecho creyente, ya sea judío o gentil (*Rom 1,16*). No solamente todas las naciones vieron la salvación de «nuestro Dios» (*Sl 97,3*), sino que la recibieron o, de diversas maneras, la salvación se ofrece a todos.

El «cántico nuevo» del salmo puede verse como una invitación a celebrar anticipadamente la nueva cristiana del Redentor crucificado. Qué alegría supone para los creyentes aclamar al Resucitado el día de Pascua, así como cada vez que se celebra el Misterio de nuestra salvación en la Eucaristía, en particular los domingos. Cristo sufrió la Pasión como hombre, pero salvó como Dios. Realizó milagros entre los judíos, purificó a los leprosos, alimentó a innumerables personas y, como otros profetas, resucitó a muertos. Pero, ¿por qué merece un cántico nuevo? Porque Dios murió para que las personas tuvieran la vida. Porque el Hijo de Dios fue crucificado para hacernos hijos adoptivos y llevarnos al Reino de los Cielos junto al Padre.

Si hemos muerto con Cristo, con Él viviremos. Si soportamos la prueba, con Él reinaremos. Si lo rechazamos, Él también nos rechazará, pero sigue ofreciendo su ternura y su perdón. Si nos falta fe, Él sigue siendo fiel a su palabra, pues no puede rechazarse a sí mismo. Es la expresión del amor más fuerte y relevante; no hay mayor amor que dar la vida por aquellos a quienes amamos. Sois mis amigos si hacéis lo que os mando. *Amaos los unos a los otros como yo os he amado (Jn 15,12-15)*. La Salvación ofrecida sigue estando al alcance de todos. Se sigue ofreciendo el Espíritu Santo; de ahí la importancia de guardar en el corazón este mensaje de Pablo: *¡Recuerda a Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David!* Que en el día de las pruebas y las persecuciones, la fe en el Crucificado resucitado nos dé la alegría de entonar, sin desfallecer, un *cántico nuevo* en honor del Dios-Amor. Él nos invita, en cualquier circunstancia, a ofrecer la salvación en Jesucristo a todos nuestros contemporáneos. ¡Somos «discípulos misioneros»!

Lunes, 10 de octubre de 2022

Ga 4,22-24,26-27,31-5,1; Sl 112; Lc 11,29-32

Meditemos

Hermanos, no somos hijos de una esclava, somos hijos de la mujer libre. De hecho, somos libres, pero ¿liberados de qué? ¿Del pecado, del miedo, de un origen del que no estamos orgullosos, de una generación que ha tenido dificultades para liberarse de todo tipo de ataduras? Ayer como hoy, las generaciones buscan signos de salvación pero ¿saben reconocer los signos de la llamada a la conversión, los signos de la misericordia divina y la oferta de salvación?

El Evangelio de hoy nos invita a aceptar la llamada a la conversión y a la salvación. Se nos remite al oráculo profético de Jonás, presentado como una breve condena: *Dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada (Jon 3,4)*. En realidad, no es un llamamiento claro a la conversión. Sabemos que Jonás, profeta refractario, fue tragado por un gran animal marino pero, en su angustia, se atreve a orar al Señor, que lo libera (*Jon 2,1-11*). Sin embargo, se había negado a obedecer al Señor. Se da una nueva *orden de misión*. Esta vez, Jonás obedece (*Jon 3,1-3*). Los ninivitas escuchan la llamada del profeta, se convierten y hacen penitencia (*Jon 3,4-10*). En vista del éxito de su misión, paradójicamente, Jonás desea la muerte (*Jon 4,3,8; 1Re 19,4*). ¿Por qué? Porque Dios renunció al castigo que pesaba sobre los ninivitas. En un movimiento de incompreensión de la misericordia de Dios e incluso en un movimiento de ira y desesperación, Jonás se dirige al Señor, que justifica su actitud con ayuda de una parábola (*Jon 4,1-11*). Con esta figura de Jonás, nos enfrentamos a nuestra reticencia a decir «sí» y a la apertura de la Salvación a los gentiles. Con el «signo de Jonás» se inició una lectura cristológica de este relato teológico: Jonás se convierte en figura de Cristo con esta pregunta: ¿cómo puede Dios, ante el cambio del pueblo, cambiar y conceder el perdón a pesar del oráculo de destrucción?

Dios es a la vez Yahvé, el Dios de Israel, el Dios de la Alianza y también el Dios que puede ser invocado por todas las criaturas. Lo que parece una paradoja insostenible para Jonás y el partido

que representa es que el Dios de Israel se preocupe por todos los seres humanos y que todos puedan confesarlo como Señor. La mirada de misericordia sobre la casa de Israel para no exterminarla (Ez 20,17) se extiende ahora de la misma manera a los gentiles (Jon 4,11). Jonás no puede soportar que el Dios de la Alianza, un Dios de misericordia y ternura, lento a la cólera, rico en gracia y arrepentido del mal (Jon 4,2; Ex 34,6-7), siga siendo así de cara a los gentiles. Jonás se escandaliza al pensar que Nínive escaparía del castigo del que no se libró Jerusalén. No logra entrar en el misterio de un Dios cuya bondad es ilimitada. Si los gentiles responden generosamente a la llamada de Dios, hemos de mirarlos con los propios ojos de Dios. En efecto, escuchan la llamada de Dios y entran en una dinámica de conversión. ¡La determinación no es tan grande entre los herederos de la Alianza!

Aceptemos los textos evangélicos y sus interpretaciones del signo de Jonás (Mt 12,38-42; Lc 11,16, 29-32). Quienes escuchan la Palabra de Dios y la cumplen (Lc 11,28) parecen oponerse a la generación mala que pide una señal (Lc 11,29), como si tuvieran una actitud de incredulidad. En Lucas, la petición de una señal sirve para introducir la controversia sobre el origen de la autoridad de Jesús (Lc 11,17-23). En Mateo, Jesús se presentó con sus palabras y actos como el instaurador del reino de Dios; fue objeto de duras críticas por parte de los fariseos. Acaban acusándolo de posesión demoníaca (Mt 12,22-24), lo que provoca un contraataque de Jesús (Mt 12,22-37). Juntos, fariseos y escribas piden a Jesús un signo. Los que dudan del origen divino de Jesús le piden un signo. Estamos en plena controversia.

¿Es el Hijo del Hombre un signo de conversión para nuestros contemporáneos? Tanto los hombres de Nínive como la reina del Sur se levantarán el día del juicio para condenar a la generación actual: los ninivitas se han convertido al anuncio de Jonás y la segunda ha venido a escuchar la sabiduría de Salomón. Así, los gentiles parecen superar a Israel. Y aquí hay más que Jonás, más que Salomón. Al igual que Jonás fue una señal para los ninivitas, así será el Hijo del Hombre para esta generación (Lc 11,30). Esta generación no tendrá otro signo que el del Hijo del Hombre que llama a la conversión. Lucas sugiere que la predicación del Hijo del Hombre llegará también a los gentiles. La apertura a este último está legitimada por la actitud de los ninivitas, convertidos por la predicación de un profeta que, sin embargo, se muestra recalcitrante. Mayoritariamente gentil-cristiana, la comunidad lucana es quizás el auténtico signo de Jonás.

¿Debemos relacionar el anuncio de la Pasión, especialmente en Mateo, con el signo de Jonás? Al igual que Jonás estuvo en el vientre del monstruo marino tres días y tres noches, así el Hijo del Hombre estará en el vientre de la tierra tres días y tres noches (Mt 12,40; Jon 2,1). Por supuesto, si contamos bien, no son exactamente tres días y tres noches, pero este entierro debe hablarnos, pues a ella se refiere, de manera paradójica, a la muerte del Hijo del Hombre. El signo de Jonás actúa así como un anuncio de la Pasión: a través de su muerte debe revelarse quien instauro el Reino de Dios. Jonás llama al Crucificado resucitado y este es el Salvador, no solamente el signo de conversión y salvación, sino el Salvador mismo. Se nos invita a escuchar su llamada a la conversión como lo hizo Jonás con los ninivitas. Más radicalmente, se nos invita a elegir a Cristo, a seguirlo y a convertirnos nosotros mismos en discípulos misioneros.

Martes, 11 de octubre de 2022

San Juan XXIII, papa (memoria libre)

Ga 5,1-6; Sl 118; Lc 11,37-41

Meditemos

Las palabras dirigidas a los fariseos son fuertes, casi provocadoras, pero hay que escucharlas con especial atención. Escuchemos de nuevo estas palabras: «Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, pero por dentro rebosáis de rapiña y maldad. ¡Necios! ¿El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? Con todo, dad limosna de lo que hay dentro, y lo tendréis limpio todo.» ¿Qué hay que limpiar? ¿El interior o el exterior? Por dentro estás lleno de avaricia y maldad...

El problema no es el exterior, la apariencia, sino nuestro corazón, toda la maldad que podemos esconder en él: avaricia, maldad y todo tipo de malos pensamientos.

De hecho, el Señor nos invita a reflexionar sobre nuestra hipocresía, sobre nuestras apariencias, sobre todo lo que hacemos para quedar bien, cuando nuestro corazón no se corresponde con lo que presentamos por fuera. Nos invita a cuidar nuestro corazón, que constituye nuestra más profunda esencia. Como siempre, el Señor nos invita a una conversión radical. Aquí nos propone dar todo lo que tenemos como limosna y todo será puro para nosotros. Ya no nos impulsará el deseo de poseer más, de acaparar riquezas o de quedar bien, a riesgo de ser egoístas.

El Señor nos invita así a la pureza, pero no a una pureza cualquiera. No se trata de formalismos legales, de abluciones repetidas, de lavados minuciosos ni de huir de los pecadores que parecen propagar la impureza. No se trata de evitar las tumbas y la profanación por inadvertencia. La única pureza es la del interior, explica Jesús: nada de lo que entra en una persona desde el exterior puede hacerla impura, ya que los designios perversos salen del interior, del corazón de los hombres (Mc 7,14-23). Es una enseñanza nueva y liberadora que a los discípulos les cuesta captar y entender. Sin duda, a todos nosotros nos resulta más fácil lavar el exterior que limpiar el interior, nuestros pensamientos más íntimos, nuestro corazón y todas las maldades que puede contener, todo el mal que a menudo deseamos a los demás.

Lo que se subraya es la sencillez de la fe y del amor, la orientación hacia la que deben tender los discípulos, es decir, el corazón puro: *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Esta pureza es la del centro de la persona, designada por la palabra espíritu. Los pobres de corazón son también los pobres de espíritu. Se trata del centro y el todo de la persona. Pensemos en el Salmo 34,19 donde está escrito: *El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos*. Estos pobres forman parte de la gran familia de los que han sido entrenados por las pruebas materiales y espirituales para confiar solamente en la ayuda del Señor. Cada uno de ellos puede decir, con confianza: *Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí* (Sl 40,18). La evangelización de los pobres, con milagros, es el signo dado por Jesús a los enviados de Juan el Bautista, para que reconozcan que Él es el Mesías esperado (Mt 11,5). El pobre espera la salvación del Señor y, desde la confianza, conserva la esperanza y cumple la voluntad de su Señor. Su alma cumple sus exigencias y preceptos. Está seguro de que su grito y su oración llegarán a oídos del Señor, que lo liberará según su promesa. Ya puede cantar las alabanzas del Señor.

El apóstol Pablo explica que Cristo nos liberó para que fuésemos libres. Por ello, se nos invita a mantenernos firmes. *«No os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud»*, explica el apóstol. Para ver a Dios, para presentarse ante Él, ya no en su templo de Jerusalén, sino en su Reino, *ya no basta con la pureza moral en sí misma*. Hace falta la presencia activa del Señor en la existencia; hace falta amor, la presencia del Dios-Amor; entonces la persona será radicalmente pura. De hecho, Jesús explica a sus apóstoles: *«Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado»* (Jn 15, 3). *«Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios»* (Jn 13,10).

Sobre el tema de la comida, Pedro se ve abocado a sacar una triple conclusión. Ya no hay alimentos impuros (He 10,15; 11,9); los propios incircuncisos ya no están contaminados (He 10,28); desde entonces, Dios purifica los corazones de los gentiles mediante la fe (He 15,9). Pablo aclara esta cuestión de la pureza afirmando que para el cristiano *«nada es impuro por sí mismo»* (Rom 14,14). Puesto que ha terminado el régimen de la antigua Ley, las observancias de la pureza se convierten en «elementos sin eficacia» de los que Cristo nos ha liberado (Ga 4,3.9.; Col 2,16-23). Cristo se entregó por la Iglesia para santificarla, purificándola mediante el baño del agua (Ef 5,26). No se trata de una limpieza externa, pues las aguas del bautismo nos liberan de toda contaminación al asociarnos a Jesucristo resucitado (1 Pe 3,21ss). En efecto, nos purifica la esperanza en Dios que, por medio de Cristo, nos hizo hijos adoptivos (1Jn 3,3). Como cristianos, ahora debemos limpiarnos de toda contaminación de cuerpo y espíritu para completar la obra de nuestra santificación (2Cor 7,1). *Todo es puro para los puros* (Tit 1,15), y desde ahora, lo que cuenta ante Dios es la disposición profunda de los corazones regenerados (1Tim 4,4). La caridad cristiana brota de un corazón puro, de una buena

conciencia y de una fe incuestionable (1Tim 1,5). ¡Qué alegría es servir al Señor con la conciencia limpia (2Tim 1,3)! Lo contrario de la impureza es la santidad (1Tes 4,7s; Rom 6,19). En efecto, se nos invita a ir al encuentro de Cristo, muerto y resucitado; es Él quien nos purifica y nos libra de todo mal.

¿Cómo podemos evangelizar si evitamos a las personas que consideramos impuras, pecadoras, contaminadas? ¿Cómo podemos evangelizar si no nos acercamos a nuestros contemporáneos, a nuestros hermanos humanos, sea cual sea su convicción religiosa y su grado de santidad? A cada uno de nosotros, discípulos misioneros, nos corresponde hacer brotar de nuestro corazón puro la justicia y la fe, la caridad y la paz, sin olvidar el dinamismo misionero. Se nos da el Espíritu Santo para progresar en el camino de la santidad, el amor y la justicia. La Iglesia nos ofrece los sacramentos y otros medios diversos para seguir al Señor Jesús. Vosotros que buscáis la justificación por medio de la Ley, si os habéis separado de Cristo, habéis renunciado a la gracia, si no confiáis en la misericordia y la ternura de Dios, si no creéis en el Espíritu Santo santificador. Discípulos de Cristo, debemos esperar la justicia esperada y crecer en santidad por medio del Espíritu Santo y en la fe. Porque en Cristo Jesús, lo que vale no es si uno se circuncida o no, sino la fe, que actúa mediante la caridad.

Miércoles, 12 de octubre de 2022

Ga 5,18-25; Sl 1; Lc 11,42-46

Meditemos

¡Ay de vosotros, fariseos! ¡Ay de vosotros, fariseos! ¡Ay de vosotros, fariseos! Tres veces. Y los doctores de la Ley reciben la misma advertencia: ¡ay de vosotros! ¿Por qué? Hacéis caso omiso del juicio y del amor de Dios. Está bien pagar el diezmo pero ¿amáis a Dios? ¿Amáis al prójimo? Amáis los primeros puestos, pero ¿es tan puro vuestro corazón como parecéis hacer ver? ¿No sois como tumbas? Las tumbas suelen estar bien decoradas por fuera, pero por dentro no hay más que podredumbre. Ay de vosotros, doctores de la Ley. ¿Por qué? Cargáis a la gente con lastres imposibles de llevar y vosotros mismos no tocáis esos lastres ni con un dedo.

¿Cambiará la Ley? En lugar de estar grabada en tablas de piedra, ¿no estará escrita en el fondo del corazón, para que todos tengan el conocimiento de Yahvé (Jr 31,33; Os 4,2); Dios cambiará los corazones con el impulso interior del Espíritu Santo divino. Los seres humanos cumplirán por fin las leyes y ordenanzas de Dios (Ez 36,26ss), no como si vinieran de fuera, sino desde dentro. ¿No es esta la apertura a la nueva ley que Cristo trae al mundo? Jesús se opone a los fariseos y escribas porque tienden a anular la Palabra de Dios (Mc 12,28-34). En el Reino que Jesús inaugura, la Ley no será abolida, sino que se cumplirá hasta la última letra (Mt 5,17ss) y el propio Jesús la cumple. Con Juan el Bautista, la Ley y los Profetas llegaron a su fin, y la jerarquía de valores ya no podía dejar de lado la justicia, la misericordia y la buena fe para intentar salvar lo accesorio (Mt 23,16-26). El objetivo es cumplir una ley de perfección imitando la perfección de Dios (Mt 5,21-48). «Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto», nos dice el evangelista Mateo.

En efecto, la generosidad de Dios se extiende a los buenos y a los malos. Para Lucas, debemos entender que se nos invita a ser misericordiosos como Dios (Lc 6,36). La fuerza del Espíritu Santo permite al ser humano aspirar a esta perfección, a esta misericordia (He 1,8; Jn 16,13). *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (Lc 6,36; Mt 5,7). Dios es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en amor y verdad (Ex 34,6). La misericordia es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Es el acto último y supremo con el cual Dios sale a nuestro encuentro. (*Misericordiae vultus – El rostro de la misericordia*, 2015, n.º 2) Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. «Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas» (Sl 25,6). Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices. Acojamos entonces la exhortación del Apóstol: «No permitan que la noche los sorprenda enojados» (Ef 4,26)» (*Misericordiae vultus – El rostro de la misericordia*, 2015, n.º 9). Dios siempre está lleno de alegría

cuando perdona (*Lc 15,1-32*). El amor nunca puede ser una palabra abstracta; es vida concreta, intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en la forma en que actuamos cada día. Quien practica la misericordia, que sonría (*Rom 12,8*).

El resumen de la Ley del Reino es sencillo: amar a Dios y amar a tu prójimo como a ti mismo (*Mc 12,28-34*). Todo se ordena en torno a esto, todo se deriva de ello. A partir de ahora, debemos escuchar la Palabra de Jesús, seguir su escuela. El destino eterno de las personas se ve determinado a partir de este momento por su actitud hacia Jesús. Se le ordenó dar su vida, que es el mayor amor (*Jn 15,13*). Este mandamiento es el signo mismo del amor del Padre por Él (*Jn 10,17ss*). También los cristianos deben cumplir los mandamientos de Dios (*1Jn 3,22*). Estos mandamientos son creer en Cristo (*1Jn 3,23*) y vivir en la verdad (*2 Jn 4*). En realidad, se trata de obedecer los mandamientos de Dios y respetar el testimonio de Jesús, lo cual es, de hecho, lo mismo (*Ap 12,17; 14,12*). Hemos de cumplir los mandamientos de Jesús para conocerlo de verdad (*1Jn 2,3s*), para tener su amor en nosotros (*1Jn 2, 5*), para permanecer en su amor (*Jn 14,15; 2Jn 5*), del mismo modo que Él cumple mandamientos de su Padre y permanece en su amor. (*Jn 15,10*). Cumplir los mandamientos es el signo del verdadero amor (*Jn 14,21; 1Jn 5,2s; 2Jn 6*). El mandamiento por excelencia es el del amor fraternal (*Jn 13,34; 15,12; 1Jn 2,7s*) que brota del amor de Dios (*1Jn 4,21*). Esta nueva ley, vinculada a la Palabra de Jesús, permanece para siempre como norma de la vida cristiana.

El hombre y la mujer que siguen este camino son como árboles plantados junto a un arroyo, que dan fruto a su tiempo. Sus hojas son perennes. Todo lo que emprendan tendrá éxito. A la larga lista de cosas que deben evitar, bajo el imperio de la Ley, se opone el amor. Se trata de la mala conducta, la impureza, el libertinaje, la idolatría, la brujería, el odio, la rivalidad, los celos, la ira, la intriga, la división y el sectarismo. A todo esto hay que oponer el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la bondad, la benevolencia y la fidelidad, sin olvidar la mansedumbre, la misericordia y el autocontrol. Los valores del Reino están ahí, con el amor como fundamento. Y este amor abre las puertas de la felicidad donde hay alegría y paz, mansedumbre y benevolencia, bondad y fidelidad.

Jueves, 13 de octubre de 2022

Ef 1,1-10; Sl 97; Lc 11,47-54

Meditemos

El tema central de Efesios es el plan de Dios (el misterio), establecido desde toda la eternidad, velado durante siglos, ejecutado en Jesucristo, revelado al apóstol, desplegado en la Iglesia. Es una realidad universal, a la vez terrenal y celestial. Es la realización actual de la obra de Dios, la de la nueva creación. Esta realidad se presenta como el crecimiento del cuerpo y la construcción de la casa de Dios. Los cristianos se convierten a sí mismos en nuevas criaturas mediante el conocimiento, la alabanza y la obediencia. La Iglesia es como la culminación de la obra de Dios, en un estilo a la vez litúrgico y docente. Es una celebración de la gracia ilimitada de Dios (*Ef 1,3-14*). ¿Es una oración de iluminación que lleva a la exaltación de Cristo, amo del universo y cabeza de la Iglesia? ¿Es este el gran punto de inflexión que experimentó Cristo? Lo que estaba muerto está vivo; lo que estaba dividido y alienado está reconciliado; la salvación por la gracia llega a todos y, así, reúne en Cristo a todas las personas. La reconciliación es completa entre Israel y las naciones gentiles; reconciliación de todo el universo. Pablo es el artífice de esta reconciliación basada en el amor de Dios, manifestado en el inconmensurable amor de Cristo (*Ef 3,14-19*).

Por tanto, debemos dar gracias y recibir, como en nuestras liturgias, la gracia y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Debemos bendecir a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Como dice el autor del salmo, el Señor dio a conocer su victoria y reveló su justicia a las naciones. Se ha acordado de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. Su amor se extiende de edad en edad y ya no excluye a ningún pueblo, a ninguna persona. La tierra entera ha visto la victoria de nuestro Dios. Aclamad al Señor, toda la tierra; cantad, tocad. Tocad para el Señor con la cítara y todos los instrumentos; con la trompeta y el cuerno, aclamad a vuestro Rey, el Señor. Estos gritos de

alegría y esperanza no parecen corresponder a lo que Pablo está viviendo en la cárcel de Roma. Sin embargo, Pablo está seguro de que la Palabra que ha ofrecido durante toda su vida llegará a todas las naciones. Todas ellas escucharán la Buena Nueva.

Pablo está preso en Roma y, como en el caso de los colosenses, quiere dejar a las comunidades, quizá en forma de carta circular, su meditación suprema sobre el misterio de la salvación y de la Iglesia. En esta carta se abordan los temas típicos paulinos: la salvación por medio de la gracia, el pueblo de Dios y el Espíritu Santo. También aparecen los términos sabiduría, misterio y plenitud. En efecto, los bautizados participan en el destino de Cristo y Pablo, en su mensaje, quiere hacer hincapié en las cosas extraordinarias que Dios ha hecho en Jesucristo. Hay que proclamar, e incluso celebrar, la gracia divina, así como la reconciliación que va unida a esta gran obra realizada por Jesucristo. Los gentiles son ahora ciudadanos de pleno derecho del Reino de Dios (*Ap 2,11-22*). La Iglesia se define como el pueblo de Dios y el cuerpo de Cristo. La revelación divina se otorga, no en una teoría o sistema, sino en y a través de la comunidad cristiana, en la que se explicita el «misterio». La Iglesia debe ser vista como una realidad universal, casi personificada en Efesios como lo fue la Sabiduría de Dios en la Primera Alianza. La Iglesia tiende a hacerse eterna, aunque parezca temporal, insertada en la historia. Se destaca la unión de Cristo y la Iglesia como modelo de la unión conyugal, donde se expresan la soberanía de Cristo y la responsabilidad de la Iglesia.

Tanto si el texto lo escribe Pablo como si lo hace uno de sus secretarios siguiendo instrucciones dadas o uno de sus herederos, el autor se enfrenta a la situación crítica que atraviesa el cristianismo después de la generación apostólica. La pregunta es: ¿qué depara el futuro para la Iglesia, para el cristianismo? El mundo ha cambiado radicalmente desde la muerte y resurrección de Cristo. El don de Dios está ahora vinculado a la formación de la Iglesia, que da lugar a una situación de no retorno. Cabría preguntarse hoy: ¿qué depara el futuro para nuestra Iglesia, para nuestras comunidades cristianas? ¿Cómo garantizarán el testimonio y el anuncio del Evangelio a las generaciones futuras? ¿Qué nos depara el futuro?

La cuestión fundamental que parece plantearse, tanto a los efesios como a nosotros, es la actitud de cada uno de nosotros hacia la Ley, o más exactamente hacia Jesús, el nuevo legislador. En la Primera Alianza, la Torá, la Ley está presente en todas partes. Los sacerdotes deben enseñar las decisiones e instrucciones de Yahvé (*Dt 33,10*). Los profetas, hombres de la Palabra movidos por el Espíritu Santo de Dios, reconocen la autoridad de esta Torá e invitan a todos, incluidos los sacerdotes, a ser fieles a Yahvé, a su Palabra, a la Ley. En ocasiones, los profetas reprochan a los sacerdotes el hecho de descuidar la Torá (*Os 4,6; Ez 22,26*). Denuncian los pecados que están por encima de todas las violaciones del Decálogo (*Os 4,1s*). Jeremías predica la obediencia a las «Palabras de la Alianza» (*Jr 11,1-12*). Ezequiel enumera pecados que parecen tomados del código de santidad (*Ez 22,1-16, 26*). Entre los sabios, la enseñanza de la misma Torá se monetiza en nuevas formas: máximas, proverbios, biografías ejemplares. La auténtica sabiduría se presenta como la Ley, la obediencia a la Ley (*Eclo 24,23ss*); se consolidó en Israel cuando la Ley fue dada por Moisés. Por eso debemos cantar la grandeza de la Ley de Dios (*Sl 19,8ss*), el don supremo que Dios no ha dado a ninguna otra nación (*Sl 147,19ss*). Proclamar el amor a la Ley (*Sl 119*) es, para el pueblo, manifestar su amor a Dios mismo. ¿No es esta la esencia de la piedad judía? ¿No es esta la Torá que Israel debe tomar como eje de su vida?

Con Jesús, debemos vincular la Ley al amor que resume todas las ordenanzas: el amor a Dios y el amor al prójimo. Jesús explica a los escribas y fariseos: «Ay de vosotros, porque construís las tumbas de los profetas, cuando son vuestros padres quienes los mataron. Aprobáis los actos de vuestros padres, cuando ellos mismos mataron a los profetas, y vosotros construís sus tumbas. Perseguís y matáis a profetas y apóstoles, igual que vuestros padres. Tendréis que rendir cuentas por la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo. Ay de vosotros, maestros de la Ley, porque os habéis llevado la llave del conocimiento; vosotros mismos no habéis entrado, y a los que querían entrar se lo habéis impedido. El juicio es severo y puede entenderse por qué los escribas y fariseos comienzan a atacar a Jesús y a acosarlo con preguntas, a tratar de tenderle trampas, rastrear cada una de sus palabras. ¿Y cuál es nuestro compromiso de acoger el Evangelio y

anunciarlo a nuestros contemporáneos? ¿Estamos dispuestos a sufrir humillaciones para continuar la obra de evangelización, para seguir hablando del Señor Jesús? ¿Estamos dispuestos a afrontar los retos misioneros de nuestro tiempo, aunque tengamos que sufrir y ser perseguidos?

Viernes, 14 octubre de 2022

San Calixto I, papa y Mártir (memoria libre)

Ef 1,11-14; Sl 32; Lc 12,1-7

Meditemos

No temas: vales más que una multitud de gorriones. Estas son las hermosas palabras de Jesús para tranquilizar a sus amigos, para calmarnos. Sin embargo, debemos cuidarnos de la levadura de los fariseos, es decir, de su hipocresía. Nosotros, que somos amigos de Jesús, debemos temer, no a quienes matan el cuerpo y después no pueden hacer nada más, sino a quien, después de matar, tiene el poder de enviar a la Gehena. Ciertamente, Dios vela por nosotros, al igual que vela por una multitud de gorriones, pero hemos de tener cuidado. Cada cabello de nuestra cabeza está contado. Debemos permanecer sin miedo, porque valemos más que una multitud de gorriones. Sin embargo, cuidémonos de la hipocresía, de la levadura de los fariseos. No es la levadura lo que hace subir la masa. Al contrario, es levadura, como un cuerpo extraño, impuro y corruptor. Su ausencia simboliza la liberación de Israel por parte de Dios. Esta ausencia de levadura remite al pan ácimo, a la Pascua, a la acción liberadora de Dios, así como a la pureza recuperada, gracias a Dios. Ahora que pertenece a Dios y está libre de todo tipo de impurezas y alienaciones, el ser humano puede vivir en la pureza y la verdad. ¿Acaso no se purificará el pueblo liberado de Egipto en el desierto, viviendo en la intimidad con su libertador? No se antoja el caso de los fariseos, que parecen confiar principalmente en su propia fuerza para obtener su salvación.

Los fariseos, «los separados», unidos a los «piadosos» son los escribas y los doctores de la Ley, así como una serie de sacerdotes. Los miembros se organizan en cofradías religiosas que tiene por meta mantenerlos fieles a la Ley y fervientes en su defensa. ¿Cuáles son los orígenes del conflicto entre los fariseos y Jesús? No todos los fariseos están en contra de Jesús; muchos quieren entrar en contacto con Él invitándolo a su mesa (*Lc 7,36; 11,37; 14,1*). Algunos lo defienden abiertamente a Él (*Lc 13,31; Jn 7,50*) y a los cristianos (*He 5,34; 23,9*). Muchos ven a Jesús como el que colma su fe judía (*He 15,5*). Pero hay muchos que se oponen vehementemente a las enseñanzas y a la persona de Jesús. Jesús admira el celo de los fariseos (*Mt 23,15*), su preocupación por la perfección y la pureza (*Mt 5,20*). Pablo, ilustre representante de los fariseos (*He 26,5; Flp 3,5*), subraya su voluntad de practicar meticulosamente la Ley; son admirables por su apego a las tradiciones orales vivas. Sin embargo, algunos, con sus conocimientos jurídicos, destruyen el precepto de Dios bajo sus tradiciones humanas (*Mt 15,1-20*) y desprecian a los ignorantes en nombre de su propia justicia (*Lc 18,11s*). Impiden todo contacto con los pecadores y los publicanos y limitan así el amor de Dios a su horizonte. Incluso consideran que tienen derechos sobre Dios en nombre de su praxis (*Mt 20,1-15; Lc 15,25-30*). Su drama es que no pueden poner en práctica su ideal (*Rom 2,17-24*); se comportan como hipócritas, «sepulcros blanqueados» (*Mt 23,27*). Muchos fariseos parecen estar ciegos ante toda luz que provenga de otra parte y se niegan a reconocer, según los evangelistas, a Jesús. Para ellos, Él es un impostor o un aliado del diablo.

Los fariseos aparecen como creyentes de mente cerrada, opuestos al espíritu del Evangelio. Su ceguera les hizo entrar en conflicto con Jesús (*Jn 8,13; 9,13-40*). Son como personas que se cubren con la máscara de la justicia para prescindir de vivir interiormente o de reconocerse como pecadores y escuchar la llamada de Dios, como si cada uno de ellos quisiera encerrar el amor de Dios en el estrecho círculo de su ciencia religiosa. Esta mentalidad se encontraba en el cristianismo primitivo, entre los judeocristianos con los que se topó Pablo (*He 15,5*). Querían someter a los conversos del paganismo a las prácticas judías y, así, mantener bajo el yugo de la Ley a los que habían sido liberados de ella por la muerte de Cristo. El fariseísmo amenaza al cristianismo en la medida en que retrocede al estadio de la observancia legal e ignora la universalidad de la gracia.

¿Acaso no tenemos a veces un espíritu fariseo? ¿Acaso no creemos a veces tener derechos sobre Dios? No agotemos a los demás con detalles de la Ley, pretendiendo conocer bien la Ley de Dios. Al hacerlo, ¿no estaremos tratando de colocarnos en una posición de juicio sobre los pequeños, los pecadores y los que no han tenido la oportunidad de estudiar tanto como nosotros? ¿Acaso no somos a veces hipócritas, «sepulcros blanqueados», buscando quedar bien, sin aceptar convertirnos de verdad para corresponder lo mejor posible a la perfección que el Señor exige? *Por lo tanto, seréis perfectos, al igual que vuestro Padre celestial es perfecto.* Amaos los unos a los otros. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros». (*Jn 13,34-35*). «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando». Quienes han progresado en el conocimiento de Dios y a lo largo del camino de la santidad no deben en modo alguno despreciar a los demás ni separarse de ellos.

Jesús nos ama pero su amor es exigente. Nos dice: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer». No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé» (*Jn 15,12-16*). De hecho, la generosidad de Dios se extiende a los buenos y a los malos. Se nos invita a escuchar la interpretación de Lucas de que la perfección es simplemente un comportamiento acorde con la misericordia que Dios manifestó en Jesús. Esta misericordia es la expresión de su amor; de ahí esta invitación: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados [...]. Dad y se os dará» (*Lc 6, 36-38*). Juntos, evangelizándose mutuamente y animándose en el camino de la santidad y la práctica de la caridad, los discípulos de Cristo pueden progresar y atraer hacia Jesús a quienes no lo conocen. Si los hermanos discípulos misioneros de Cristo se aman los unos a los otros, necesariamente atraerán a nuevos miembros. Las comunidades cristianas que viven en verdadera fraternidad pueden ofrecer con más éxito el Evangelio, porque se puede decir: ¡Mira cómo se aman!

Sábado, 15 de octubre de 2022

Santa Teresa de Ávila, virgen y doctora de la Iglesia (memoria)

Ef 1,15-23; Sl 8; Lc 12,8-12

Meditemos

Teresa de Jesús o de Ávila fue la primera mujer en recibir el título de Doctora de la Iglesia, concedido por Pablo VI en 1970. De su vida, hay que recordar que ingresó a los veinte años en el convento de las carmelitas de Ávila, donde residían 180 monjas en un contexto en el que las normas del Monte Carmelo se practicaban de forma laxa. De hecho, recibían muchas visitas e iban a cenar a la ciudad. En 1555, Teresa decidió vivir plenamente su vocación carmelita. Percibió claramente la necesidad de reformar el Carmelo tras una serie de experiencias místicas que le permitieron contemplar la humanidad de Cristo. Tiene visiones, persecuciones demoníacas, apariciones de Nuestro Señor. Con ayuda de sus directores espirituales, especialmente Pedro de Alcántara, se familiarizó con la oración mística y experimentó el amor divino. Fundó un nuevo monasterio de cumplimiento estricto en Ávila, donde las carmelitas estaban totalmente separadas del mundo y llevaban una vida plenamente dedicada a la oración. A pesar de varios obstáculos, llevó a cabo su proyecto, con el deseo de privación para sus monjas. Esta privación se simboliza con la eliminación del calzado; de ahí el nombre de carmelitas «descalzas». Teresa aparece como una mujer llena de sentido común, perfectamente honesta y natural, siempre alegre y encantadora. Sus numerosos escritos en los que narra sus experiencias místicas y su vida fueron leídos por numerosas personas.

Junto con el futuro Juan de la Cruz, también decepcionado por su orden, Teresa emprenderá una reforma a partir de 1557. Los conventos de carmelitas y carmelitas reformados se multiplicarán en España, con una pedagogía de la oración. La reforma, aprobada por el papa Gregorio XII en 1580, debía intensificarse insistiendo en una vida espiritual más interiorizada. En el momento de la muerte de Teresa, ya había 16 fundaciones femeninas y 14 masculinas. A su muerte, Teresa deja una autobiografía, *El libro de la vida*, así como *El camino de la perfección* y, sobre todo, *El castillo interior*. Este describe el viaje de la gracia a través de las siete «moradas» del alma.

Teresa se declaró claramente en favor del Señor Jesús durante toda su vida, deslumbrada por el amor de Dios. Escribe: «Ya estoy viviendo fuera de mí, pues me muero de amor, pues vivo en el Señor que me ha querido para sí». Su deseo de estar con el Señor es tan fuerte que no duda en escribir: «Que muero porque no muero». Su testimonio inspiró a sus contemporáneos a invertir en una vida espiritual para luchar por una perfección cada vez mayor y, sobre todo, para conocer mejor al Hombre-Dios.

Podríamos relacionar la experiencia de Teresa con la del apóstol Pablo, especialmente su deseo de ver a los efesios progresar en el conocimiento del Señor Jesús. ¿Qué les desea? Que el Señor abra los ojos de sus corazones a su luz, para que conozcan la esperanza que les ofrece su llamada, la impagable gloria de la herencia que han de compartir entre ellos. Pablo desea que sean conscientes de la energía, la fuerza y el vigor que Dios, nuestro Padre, puso en cada uno de ellos en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su derecha en el cielo. La resurrección les concierne; nos concierne a todos, pues su victoria sobre el pecado y la muerte es también nuestra victoria. Se pone en marcha un dinamismo misionero. El Padre está en el Hijo; el Hijo, en los discípulos; y los discípulos, en el mundo, según las expresiones joánicas (*Jn 17,11.20-26*). Cristo lo llena todo en todos. La Iglesia, la plenitud de Cristo, está animada por Cristo en el Espíritu Santo y es conducida hacia su realización. Cristo mismo penetra en todo el universo en todos los aspectos. Su glorificación es también la nuestra. La Iglesia está llena de las riquezas de la vida divina por medio de Cristo, que a su vez está lleno de Dios, según la afirmación de *Col 2,9-10*. Porque Dios, nuestro Padre, puso todas las cosas a sus pies y, colocándolo por encima de todo, lo convirtió en cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo. Se entiende que la Iglesia es la realización total de Cristo, a quien Dios colma con su plenitud.

Podemos cantar al Señor, refiriéndonos al Salmo 8, con una nota especial. ¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Todos estamos invitados a alabarlo, a cantar su esplendor. Hasta la boca de los niños, incluso los de pecho, puede glorificarlo, al igual que los adultos y los viejos. Basta con alzar la mirada al cielo para ver la obra de los dedos de Dios. Basta con mirar la luna y las estrellas. No debemos olvidar a ser humano, tan pequeño en el corazón de la creación, pero modelado de una forma extraordinaria. La maravilla es que Dios cuida de todos y cada uno de nosotros. Él quiso que cada uno de nosotros fuera poco menos que un dios, coronándonos de gloria y honor, poniéndolo todo a nuestros pies. Conectados a Cristo, somos aún más maravillosos, totalmente llenos de gloria y honor. Porque su gloria es nuestra.

Que nuestra acción de gracias sea sincera. Que exprese nuestro amor, siguiendo el ejemplo de Santa Teresa, y que estemos en íntima relación con el Señor Jesús. Que estas relaciones nos pongan en el camino de la perfección, en el camino de un compromiso misionero enraizado en el amor de este Dios que tanto nos ama y que quiere salvarnos a todos. Este Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos y que nos hace partícipes de esta resurrección.

Domingo, 16 de octubre de 2022

Domingo XXIX del tiempo ordinario

Santa Eduvigis, monja; Santa Margarita María Alacoque, virgen (memoria libre)

Comienza la Semana Mundial de las Misiones 2022

Ex 17,8-13; Sl 120; 2Tim 3,14-4, 2; Lc 18,1-8

Meditemos

Todas las Escrituras están inspiradas en Dios. Nos revelan el verdadero rostro de Dios y del ser humano. Analicemos primero esta hermosa palabra y su significado actual para nosotros. A continuación veremos cómo esta palabra nos remite al salvador Jesús y a nuestro compromiso misional.

Todas las Escrituras están inspiradas en Dios; sirven para enseñar, denunciar el mal, corregir, educar en la justicia. Ayer al igual que ahora, son útiles para conocer a Dios y para mejorar nuestra relación con Él. Puede llevarnos a disputas teológicas del pasado y a explicaciones que no siempre resultan sencillas. Estas son las preguntas que se plantean: ¿cómo se inspiran las Escrituras? ¿Cómo procede Dios para inspirar a los escritores a lo largo de la historia del pueblo elegido, así como después de la muerte y resurrección de Jesús? ¿Cómo lo hace Dios? ¿Cómo influyó en los Profetas y cómo podemos reconocer un escrito religioso como sagrado y normativo? Aunque sea un registro diferente, pensemos en la inspiración artística, con el carácter inesperado, espontáneo, ocasional. Pensemos también en la inspiración dentro del vasto campo de las religiones y los textos sagrados. Observemos simplemente que el Espíritu Santo confiere a los escritores sagrados una fuerza sobrenatural que los impulsa y determina a escribir. El Espíritu Santo los influye, los inspira, los asiste, para que escriban sin error alguno. No es fácil saber exactamente cómo procede Dios pero es comprensible que haya un autor divino y un autor humano, y es la acción de este último lo que explica la originalidad histórica e individual de cada una de las obras sagradas, las diferencias e incluso las diversas concepciones teológicas, con su evolución y articulación.

Para explicar que un mismo libro puede tener varios autores, se apela a la doctrina de la relación entre *causa principal* y *causa instrumental*, explicada por Pío XII en la encíclica *Divino afflante Spiritu*. Dios es el *autor principal* de las Escrituras, es decir, la causa principal, mientras que el ser humano desempeña el papel de *causa instrumental*. No obstante, un «instrumento» humano es más que un escriba, pues hay que reconocerle su condición de sujeto inteligente y libre. Dios se expresa a través de ella, pero sigue siendo el autor humano. ¿Acaso no se nos ha dado el Espíritu Santo en abundancia y, concretamente, a nosotros, lo cristianos (*Rom 5,5*)? La esperanza no engaña ya que el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Por supuesto, no se trata de un dictado en el sentido moderno de la palabra, sino que Dios es el autor de todo el texto sagrado. Para los católicos, la fe de la Iglesia original actúa como base y normas permanentes de la fe a lo largo de los siglos; de ahí que se concluya la «Revelación» con la muerte de los Apóstoles o el fin de la era apostólica, o incluso de la Iglesia original. A través del Magisterio y de la fe de la Iglesia, el pueblo de Dios puede discernir y comprender cada vez más el sentido de las Escrituras, sabiendo que la Iglesia está ligada a esta Palabra como al primer y constitutivo periodo de su historia, plasmado por Dios mismo en Cristo.

La Sagrada Tradición y las Sagradas Escrituras están relacionadas y se comunican estrechamente entre sí. En efecto, ambos, al proceder de una misma fuente divina, forman, por así decirlo, un único conjunto y tienden a un mismo fin, tal y como lo explicó el Concilio Vaticano II en *Dei Verbum* (n.º 9). Debería vincularse la Tradición, las Escrituras, el pueblo de Dios y el Magisterio, especialmente en la interpretación de las Escrituras, la teología y la vida de la Iglesia en función de los contextos. De este modo, es más fácil entender cómo la Palabra de Dios viaja hasta los confines de la tierra. Comprendemos mejor cómo la Palabra es acogida y glorificada y cómo llena cada vez más el corazón de los seres humanos, en relación con la Eucaristía, los sacramentos y la veneración de la Palabra de Dios. Es el Espíritu Santo quien prepara los corazones y las culturas para acoger la Palabra, a Jesús, a Cristo.

Entonces, como ahora, las Escrituras son útiles para enseñar, denunciar el mal, corregir y educar en la justicia, pero sobre todo para saber quién es Dios y quién es el ser humano. Solo los comprendemos verdaderamente si los vinculamos entre sí. Desde Adán hasta Jesús, ¿qué nos dice la Biblia sobre las personas? ¿Cómo podemos caracterizar a la humanidad, si no es vinculándola al Creador? ¿Acaso el texto inspirado no atestigua sobre todo una esperanza irremisible en la grandeza del ser humano, que hace de la totalidad de los hijos de Dios hermanos unidos por una sed de amor, de justicia y de auténtica comunión, enraizada en Dios, nuestro Padre? La Palabra de Dios es una

fuerza divina para la salvación de cada creyente, de cada ser humano. El Verbo de Dios «se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). Cristo instauró el reino de Dios en la tierra; con sus actos y palabras, reveló a su Padre y se reveló a sí mismo. También reveló al ser humano, pues es el Ser humano-Dios. Con su muerte, resurrección, ascensión gloriosa y el envío del Espíritu Santo, completó su obra. Desde entonces, atrae a todos los hombres hacia sí (Jn 12,32), pues solamente Él posee las palabras de la vida eterna (Jn 6,68). Se nos invita, siguiendo a los apóstoles y a los numerosos testigos del Resucitado, a predicar el Evangelio, a proponer a nuestros contemporáneos la fe en Jesús, el Cristo y el Señor, para que se unan a la Iglesia y formen con los demás discípulos el cuerpo de Cristo.

Recemos sin cesar para que la Palabra de Dios sea acogida, con el fin de que sirva para denunciar el mal, reparar, educar en la justicia y formar comunidades arraigadas en el amor. Recemos sin cesar como la viuda que, con su insistencia y constancia, empezó a molestar a ese juez que no temía a Dios y no respetaba a los seres humanos. Dios, nuestro Padre, nos escucha y nos atiende. Sin embargo, sigue abierta esta pregunta: ¿encontrará el Hijo del Hombre, cuando venga, la fe en la tierra? Esto depende de nuestro testimonio y de nuestro compromiso misional. También depende de las personas y de su libertad cuando se les anuncia a Jesucristo. También depende de su docilidad para con el Espíritu Santo. Que el Espíritu Santo nos dé fuerza para continuar la misión contra viento y marea. El Señor es nuestro socorro. Él nos librará de todo mal. Está al lado de cada uno de nosotros. Él nos da vida y fuerza; recemos para que aumente la fuerza de nuestro testimonio. Él nos protegerá, tanto cuando partamos para la misión como cuando regresemos. Él vela por nosotros ahora y siempre. Recemos para que el Señor envíe obreros a su mies y para que nuestro compromiso misional, en la Iglesia, dé sus frutos. Que avancen en el mundo el amor y la justicia, la paz y la esperanza.

Lunes, 17 de octubre de 2022

San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir (memoria); Día Mundial del Rechazo a la Miseria
Ef 2,1-10; Sl 99; Lc 12,13-21

Meditemos

«En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso Él que practicásemos». Nuestra salvación no proviene de nosotros; nos salvamos por medio de la gracia. Nadie puede enorgullecerse de esto. Es Dios quien nos creó en Cristo Jesús; ¿por qué? De cara a las buenas obras que Él preparó de antemano para que las hagamos. ¡Qué maravilla y qué atención por parte de nuestro Dios! Éramos muertos, fruto de faltas y pecados. Él nos dio la vida con Cristo: en verdad nos salvamos por medio de la gracia.

Con Cristo, nos resucitó y nos invitó a sentarnos en el cielo, en Cristo Jesús. De este modo, quiso mostrar, a lo largo de las generaciones venideras, la exuberante riqueza de su gracia, por su bondad con nosotros en Cristo Jesús.

¿Qué otra cosa podemos hacer sino dar gracias? Se nos invita a aclamar al Señor con la tierra entera. Se nos invita a servir al Señor con alegría, ¡a aclamarlo con cantos de júbilo! Se nos invita a reconocer que el Señor, a quien reveló Jesucristo, es el único Dios. Él nos hizo y nosotros somos suyos, su pueblo, su rebaño. Démosle gracias en su casa y dondequiera que vayamos. Es el Dios-Amor, el Dios de la ternura y la misericordia, del amor, la paz y la verdad. Sí, el Señor es bueno, su amor es eterno, su fidelidad permanece de generación en generación. Podemos servirle sin preocupación, pero no olvidemos nuestra responsabilidad con nuestra salvación y la de los demás. Hay tantos pobres y desgraciados en la tierra... ¿Qué hacemos por ellos y con ellos?

¿Habéis entendido la parábola que sigue a la invitación de Jesús? «Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes». A raíz de este mensaje, Jesús cuenta esta parábola tan fácil de recordar. El desenlace es un poco dramático, pero

escuchen lo que dice este hombre: «¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha». Entonces pensó: «Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente». Escuchad el resto y comprended bien la lección: «Pero Dios le dijo: “Necio, esta noche te van a reclamar el alma y ¿de quién será lo que has preparado?”». La lección es muy sencilla y fácil de recordar. «Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios».

Esta lección debe vincularse con el Día Mundial del Rechazo a la Miseria. Porque, al final, lo que tenemos, estamos invitados a dárselo a los demás, de una forma u otra. Cabe referirse a las primeras comunidades cristianas que supieron compartir sus bienes. Los creyentes tenían un corazón y un alma y nadie consideraba propiedad suya ninguno de sus bienes. Al contrario, lo pusieron todo en común (*He 4,32ss*). ¿Cuál es la situación actual del reparto entre ricos y pobres? ¿Qué hay del reparto entre Iglesias ricas y pobres? ¿Qué hay de los intercambios entre Iglesias? ¿Y qué hay del reparto de dones entre Iglesias y las distintas comunidades cristianas, especialmente en el ecumenismo? La importancia del intercambio de dones entre comunidades cristianas debe ser objeto de especial atención al celebrar a san Ignacio de Antioquía, obispo y mártir. Era el obispo de la tercera ciudad del Imperio Romano.

Tras ser detenido durante el reinado de Trajano, Ignacio de Antioquía fue enviado a Roma para morir entre las fauces de las fieras. Pero, a lo largo de su viaje, visitará las comunidades cristianas y les enviará una serie de cartas de ánimo y de testimonio de fe. Oremos por todos los que tienen responsabilidades en la Iglesia, especialmente los obispos, los diáconos y los sacerdotes, los superiores de los Institutos y las Congregaciones. Tienen una responsabilidad especial en la evangelización, el reparto entre Iglesias y la solidaridad. Como cristianos, no debemos olvidarnos de ayudar a los pobres y a los pequeños. Demos a nuestras iglesias los medios necesarios para proclamar el Evangelio, para llegar a los pobres, a los pequeños y a los desfavorecidos o excluidos. También forma parte de las buenas obras para las que Dios nos creó, nos salvó y nos preparó de antemano con el fin de que las llevásemos a cabo.

Martes, 18 de octubre de 2022

San Lucas, evangelista (fiesta)

2Tim 4,9-17b; Sl 144; Lc 10,1-9

Meditemos

Hoy celebramos a san Lucas y sabemos la determinación que tuvo a la hora de presentar a Jesús y a la incipiente Iglesia. Por eso es importante recordar que en sus dos libros, dedicados a Teófilo (*theo-philos: amigo de Dios*), Lucas articula las dos partes de una misma obra sobre la Ascensión de Jesús (*Lc 24,50-53; He 1,6-11*). La Ascensión significa tanto la culminación del señorío de Jesús como la instauración de su ausencia. Es esencial que el mecenas Teófilo pueda comprobar la *solidez* de las enseñanzas recibidas, la *fiabilidad* y *credibilidad* de las palabras (*Lc 1, 4*), pues será el encargado de financiar y difundir la obra de Lucas. Las naciones a las que se envía la salvación de Dios escucharán (*He 28,28*), pero debe quedar clara la esencia del mensaje.

Por ello, Lucas escribió a la vez una biografía (*Evangelio*) y un libro de historia (*Hechos de los Apóstoles*) para presentar el movimiento cristiano como un relato de origen, como la historia de Adán y Eva (*Gn 2-3*), la vocación de Abrahán (*Gn 12*) o la travesía del Mar Rojo (*Ex 14*) y la salida de Egipto. Los *Hechos de los Apóstoles* pueden dividirse en dos partes: la misión en relación con los judíos (*He 1,1-15,35*) y la evangelización de los gentiles (*He 15,36-28, 31*). Lo que hay que destacar de inmediato es el testimonio y la circulación de la Palabra de Dios desde Jerusalén hasta Roma; este es también el plan de los *Hechos de los Apóstoles*. También cabe distinguir en el texto de los *Hechos* un *ciclo de Pedro* (*He 1-12*) y un *ciclo de Pablo* (*He 13-28*), pero la clave de la organización de la

narración se inspira en el orden del Resucitado: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra» (*He* 1,8). En esta organización geográfica, observemos varias etapas, como la espera del Espíritu Santo (*He* 1,1-26), la comunidad de Jerusalén en torno a los Doce (*He* 2,1- 8, 1a), la misión de Pablo (*He* 15,36-21,14) y su viaje de Jerusalén a Roma.

En los discursos de los apóstoles, especialmente en los de Pedro y Pablo, está presente un patrón kerigmático que podemos resumir así: Jesús, a quien matasteis – fue resucitado por Dios – fue el Dios de Israel quien lo exaltó – somos testigos de ello. De hecho, Dios dio testimonio de su Hijo y atestiguó la verdad de lo que dijo e hizo (*Jn* 3,11; 5,32,37; 8,18; *1Jn* 5,9s). El Hijo da testimonio del Padre dándolo a conocer a la humanidad (*Jn* 1,7.19; 3,11.32s; 18,37). El Padre da testimonio de la fe de los gentiles por el Espíritu Santo que les fue dado a ellos y a los apóstoles (*He* 15,8; *Jn* 15,26). Los discursos, 24 en total según los estudiosos, ocupan más de un tercio del libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Debemos dar testimonio de Jesús, el Cristo, hablar de Él, hablar de su Nombre que significa: *Dios sala, Dios-con-nosotros*.

Lucas ejerce de historiador a lo largo de todo su libro. En el principio de dicho libro, Jesús centra la atención de los discípulos en la tarea que tienen entre manos: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad, sino que recibiréis la fuerza (...) entonces seréis mis testigos» (*He* 1,7s; 2,1s; 3,15). ¿Qué significa para los cristianos *ser testigos* hoy en día? Debe movilizarse la fe de los discípulos con vistas al *testimonio que debe desplegarse en la historia*; entre la Ascensión y la Parusía debe instalarse un tiempo en el que la fidelidad ya no sea simplemente esperar el Reino, sino sobre todo obrar para difundir la Palabra. Se trata de *valorar el presente y el futuro*; es el tiempo de la Iglesia, del testimonio y de la misión. Hay que proclamar el único Nombre que salva plenamente.

Se forja un fuerte vínculo entre los personajes de la historia y Jesús, entre Jesús y los testigos, y los testigos están vinculados entre sí. ¡La Iglesia es comunión! Así, el martirio de Esteban es una analogía de la muerte de Jesús (*He* 7,55-60; *Lc* 23,34-46). Se establece un fuerte vínculo entre Jesús, Pedro y Pablo. Estos sanan del mismo modo que sanó Jesús (*Lc* 5,18-25; *He* 3,1-8; 14,8-10). Predican y soportan la hostilidad de los judíos como Jesús; al igual que Él, sufren y son amenazados de muerte (*He* 12,21). Pablo es juzgado como lo fue Jesús (*He* 21-26). Al igual que su Maestro, Pedro y Pablo son objeto al final de sus vidas de una liberación milagrosa (*He* 12,6-17; 24,27-28,6). Existe un destino similar entre Cristo y sus testigos; los apóstoles sufren por el nombre de Jesús (*He* 5,41; 21,13). Ayer como hoy, los cristianos sufren y son perseguidos por su fe en Jesús, por el nombre de Jesús.

Aquí, el Nombre equivale a la persona misma de Jesús resucitado. Es el Nombre lo que a las personas la salvación, cuyos milagros no son sino la imagen; los creyentes son bautizados en Él: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (*He* 2,38). El nombre otorgado a Jesús, crucificado y resucitado, está por encima de todo nombre (*Flp* 2,9s; *He* 3,16; 4,12); es el nombre que hay que proclamar. La fe en Jesús es necesaria para los milagros (*He* 3,5; *Lc* 17,6; *1Cor* 12,9; 13,2). El milagro de Pentecostés prefigura el anuncio de la Palabra a todos los pueblos (*He* 2,5-11); el Espíritu Santo provoca el bautismo del eunuco etíope en Samaria (*He* 8, 26-40); la barrera milenaria de puros e impuros cae en el encuentro entre Pedro y Cornelio, donde el Espíritu Santo se apodera de los presentes invitándolos a bautizarse (*He* 10,47).

Como testigos de Cristo, estamos invitados a hablar de Él y a actuar en su nombre. Pensad en los sacramentos, así como en todos nuestros actos de testimonio, nuestras palabras y nuestras obras. Como cristianos, somos testigos por lo que decimos de Cristo, el «testigo fiel» (*Ap* 1,5; 3,14; *Col* 1,24), así como por lo que hacemos. Lo que hacemos suele ser más elocuente que lo que decimos. En su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones del 24 de octubre de 2021, el papa Francisco dice esto sobre el anuncio liberador del Evangelio: «Tenemos el testimonio vivo de todo esto en los *Hechos de los Apóstoles*, libro de cabecera de los discípulos misioneros. Es el libro que recoge cómo

el perfume del Evangelio fue calando a su paso y suscitando la alegría que sólo el Espíritu Santo nos puede regalar. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos enseña a vivir las pruebas abrazándonos a Cristo...». Es crucial entender que Lucas está escribiendo una historia de los apóstoles después de Jesús, afirmando que la obra de Cristo continúa a través de sus testigos. El Apocalipsis también incluye la historia de los testigos. Estos también deben difundir la fragancia del Evangelio a su paso.

El papa Francisco nos invita a vivir, con todos, la «gratuidad fraterna» (*Fratelli tutti*, n.º 140), porque el Dios manifestado en Jesucristo «da gratis, hasta el punto de que ayuda aun a los que no son fieles» (*Fratelli tutti*, n.º 140). Se nos invita a dar testimonio del Señor Jesús, el amor de Dios manifestado en nuestro mundo (*Mt* 5,45; 10,8). Amemos a Dios y amemos a nuestros hermanos, a todas las personas necesitadas de amor. Demos a la Iglesia los medios para su misión para que pueda continuar, en todas partes, ofreciendo a Cristo gratuitamente y de diversas maneras a todos los seres humanos. Demos a la Iglesia los medios para seguir trabajando por la paz, para abrir caminos de diálogo con todos. Demos a nuestra Iglesia los medios para seguir curando a los enfermos, celebrando los sacramentos, hablando del Señor que sostiene a todos los que caen y levanta a todos los que están abrumados. Pidamos a Dios, nuestro Padre, que muestre su cercanía a todos los que lo invocan de verdad. Que Él responda al deseo de los que lo temen y escuche nuestros gritos, los gritos de los pobres, de los pecadores, de los misioneros que somos. Que nos mantenga en su paz, en su amor, porque nos ama. Que fortalezca nuestra fe en Jesucristo y que se nos dé el Espíritu Santo en abundancia para que seamos testigos creíbles y apasionados de Cristo. Y que seamos muchos los que proclamemos las alabanzas de este Dios, Padre-Hijo-Espíritu Santo. Bendito sea su Nombre hoy y siempre.

Miércoles, 19 octubre de 2022

S. Juan de Brebeuf y S. Isaac Jogues, sacerdotes, y sus compañeros, mártires (memoria libre)

San Pablo de la Cruz, sacerdote (memoria libre)

Ef 3,2-12; Is 12,2, 4bcde-5a, 5bc-6; Lc 12,39-48

Meditemos

Esta última frase del evangelio de hoy puede captar nuestra atención. A quien se le ha dado mucho, se le pedirá mucho; a quien se le ha confiado mucho, se le exigirá más. ¿Qué tenemos sin haberlo recibido del Señor? Nada. Todo viene del Señor: nuestros padres, nuestra vida, lo que hemos adquirido a lo largo de nuestra vida, la educación, la formación, los bienes materiales y espirituales y, por supuesto, lo que cada uno de nosotros ha llegado a ser. La pregunta es: ¿qué hemos hecho con todo lo que hemos recibido?

Jesús nos pide que no imitemos al siervo que no se preocupa por el regreso de su Señor. Escuchemos una vez más: «si aquel criado dijere para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles». Por supuesto, podemos pensar en el fin del mundo, pero me parece que el Señor se acerca a nosotros todos los días, nos llama y nos pregunta si seguimos dispuestos a servir. ¿Estamos al servicio de Dios, de la Iglesia, de nuestros hermanos?

En los relatos y discursos evangélicos no encontramos ninguna invitación particular a trabajar ni pautas relacionadas con el trabajo. Pero se dice que Jesús era un «carpintero» (*Mc* 6,3), hijo de un carpintero (*Mt* 13,55). Sus primeros discípulos eran pescadores (*Mc* 1,16-20); uno era recaudador de impuestos (*Mc* 2,14). Se pasará de una profesión aprendida del padre, y cuya función es asegurar la subsistencia de la familia, a un oficio suscitado por una «vocación» carismática, promovida por Dios o por uno de sus portavoces, para crear una nueva actividad en bien de la multitud, un poco a la manera de Moisés, David y otros líderes de Israel. Pensemos en Eliseo y Amós, agricultores o pastores, que se convirtieron en profetas. Así, los apóstoles cambiaron su vida profesional debido a su encuentro con Jesús, el Cristo. No es una especie de ascenso, según los parámetros humanos. Se

trata más bien de la llamada a convertirse en «siervos» del Señor para una obra de carácter espiritual, que implicará persecuciones (Mt 5,11-12), humillaciones (Mt 23,11-12) e incluso dar la vida (Mt 16,25; 23,34-35).

En las parábolas se mencionan varios tipos de trabajo: el sembrador (Mt 13,3), el trabajador agrícola (Mt 20, 1), el comerciante de perlas (Mt 13,45), el portero (Mt 24,45), el administrador (Lc 16, 1), así como el ama de casa que se encarga de amasar la harina (Mt 13,33). Se anima a amar la laboriosidad, junto con la atención y la sabiduría, cualidades que hacen fiable al siervo (Mt 8,9; 24,45; 25,21). También hay un sentimiento de confianza en un resultado seguro, el resultado de un trabajo bien hecho (Mt 7,24-25; 24,46; 25,29). No tiene mérito hacerse valer ante los ojos de Dios, pues cada uno debe considerarse un «siervo inútil», contento simplemente con haber cumplido su deber (Lc 17,10).

¿Es necesario hablar de los ministerios de enseñanza y sanaciones que deben llevar a cabo los discípulos siguiendo el ejemplo de Jesús? (Mt 9,37-38; Jn 5,17; 9,4). ¿Es necesario comparar este trabajo con el del labrador, el sembrador, el cosechador, el pastor o el pecador? Este trabajo produce frutos o se espera que produzca un salario, una recompensa por el servicio prestado (Mt 10,10; 20,2; Lc 10,7). Pero ¿se trata sin duda de una metáfora? Se valoran los compromisos de índole espiritual. El Maestro dirige el deseo hacia las recompensas celestiales que son duraderas y que colman de felicidad suprema. Hemos de ir más allá de la crítica de Qohélet a la vanidad de la actividad humana. «Si alguno no quiere trabajar, que no coma» (2Te 3,10). Este es el consejo del apóstol Pablo. Quien roba, que no robe más; mejor que se tome la molestia de trabajar honradamente con sus manos, para tener algo que compartir con los necesitados (Ef 4,28). No solamente debemos cubrir nuestras necesidades sino también compartir con los demás, especialmente con los más desfavorecidos. En este ámbito, Pablo se presenta como un ejemplo que debe imitarse. De hecho, la obra de Cristo y de los discípulos imita la de Dios mismo (Jn 4,34; 5,17; 17,4). Se convierte en un modelo inspirador para todo sector y modo de trabajo humano, introduciendo en particular el principio del «servicio» (Lc 22,26-27; Jn 13,13-17), de la «gratuidad» (Mt 10,8; 2Cor 11,7), así como de la renuncia a la acumulación de bienes (Mt 10,10). La generosidad es muy deseable, ya que permite a los demás beneficiarse del fruto del propio trabajo (Mt 19,21). ¿No es esta compartición una clara señal de amor?

El trabajo realizado como «servicio» (*diaconía*) y mandado por el Señor da frutos para todos (1Cor 9,22). Por eso es importante contar con colaboradores, buenos colaboradores en la valiosa tarea de anunciar el Evangelio, que en definitiva son «colaboradores de Dios» (1Cor 3,9; Mc 16,20). El trabajo misionero puede compararse con el trabajo agrícola (1Cor 3,5-9) o de construcción (1Cor 3,10,14). Sin embargo, hay que reconocer que es solamente Dios quien hace crecer la planta (1Cor 3,7). Solo Cristo constituye el fundamento sólido de ese edificio que es la Iglesia (1Cor 3,11).

Por eso es importante dar gracias al Señor cuando lo que hacemos tiene éxito: «Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos. Decidlo de nuevo: «¡Sublime es su nombre!» Dios nos elige para cooperar en su misión, en la *Missio Dei*, aunque seamos frágiles, pecadores y pequeños. Escuchad a Pablo: «De este Evangelio soy yo servidor por la gracia que Dios me dio con su fuerza y su poder. A mí, el más insignificante de los santos, se me ha dado la gracia de anunciar a los gentiles la riqueza insondable de Cristo». Demos gracias y que el Señor nos siga llenando de sus dones, de su Espíritu Santo que nos hará extraordinarios trabajadores y misioneros siguiendo el ejemplo de Pablo, Pedro, Juan Pablo II, Benedicto XVI, el papa Francisco y todos los testigos de Cristo Jesús.

Jueves, 20 de octubre de 2022

Ef 3,14-21; Sl 32; Lc 12,49-53

Meditemos

El deseo que Pablo dirige a los efesios es crucial para la vida de las personas que han elegido a Cristo. Abramos el corazón para comprender. «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar

lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios». Que Cristo habite en vosotros, en vuestros corazones por la fe. Permaneced arraigados en el amor. Todas las personas están invitadas a elegir a Jesús, a elegir el amor. ¿Acaso no es este el fundamento de la vida cristiana? Pero hay que saber que el fuego del amor puede dividir. Quienes eligen a Jesús pueden enfrentarse a los que lo rechazan o no lo aceptan plenamente.

Cabe hacer una reflexión sobre el amor en forma de ida y vuelta. En efecto, si Cristo habita en nuestro corazón, viviremos en el amor. Asimismo, si vivimos en el amor, Cristo habita en nosotros. ¿Por qué? Porque Dios es amor. ¿Acaso no son el Amor y la Misericordia los nombres que más se corresponden con Dios? Dios se revela a Adán y a Eva lleno de bondad. Quiere darles vida en plenitud; quiere entablar un diálogo de amor con ellos. El misterio de su bondad se manifiesta en su misericordia hacia el pecador y en sus promesas de salvación. Poco a poco van a restablecerse los lazos de amor que unen a Dios y al Hombre. Al elegir a Abrahán de entre los gentiles para convertirse en su amigo, Dios expresa su amor en forma de amistad. Abrahán se convertirá en confidente de Dios; Dios le revelará sus secretos y planes. Abrahán comprende y responde a las exigencias del amor divino. Sin embargo, tras marcharse de su tierra natal atendiendo la llamada de Dios (*Gn 12,1*), debe adentrarse más en el misterio del temor a Dios que es amor. ¿No se le invita a sacrificar a su único hijo, y quizás con él a su amor humano? «Toma a tu hijo único, al que amas» (*Gn 22,2*). Cuando el creyente descubre que Dios lo ama, entra en la lógica del salmista. Como él, puede decir: Cantad al Señor un nuevo cántico, con todo vuestro arte sostened la ovación. Sí, la palabra del Señor es recta; Él es fiel en todo lo que hace. Ama el derecho y la justicia; la tierra está llena de su amor. Dios elige a Abrahán, pero llama a otras personas a las que revela las exigencias de su amor.

Moisés no tiene que sacrificar a su hijo, pero todo su pueblo es puesto a prueba, incluso desafiado, por el conflicto entre la santidad divina y el pecado. Moisés debe progresar en la intimidad de Dios. Habla con Dios como con una persona cercana. Dios le revela su ternura, un amor que, sin sacrificar en absoluto la santidad, es misericordia. En la misma lógica, los profetas tendrán que recordar al pueblo que debe preferir el amor a Dios al de la adoración de ídolos. De hecho, deben recordar que el amor de Dios por Israel es gratuito. Por lo tanto, Israel debe amar a Dios con todo su corazón y este amor debe expresarse en actos de adoración y obediencia que implican una elección radical, un costoso desarraigo. Esto solamente es posible en realidad si Dios viene en persona a circuncidar el corazón de Israel y hacerlo capaz de amar. Poco a poco, Israel y todo judío piadoso comprenderán que es necesario meditar la Palabra de Dios y tomar conciencia de ser amado por un Dios cuya fidelidad misericordiosa a la alianza debe ser cantada. Hemos de cantar la bondad, la gracia y la ternura de Dios (*Sl 86,15, Sab 15,1*). Hay que amar a Dios con todo el corazón y, para demostrarlo, a veces hay que estar dispuesto a llegar hasta el martirio, como ocurrió en la época de los macabeos, así como con Jesús, los apóstoles y a lo largo de la historia de la Iglesia.

En la cruz, el amor revela con decisión su intensidad y dramatismo. A lo largo del Evangelio, se produce una división entre quienes aceptan y quienes rechazan este amor, ante la cual no cabe permanecer neutral. Amar a Jesús es cumplir su palabra en su totalidad y seguirlo renunciando a todo (*Mc 10,17-21; Lc 14,25ss; Jn 6,60-71*). A través de la cruz, Dios es plenamente glorificado (*Jn 17,4*); «el hombre Jesús» (*1Tim 2,5*), y con Él toda la humanidad, merece ser amado por Dios sin reservas (*Jn 10,17; Flp 2,9ss*). Dios y hombre comulgan en la unidad, según la última oración de Jesús (*Jn 17*). El hombre está llamado a amar e incluso a sacrificarse siguiendo a Jesús, el Cristo (*Jn 17,19*). Todo hombre necesita el Espíritu Santo para poder decir «Abba, Padre» (*Rom 8,15*), *Amén*, sí, es verdad (*2Cor 1,20*) y glorificar a Cristo (*Jn 16,14*). De este modo, se derrama en nosotros un amor (*Rom 5,5*) que nos impulsa (*2Cor 5,14*), un amor del que nada puede separarnos (*Rom 8,35-39*) y que nos prepara para el encuentro definitivo del amor donde «conoceremos como somos conocidos» (*1Cor 13,12*). ¡Qué dicha descubrir que Dios nos ama y que sus nombres son Amor y Misericordia!

El cristiano es conducido así por el Espíritu Santo a vivir con su Señor en un diálogo de amor. Al hacerlo, se acerca al misterio mismo de Dios. Este Dios habla, llama, actúa, y a través de esta vía de diálogo el hombre accede a un conocimiento más profundo y espiritual. Al dar a su Hijo, Dios

revela que es Él quien da sus bendiciones y *se da a sí mismo* por amor (Rom 8,32). Viviendo con su Padre en un diálogo de amor absoluto, revelando que Él y el Padre son «uno» desde toda la eternidad (Jn 10,30; Mt 11,27), Jesús manifiesta que Él mismo es Dios, como Hijo único que está en el seno del Padre y que nos da a conocer a Dios, ese Ser que nadie ha visto jamás (Jn 1,18). Ese Dios es Él y su Padre en la unidad del Espíritu Santo, el Dios-Amor. Sí, Dios es amor (1Jn 4,8.16), como tan bien nos lo explica san Juan.

El amor es la única palabra que puede hacernos vislumbrar el misterio del Dios-Trinidad, el don recíproco y eterno del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Entendemos que el amor al prójimo no es mera filantropía. Es religioso; lo es por su modelo: el amor mismo de Dios (Mt 5,44ss; Ef 5,1ss.25; 1Jn 4,11ss). El amor es la obra de Dios en nosotros. ¿Podríamos ser misericordiosos como el Padre celestial (Lc 6, 36) si el Padre no nos enseñara (1Te 4,9), si el Espíritu Santo no derramara amor en nuestro corazón (Rom 5,5; 15,30)? Amamos a nuestros hermanos, amamos al Señor mismo (Mt 25,40), ya que todos juntos formamos el Cuerpo de Cristo (Rom 12,5-10; 1Cor 12,12-27). Mediante el amor, la caridad, el creyente permanece en comunión con Dios (1Jn 4,7-5, 4). La oración de Jesús es: «Que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17,26). Este amor fraternal que los discípulos misioneros tratan de vivir es el testimonio por el que el mundo puede reconocer a Jesús como el enviado del Padre (Jn 17,21): En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros (Jn 13,35). Hay que anunciar a Cristo, por supuesto, así como hay que dar testimonio de Él con el amor fraternal, con la atención a los pobres y a los pequeños, con el perdón, la misericordia y la caridad, en particular mediante obras de misericordia: aconsejar a quienes dudan; enseñar a los ignorantes; advertir a los pecadores; consolar a los afligidos; perdonar las ofensas; soportar pacientemente a los molestos; orar a Dios por los vivos y por los muertos.

Viernes, 21 octubre de 2022

Ef 4,1-6; Sl 23; Lc 12,54-59

Meditemos

Vale la pena escuchar una vez más las palabras de Pablo a los efesios: «Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos».

El vínculo de la paz es importante, pues la paz es un don de Dios. La paz es también el signo de la justicia. Esta favorece el avance hacia la paz; de ahí su articulación, que debemos tener en cuenta. La paz no es solamente un signo de felicidad; debe considerarse un bien espiritual, debido a su origen celestial. Quien confía en Dios puede dormirse en paz (Sl 4,9; Is 26,3). En la oración confiada, el hombre puede obtenerla. Pero la paz también se consigue mediante una lucha por la justicia; es una lucha por la esperanza. Se forjará una alianza de paz y Dios estará con su pueblo (Jr 29,11; Ez 34,25-30; 37,26). Isaías sueña con el Príncipe de la Paz (Is 9,5), que dará una paz interminable (Is 9,6) y abrirá un nuevo paraíso, pues Él será la Paz (Mt 5,4). Con el Príncipe de la Paz, las naciones vivirán en paz (Is 2,2; 11,1; 32,15-20).

A quienes aman la ley del Señor les aguarda una gran paz; nada los ofenderá (Sl 119,165). Las almas de los justos están en la mano de Dios... A ojos de los necios parecen muertas, pero están en paz (Sb 3,1ss). Están en la plenitud de los bienes y en la comunión quien los da. Están en la beatitud. La esperanza de los profetas y los sabios se convierte en una realidad concedida en Jesucristo, pues el pecado es derrotado en Él y por Él. Pero, mientras el pecado no esté muerto en cada hombre, mientras el Señor no haya venido en el último día, la paz sigue siendo un bien por venir, por conquistar, por acoger. El autor del salmo tiene razón al preguntar: ¿Quién puede escalar la montaña del Señor y permanecer de pie en el lugar santo? El hombre de corazón puro, de manos inocentes,

que no entrega su alma a los ídolos (y no dice falsos juramentos) obtiene la bendición del Señor, y la justicia de Dios su Salvador.

El evangelista Lucas retrata a un rey pacífico y justo. Cuando nació, los ángeles anunciaron la paz a los hombres que Dios ama (*Lc 2,14*). El deseo de paz terrenal se convierte en el anuncio de la salvación. Como buen judío, Jesús dijo: «Ve en paz», pero con esta palabra devuelve la salud a la hemorroísa (8,48) y perdona los pecados del pecador arrepentido (7,50), marcando así su victoria sobre el poder de la enfermedad y el pecado. Al igual que Él, los discípulos ofrecen a las ciudades la salvación en Jesús con su saludo de paz (10,5-9). Por último, Dios anunció la paz por medio de Jesucristo mostrándose como el Señor de todos (10,36). Con Pablo, la paz se ofrece a cada uno de nosotros en nuestro corazón (*Col 3,15*), gracias al Espíritu Santo que teje un fuerte vínculo entre nosotros (*Ef 4,3*). Todo creyente, justificado, está en paz por medio de Jesucristo con Dios (*Rom 5,1*), el Dios de amor y de paz (*2Cor 13,11*) que lo santifica por completo (*1Te 5,23*).

Al igual que la caridad y la alegría, la paz es fruto del Espíritu Santo (*Ga 5,22; Rom 14,17*); es la vida eterna anticipada aquí en la tierra. Supera todo entendimiento (*Fil 4,7*), irradia sobre nuestras relaciones humanas (*1Cor 7,15; Rom 12,18; 2Tim 2,22*) hasta el Día en que el Dios de la paz que resucitó a Jesús (*Heb 13,20*), habiendo destruido a Satanás (*Rom 16,20*), restaurará todas las cosas a su integridad original. Lucas tiene razón al dar este consejo para quienes buscan la paz: cuando vayas con tu adversario ante el magistrado, mientras vas de camino, haz todo lo posible por llegar a un acuerdo con él, para que no te arrastre ante el juez, para que el juez no te entregue al alguacil y para que el alguacil no te meta en la cárcel. Lucas tiene razón y, de hecho, este es el consejo del Señor Jesús. En cuanto se inician procedimientos y acusaciones y nos arrastramos ante los jueces, la búsqueda de la paz se hace cada vez más difícil. ¿Por qué no encontrar simplemente soluciones entre hermanos cristianos, dentro de las comunidades cristianas? ¿Por qué no optar por una búsqueda común de la paz, entre creyentes e incluso entre seres humanos con diferentes convicciones religiosas? ¿Por qué no avanzar hacia una gratitud fraternal en el corazón del diálogo, pensando en el único creador, Dios «nuestro Padre»? (Pierre Diarra, *Gratuité fraternelle au cœur du dialogue. Rencontres entre chrétiens et adeptes des religions des ancêtres*, París, Karthala, 2021, p. 289).

Para Juan, al igual que para Pablo, la paz es fruto del sacrificio de Jesús (*Jn 16,33*). Es diferente de la paz de este mundo. Como en la Primera Alianza, la presencia de Dios en medio de su pueblo es el bien supremo de la paz (*Lv 26,12; Ez 37,26*). Para Juan, la presencia de Jesús es la fuente y la realidad de la paz. Cuando Jesús percibe la tristeza de sus discípulos, les dice: «La paz os dejo, mi paz os doy» (*Jn 14,27*). Esta paz ya no está vinculada a su presencia corporal, sino a su victoria sobre el mundo. Así, victorioso sobre la muerte, Jesús da, con su paz, el Espíritu Santo y el poder sobre el pecado (*Jn 20,19-23*). El cristiano aspira a alcanzar la beatitud: «Bienaventurados los que trabajan por la paz» (*Mt 5,9*), porque es vivir como Dios, ser hijo de Dios en el Hijo único, Jesús. Por eso el cristiano trabaja aquí en la tierra para establecer la armonía y la tranquilidad. Hay que proponer a Jesús en todo el mundo para esperar una paz universal, construida sobre el amor y la justicia enraizados en Dios-Amor. Hemos de proponer la Iglesia, el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, que supera las distinciones, las exclusiones y las separaciones de todo tipo, ofreciendo paz, justicia y amor a todos. Pero estas palabras solamente pueden entenderse de forma plena plenamente vinculándolas al Dios-Amor.

Dios, el Dios de Jesucristo, da la paz, porque es la paz lo que elimina el pecado, fuente de toda división. Lo que Dios dice es la paz, la felicidad, la fidelidad (*Sl 85,9-14*). Sí, Dios mismo nos da la felicidad al concedernos la paz. Al vivir por el Espíritu Santo, el discípulo camina por las huellas de su Señor y, como en el caso del Señor, la justicia irá delante de él y la paz seguirá sus pasos. El Señor Jesús es nuestra paz, y es Él quien debe ser acogido y propuesto a nuestros contemporáneos no solamente con palabras, sino también con el testimonio de nuestra vida, con nuestras obras. Recemos para que el Señor nos mantenga en su paz, en su amor. Que el Espíritu Santo de paz nos sea dado en abundancia de modo que tengamos mucha humildad, mansedumbre y paciencia para llegar a los demás y construir la paz con ellos. Recemos para que nos apoyemos mutuamente con amor y

avancemos juntos por el camino de la santidad. Que el Espíritu Santo nos sea dado en abundancia para que velemos por mantener la unidad mediante el vínculo de la paz.

Sábado, 22 de octubre de 2022

San Juan Pablo II, papa (memoria libre)

Ef 4,7-16; Sl 121; Lc 13,1-9

Meditemos

La gran figura del papa Juan Pablo II y los textos del día nos permiten meditar sobre cuestiones antropológicas y teológicas. El Evangelio nos enfrenta a la cuestión del mal y a la responsabilidad del ser humano por lo que le sucede. ¿Creéis que aquellos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, por haber sufrido tal destino? Pues yo os digo: ¡en absoluto! Pero, si no os convertís, pereceréis igualmente. Escuchemos esta frase con atención. Si no os convertís, pereceréis igualmente.

Antes de retener algunas ideas sobre esta llamada a la conversión, pensemos en san Juan Pablo II y en todo lo que hizo, como papa, por la Iglesia y por el mundo. Recordemos simplemente una algunos puntos sobre el primer grupo de encíclicas que se refieren a la Trinidad: *Redemptor hominis* (1979), *Dives in misericordia* (1980) y *Dominum et vivificantem* (1986). También podríamos haber conservado algunas ideas de las encíclicas sociales o de las encíclicas eclesiológicas o de las encíclicas en las que se desarrolla el tema antropológico en varios aspectos. Pero estos grupos de encíclicas ya están contenidos en el programa de las encíclicas sobre la Trinidad y la fe, que captan nuestra atención.

Redemptor hominis es el punto de partida de todos los demás: el tema de la verdad y el vínculo entre la verdad y la libertad, entendiendo que la verdad puede ser vista como una pretensión y lo contrario de la libertad. La pasión ecuménica del papa es ya evidente en este primer gran texto magisterial. En dicho texto están presentes los grandes temas de la Eucaristía, como el sacrificio, la redención y la penitencia. Añadamos también el mandamiento «no matarás» sin olvidar el vínculo entre la Iglesia y Cristo orientándolo hacia el futuro. La Iglesia está invitada a abrirse a un nuevo periodo de fe. El deseo profundo del papa es pedir al Señor que nos conceda un nuevo don de la fe y la plenitud de la vida, un nuevo Pentecostés; de ahí la invocación del Espíritu Santo: «¡Ven Espíritu Santo, ven!»

La pregunta que está implícita es: «¿Quién es el hombre?». Detrás de esta pregunta aparece la de la redención: ¿cómo puede vivir el hombre? ¿Quién puede enseñarnos a vivir? ¿El materialismo, el marxismo o el cristianismo? Cómo podemos mostrar a la gente el camino de la vida y hacer que otros creyentes y no creyentes comprendan que sus preguntas son también las nuestras y que, ante el dilema del hombre de hoy como de antaño, Pedro tenía razón cuando le dijo al Señor: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

La primera encíclica de Juan Pablo II gira en torno a la cuestión del hombre, con esta poderosa frase: «El hombre es el primer camino de la Iglesia y es un camino fundamental». Esta frase se ha convertido casi en un lema. A menudo se olvida que poco antes, el papa había dicho: «Jesucristo es el camino principal de la Iglesia; es nuestro camino a la casa del Padre» (Jn 14,1s) y «es también el camino hacia todo hombre». Hay que continuar la cita diciendo «...camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención».

La antropología y la cristología son, para el papa, inseparables. ¿Quién es el hombre y adónde debe ir para encontrar la vida? Esto es precisamente lo que surgió en Cristo. Él está «unido a todo hombre» y, por tanto, no puede reducirse a un ejemplo del modo en que debemos vivir. No es la mera imagen de una existencia humana. Nos llega desde dentro, a la raíz de nuestra existencia, convirtiéndose así, desde dentro, en el camino para el hombre. Rompe el aislamiento del «yo». Es la garantía de la dignidad indestructible de cada individuo y, al mismo tiempo, es la que supera el

individualismo en una comunicación a la que aspira toda la naturaleza del hombre. La cuestión del hombre no puede separarse de la de Dios.

El tema de Dios Padre aparece oculto en primer lugar bajo el título «*Dives in misericordia*». Poner la misericordia de Dios como eje de la fe y de la vida cristiana fue el gran deseo de sor Faustina Kowalska, aquella hermana de Cracovia. San Bernardo escribió: «Dios no puede sufrir, pero puede compadecerse». La encíclica sobre Dios Padre se sitúa bajo el tema de la misericordia divina. Este es el primer subtítulo de la encíclica: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (*Jn* 14,9). Ver a Cristo significa ver al Dios misericordioso. La misericordia de Dios tiene las características del amor maternal. Fijémonos también en la profunda interpretación de la parábola del hijo pródigo o del hijo encontrado (*Lc* 15,11-32), en la que la imagen del Padre resplandece en toda su grandeza y belleza.

En cuanto a la encíclica sobre el Espíritu Santo, en la que aparece el tema de la verdad y la conciencia, es importante recordar que el Espíritu Santo es un don, «un don de verdad y de conciencia y un don de certeza y de redención» (n.º 31). En la raíz del pecado está la mentira, la negación de la verdad. «La desobediencia como dimensión original del pecado significa el rechazo de esta fuente (la ley eterna), mediante la pretensión del hombre de convertirse en fuente autónoma y exclusiva para decidir el bien y el mal». La perspectiva fundamental de «*Veritatis Splendor*» aparece aquí en toda su evidencia. Esta encíclica sobre el Espíritu Santo no se detiene en el diagnóstico de que estamos en peligro, sino que lo publica para abrir paso a la sanación. En la conversión, la preocupación de la conciencia se transforma en un amor que sana, que sabe sufrir: «El dispensador de este poder salvador es el Espíritu Santo».

Para concluir esta meditación, retengamos algunas ideas que nos incitan a la conversión. No olvidemos que la misericordia es el camino que une a Dios con el hombre, para que este abra su corazón a la esperanza de ser amado para siempre, a pesar de los límites de su pecado. Jesús aparece como un predicador de la conversión: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos» (*Mt* 4,17). Nos invita a una renovación total, a la revolución interior y exterior que supone la llegada del Reino. Dios, nuestro Padre, está lleno de ternura y misericordia, es lento a la cólera y está lleno de amor y verdad. Podemos volver a Él con confianza para pedirle perdón. De hecho, Jesús acoge a los pecadores y revela la misericordia de Dios. Pensemos en el paralítico (*Mt* 9,1-7), en la pecadora (*Lc* 7,44-50), recordando que Jesús no vino por los justos sino por los pecadores (*Mc* 2,17). No olvidemos la alegría de Dios por un pecador que se arrepiente (*Lc* 15,7 y 10). En sus enseñanzas sobre la reconciliación, Jesús nos habla de la oveja perdida y del buen pastor (*Mt* 18,12-14; *Lc* 15,4-7), del hijo y del padre pródigo (*Lc* 15,11-32) e incluso del regreso al espíritu de la infancia (*Mt* 18,3).

Tanto el hombre que se ha extraviado como la mujer que ha perdido el camino de la vida están invitados a regresar a Dios, que se manifiesta como Padre. Los apóstoles, la Iglesia y los sacerdotes recibieron de Jesús el mandato y la fuerza para la reconciliación; también recibieron de Jesús el poder de perdonar los pecados. Este poder de «atar y desatar» se refiere a las exigencias del arrepentimiento (*Mt* 16,19; 18,15-18; 1 *Cor* 5,1-13; 2 *Cor* 2,5-11; *He* 2,38; 3,19; 22,16) y debemos forjar una fuerte relación entre los sacramentos del Bautismo, la Eucaristía y la Reconciliación. Jesús murió por el perdón de los pecados, la salvación de la multitud. Dios quiere que todos los seres humanos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 *Tim* 2,4ss). Sabemos que el Misterio Pascual es el eje de todos los sacramentos, de la vida de la Iglesia y de todo discípulo misionero. El Espíritu Santo (*Jn* 20,22-23) se nos da para que en la Iglesia los sacerdotes nos perdonen nuestros pecados, nos ofrezcan el perdón y la paz de Dios y nos inviten a la conversión y a la misericordia. Perdona, Señor, nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Ojalá podamos acoger esta buena nueva de la misericordia de Dios, esta buena nueva del perdón de Dios en Jesucristo, esta buena nueva que debemos proponer a nuestros contemporáneos.

Domingo, 23 de octubre de 2022

Domingo XXX del tiempo ordinario

Finaliza la Semana Mundial de las Misiones 2022

Sir 35,12-14.16-18; Sl 33; 2Tim 4,6-8.16-18; Lc 18,9-14

Meditemos

En nuestra meditación, un poco más larga de lo habitual, no podemos olvidar el tema de la Semana Mundial de las Misiones, a saber: **seréis mis testigos** (*He* 1,8). ¿A qué está llamado el cristiano sino a ser un testigo creíble de Jesucristo? Se nos remite a los *Hechos de los Apóstoles* y a la vida misionera de los primeros cristianos. De hecho, Jesús dijo a sus discípulos: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad; en cambio, recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y **seréis mis testigos** en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta el confín de la tierra» (*He* 1,7-8). Antes de aclarar lo debemos entender por ser testigos, recordemos que el papa Francisco escribió que los *Hechos de los Apóstoles* es el libro que siempre tienen a mano los discípulos misioneros. Es el libro que cuenta cómo debe extenderse la fragancia del Evangelio en el camino del discípulo misionero y suscitar una alegría que solamente puede dar el Espíritu Santo.

¿Qué significa ser testigo? ¿Dar testimonio de qué, de quién, a quién y cómo? Dar testimonio de lo que hemos visto y oído, es decir, de Jesús, crucificado y resucitado. Debe hacerse inmediatamente la conexión entre testigos y mártires. El testigo, al igual que el mártir pues estas dos palabras tienen la misma raíz, es el que, habiendo estado presente en un acontecimiento, puede decir lo que ha visto y oído, durante un juicio por ejemplo. Mencionemos simplemente que puede tratarse de un objeto que sirve de testigo, de signo, es decir, una estela considerada como testigo histórico de un tratado de alianza. Cuando decimos que hay que testificar o dar testimonio en favor de alguien, es algo cargado de significado. Podemos considerar las dos Tablas de la Ley como un fuerte signo de la Alianza entre Israel y su Dios. Pero también podríamos hablar del testimonio entre la familia y los amigos, de una carta y, por supuesto, de que Dios llama a hombres y mujeres a dar testimonio de Él. En cuanto a nosotros, los cristianos, estamos invitados a dar testimonio de lo que hemos visto y oído, es decir, de Cristo, pero más concretamente de la vida de Jesús, de sus milagros, de su enseñanza, de su atención a los pecadores, a los pobres y a los pequeños, pero sobre todo de su muerte y resurrección, expresión del Amor de la Trinidad. Nosotros no estábamos allí cuando Jesús se levantó de la tumba, victorioso sobre la muerte, pero los testigos que lo vieron después de su resurrección son creíbles y su testimonio ha llegado hasta nosotros. Muchos murieron como mártires, dando testimonio de Él: les fue imposible permanecer en silencio; prefirieron sufrir el martirio a no dar testimonio de Él.

Cada uno de nosotros ha experimentado un encuentro de fe con el Señor resucitado. Las Sagradas Escrituras lo atestiguan; la vida y los martirios de los primeros cristianos lo atestiguan; la historia de la Iglesia lo atestigua; y hoy Jesús puede ser presentado por cada uno de nosotros como el testigo fiel, el que dio testimonio del amor de su Padre, revelado como nuestro Padre. Los primeros dirigentes de la Iglesia, el papa, los obispos, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, pueden dar testimonio de Cristo e incluso dedicar toda su vida a anunciarlo y a certificar que es el único Salvador del mundo y que debe ser anunciado en todo el mundo como el único Salvador. Él, el testigo fiel, se ha revelado a cada uno de nosotros y nos envía a dar testimonio de su amor, paz y justicia. Nos manda a trabajar, con Él y en el Espíritu Santo, para que venga el Reino. Siguiendo a los Doce y a los numerosos misioneros, nos envía como bautizados, sea cual sea nuestra responsabilidad eclesial, a dar testimonio del amor de Dios manifestado en toda la vida de Jesús, su muerte en la cruz, su resurrección, el envío del Espíritu Santo, la vida de las primeras comunidades cristianas, la vida de la Iglesia a lo largo de los siglos, etc., sin olvidar a los numerosos misioneros y mártires.

En primer lugar, se nos invita a percibir mejor que el Espíritu Santo es el verdadero iniciador de la misión apostólica, como lo fue de la propia misión de Jesús (*Lc* 4,1). Es guiado por el Espíritu Santo al que recibió en el bautismo. Comunicado y difundido por Jesús (*He* 2,33), el Espíritu Santo se recibe en relación con el bautismo en el nombre de Jesús (*He* 1,5). Se da principalmente con vistas a predicar y dar testimonio (*He* 4,8,31; 5,32; 6,10). Interviene actuando sobre la conducta de los apóstoles, como puede leerse en los *Hechos de los Apóstoles* (*He* 8,15,17; 10,19,44-47; 11,12,15;

15,8). Se nos invita entonces a percibir que el testimonio dado a Cristo es sobre todo un testimonio de la Resurrección (*He* 1,22). En los *Hechos de los Apóstoles*, los testigos son sobre todo los Doce (*He* 1,22; 10,41), pero también se llama testigos a otros, en sentidos un poco diferentes y diversos (13,31; 22,20). Hoy todos somos testigos de Cristo resucitado. Por último, se nos pide que ampliemos el espacio para el testimonio apostólico. Ya no es solamente un testimonio de Jerusalén a Roma, de los judíos a los gentiles, como muestra el plan de los *Hechos de los Apóstoles*, sino en todas partes y en todos los sectores de la vida de los hombres y mujeres de hoy en día. Dios interviene hoy poderosamente para hacer avanzar esta historia enviando el Espíritu Santo (2,1-13; 10,44; 19,6) y suscitando a testigos de la Resurrección, dispuestos a morir para dar testimonio de Cristo.

Lucas, autor de los *Hechos de los Apóstoles*, aboga por la integración del cristianismo en la sociedad romana. Se anima a los cristianos a vivir su fe en un entorno sociocultural en el que está en juego el futuro de su religión, el Imperio Romano. Lucas está convencido de que el acceso al Dios universal se verá facilitado por la universalidad del imperio. Para Lucas, el Verbo se hizo carne en un destino humano que hay que describir. Como teólogo, señala que la historia es el lugar donde se revela Dios. La historia, escrita por él, se convierte en un kerigma, y el kerigma se convierte en una parte de la historia. Lucas quiso ser el historiador de Dios y cuenta una historia en la que el lector percibe tensiones y desplazamientos, caminos de conversión y de testimonio. Nos invita a dar testimonio de Cristo muerto y resucitado, a vivir de dicho testimonio para anunciarlo mejor y hacer que la gente quiera creer en Él y formar parte de la Iglesia. Dios, el Dios revelado en Jesucristo, es el Dios de todo y de todos. La extensión de la salvación al género humano es tanto una obra divina, a la que contribuye poderosamente el Espíritu Santo, como el resultado de los trabajos y sufrimientos de los enviados. La acción divina y el esfuerzo humano se han conjugado para dar lugar a una Iglesia que reúne a hombres y mujeres de toda condición (*He* 14,27). El programa misionero construido por el Resucitado, partiendo de Jerusalén y llegando a Roma, quizá siga inconcluso. Por lo tanto, debemos seguirlo, no en el mundo de la historia, sino en el mundo del lector: este es el horizonte, nunca alcanzado, de la Iglesia, una promesa de universalidad que sobrevuela el cristianismo.

El Espíritu Santo es un poder; capacita a los discípulos para *ser testigos* del Resucitado, desde Jerusalén hasta los confines de la tierra y en cualquier contexto. El Espíritu Santo es un poder de testimonio; capacita a cada bautizado para *dar testimonio* de la salvación que ha recibido, como afirma Pedro: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (*He* 2,38; *1 Cor* 12,1-3,9). El Espíritu Santo permite que el mismo Evangelio sea entendido en la pluralidad de lenguas y pueblos. Todo ser humano está *invitado a abrirse* a una relación común con el Evangelio en la irreductible diversidad de las culturas. Dios nos llama a todos, a los que están cerca y a los que están lejos (*He* 2,39), porque no hay salvación sino en Jesucristo (*He* 4,12). Se nos *invita a compartir* la Palabra y la santa comida, fuente de vida y comunión, que no puede ser ocasión de muerte (*He* 12,6; 16,25).

Es importante ser conscientes de la urgencia de dar testimonio a nuestros contemporáneos. ¿Cómo podemos convencer en 2022 a todos los bautizados para que sean testigos de Cristo y apoyen las OMP, a fin de *dar a la Iglesia universal los medios para su misión*? ¿Cómo podemos ayudarlos a *seguir los pasos de Paulina*, con la mirada puesta en María y en su hijo, el Señor Jesús? ¿Cómo podemos fomentar la generosidad de los cristianos para que nuestras Iglesias locales tengan *los medios para seguir dando testimonio de Cristo*? El final triunfalista de los *Hechos de los Apóstoles* no es el triunfo de un hombre, ya que Pablo está preso, sino *el triunfo de la Palabra* cuya expansión nada puede impedir. La victoria de la Palabra de Dios se refiere a Pablo, que permanece como misionero en Roma hasta el final. *Se nos invita a vivir una comunión fraternal más allá de todas las fronteras y a permanecer abiertos a todos.*

La oración es el eje de los textos que se nos proponen hoy, Jornada Mundial de las Misiones; es el eje de la misión cristiana. Si tenéis la posibilidad de volver a leer estos textos en los próximos días, sin duda vale la pena, aunque esta meditación sea ya larga. El Señor no desprecia nuestras oraciones, ni las del huérfano o la viuda; el Señor escucha a todo el mundo. Se nos aconseja dar al Altísimo según nuestros recursos y según lo que Él da, sin ser exigentes. Dicho de otro modo: ya que el Señor es generoso con nosotros, demos generosamente y con alegría. *Dios ama a quien da con alegría* (2Cor 9,7; Pr 22,8). La sabiduría bíblica nos dice que el Señor es el que devuelve; nos devolverá siete veces lo que hemos dado. Esto demuestra que el Señor no está en la *lógica de dar y recibir*, da mucho más; de ahí esta precisión que se nos da y que debemos tomarnos en serio. Se nos invita a amar de verdad, optando por un diálogo filial con Dios nuestro Padre, por una *gratuidad fraternal* en el corazón del diálogo de la salvación (Pierre Diarra, *Gratuité fraternelle au cœur du dialogue*, París, Karthala, 2021): «No intentes influir en Él con regalos; no los aceptará». El Señor es bueno, así que no hay necesidad de tratar de influir en él o sobornarlo. Él no discrimina a los pobres; escucha la oración de los oprimidos. De hecho, no desfavorece a nadie.

Lo que el Señor nos pide es que confiemos en Él; la oración es una expresión de esta confianza. Lo sabemos y tal vez lo hayamos experimentado: en cuanto un pobre clama, el Señor lo escucha; lo salva de todas sus angustias. El Señor está ahí para liberar a quienes lo temen. Pero esto no significa que no se interese por la salvación de los demás, menos piadosos, menos religiosos o incluso incrédulos. Con el salmista, podemos invitar a nuestros contemporáneos diciendo: *Probad y ved: ¡el Señor es bueno! ¡Dichosos los que se refugian en Él!* Seáis quienes seáis, adorad al Señor: a quien lo teme no ha de faltarle nada. A quien busca al Señor no le faltará bien alguno. Con el Señor Jesús, lo tenemos todo. Sí, todos debemos dar gracias al Señor, porque es bueno y no se olvida de ninguno de sus hijos. Se nos invita a ir lo más lejos posible en nuestra generosidad, en nuestro amor a Dios y en nuestro amor al prójimo. No debemos entrar o permanecer en una lógica en la que siempre estamos midiendo lo que damos y lo que recibimos a cambio o como intercambio. En efecto, tal y como explica el papa Francisco en *Fratelli tutti* (*Todos hermanos*, n.º 140), Dios, a diferencia de esto, da gratuitamente hasta ayudar incluso a los que no son fieles, y «hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45).

Por eso es importante reflexionar sobre la fuerza de nuestro testimonio, así como sobre la actitud del fariseo y la del publicano, una página del Evangelio que conocemos bien. Escuchemos lo que dice el fariseo que estaba de pie y rezaba en su interior: «¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano». A veces olvidamos que los fariseos eran creyentes que se esforzaban por hacer todo lo que prescribía la Ley de Moisés. A menudo tenían éxito y a veces se jactaban de ello, hasta el punto de querer justificarse ante Dios, diciendo: «Hago esto y esto y lo otro». «No soy esto ni esto; no soy como aquel publicano». El publicano reconoce humildemente su pecado. De hecho, se golpeaba el pecho diciendo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador». Y Jesús declara: «Os digo que este bajó a su casa justificado y aquel, no. Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido».

Lunes, 24 de octubre de 2022

Antonio María Claret, obispo (memoria libre)

Ef 4,32 a 5,8; Sl 1; Lc 13,10-17

Meditemos

Se nos invita a meditar los textos bíblicos con Antonio María Claret (nacido en España en 1807, fallecido en Francia en 1870), un misionero que decidió en 1835 hacerse sacerdote porque quería trabajar por la salvación de las almas. Durante unos doce años, evangelizó Cataluña como misionero itinerante, dejando panfletos de su propia composición por todas partes. En julio de 1849,

junto con cinco sacerdotes amigos suyos, fundó lo que sería la congregación de los misioneros «claretianos». Pío IX lo nombró arzobispo de Santiago de Cuba. Durante sus seis años como obispo (1851-1857), confirmó a 300 000 personas, regularizó 30 000 matrimonios, dio 11 000 sermones y distribuyó un millón de folletos y 60 000 rosarios.

Antonio María Claret intentó defender a los esclavos negros que eran tratados como animales por los terratenientes ricos. También quiso reformar a un clero ignorante y laxo, pero esto fue mal visto y fue objeto de quince intentos de asesinato. La última vez, estuvo a punto de morir de una puñalada en plena cara. La reina Isabel II ordenó su regreso y lo nombró su confesor y consejero. Convertido en el hombre más odiado de España, tuvo que abandonar el país en 1868 con su destronada soberana y murió en Francia, en el monasterio cisterciense de Font-Froide (Aude). El difícil camino de conversión que emprendió nos remite a la carta a los Efesios.

En la Carta a los Efesios se dan consejos muy prácticos para recorrer el camino de la perfección. Se nos invita a ser generosos y tiernos, a perdonarnos los unos a los otros, del mismo modo que Dios nos ha perdonado en Cristo. Se nos invita a tratar de imitar a Dios, ya que somos sus hijos amados; de ahí la urgencia de que todos vivamos en el amor. Nuestro modelo es Cristo: al igual que Cristo nos amó y se entregó por nosotros, ofreciéndose como sacrificio a Dios, también nosotros estamos invitados a ser como un perfume de agradable aroma. El libertinaje, la impureza en todas sus formas y el deseo de poseer son cosas que ni siquiera deberían mencionarse entre nosotros, dice san Pablo a los efesios. Pablo nos advierte: ni los libertinos ni los depravados ni los aprovechados —que son verdaderos idólatras— reciben herencia en el reino de Cristo y de Dios. Se nos pide que evitemos el lenguaje grosero, estúpido u obsceno. Por el contrario, debemos estar en acciones de gracias.

El Evangelio de Lucas nos habla de la controversia que surgió después de que Jesús sanara a una mujer con estas palabras: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad». Jesús añadió un gesto: le impuso las manos. Ella volvió a erguirse inmediatamente y rindió gloria a Dios. Entonces, el jefe de la sinagoga, indignado por ver a Jesús realizar una sanación en sábado, tomó la palabra y dijo a la multitud: «Hay seis días para trabajar; venid, pues, a que os curen en esos días y no en sábado». El Señor respondió: «Hipócritas: cualquiera de vosotros, ¿no desata en sábado su buey o su burro del pesebre, y los lleva a abrevar? Y a esta, que es hija de Abrahán, y que Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no era necesario soltarla de tal ligadura en día de sábado?». El evangelista añade estas palabras con, al parecer, una nota de humor: «Al decir estas palabras, sus enemigos quedaron abochornados, y toda la gente se alegraba por todas las maravillas que hacía».

Los adversarios de Jesús se llenan de vergüenza y toda la multitud se alegra. Hay un contraste real: estar avergonzado o sentir alegría. La vergüenza es frágil e ilusoria, una mentira y una esterilidad, mientras que mirar el rostro de Dios salva de la vergüenza. El justo se salva de la vergüenza (*Sl* 34,6). El discípulo no debe avergonzarse del Señor; no se avergüenza de Jesús ni de su palabra; tiene la voluntad activa de creer, de actuar y de hablar, sin miedo a la vergüenza. San Pablo no se avergüenza del Evangelio. Tiene la confianza del Evangelio, el orgullo, el lenguaje y la acción de un hombre liberado de la vergüenza por la fe. Nada puede confundir al justo; al contrario, mantiene toda su confianza y Cristo será glorificado en su cuerpo. ¿Acaso Jesús no despreció primero la vergüenza (*Heb* 12,2)? La Iglesia es un cuerpo en el que ninguna parte debe avergonzarse de otra (*1Cor* 12,23). Cristo no se avergüenza de llamarnos hermanos (*Heb* 2,11). Es la norma que nos invita a no despreciar a ningún hermano (*Rom* 14,10). Por el contrario, debemos alegrarnos cuando podemos ayudar a nuestros hermanos. Se trata también de ayudarlos a acoger el Evangelio y a probar la *alegría del Evangelio*, retomando las palabras del papa Francisco.

La alegría del Evangelio es Jesucristo, que anuncia Él mismo *la alegría de la salvación* a los humildes y se la da mediante su sacrificio. Juan el Bautista se alegra en el seno de su madre (*Lc* 1,41.44) y la Virgen, a la que el saludo del Ángel había invitado a alegrarse (*Lc* 1,28), canta a la vez con alegría y humildad al Señor, que se ha convertido en hijo suyo para salvar a los humildes (*Lc* 1,42.46-55). Acoger a Jesús y convertirse producen alegría. Los discípulos hacen bien al alegrarse de los milagros de Jesús, que atestiguan su misión (*Lc* 19,37ss). Como verdaderos hermanos (*Lc* 15,32), deben alegrarse de las conversiones del mismo modo que el Padre y los ángeles se alegran

en el cielo (*Lc 15,7,10,24*). Deben alegrarse como se alegra el Buen Pastor, cuyo amor ha salvado a sus ovejas perdidas (*Lc 15,16; Mt 18,13*). Pero, para compartir la alegría del Resucitado, debemos amar como Él amó. Observemos que los discípulos comprendieron tan poco que la pasión conduce a la resurrección, que su esperanza se arruinó (*Lc 24,21*). Por ello, no se atreven a entregarse a la alegría que los embarga durante las apariciones (*Lc 24,41*). Pero el Resucitado les mostrará cómo se cumplen las Escrituras y la importancia de ese Espíritu Santo al que deben esperar. Incluso «se alegrarán de ser juzgados dignos de sufrir por el Nombre» del Salvador del que son testigos (*He 5,41; 4,12; Lc 24,46ss*).

Pidamos al Señor la caridad que hace que los creyentes compartan la alegría, la esperanza y la verdad (*1Cor 13,6*). Esto produce una alegría constante que se nutre de su incesante oración y acciones de gracias (*1Te 5,16; Fil 3,1; 4,4ss*). ¿Cómo puede uno proclamar la buena nueva de la salvación sin estar alegre? La oración asidua es fuente de alegría porque la esperanza la anima y el Dios de la esperanza responde llenando de alegría al creyente, al testigo (*Rom 12,12; 15,13*). Esta alegría es la antesala de la gloria. Antes de eso, es posible que haya que pasar por dificultades y sufrimientos. Entonces hay que encontrar la alegría en el sufrimiento por sus fieles y por la Iglesia (*Col 1,24*). El discípulo misionero podría, por tanto, invitar a sus hermanos a compartir la alegría que tendría al derramar su sangre como testimonio supremo de la fe (*Flp 2,17*). En el cielo habrá un gran regocijo (*Ap 19,7ss*) cuando se celebren las bodas del Cordero. El Espíritu Santo que se nos da ya nos hace partícipes de la alegría del Evangelio, de la alegría de la salvación, de la alegría de estar todos unidos al Padre y a su Hijo Jesucristo (*1Jn 1,2s*).

Martes, 25 de octubre de 2022

Ef 5,21-33; Sl 127; Lc 13,18-21

Meditemos

El Reino es el objeto principal de la predicación de Juan el Bautista y de Jesús (*Mt* 3,1; 4,17). Pero, ¿qué es esta misteriosa realidad que Jesús vino a instaurar aquí en la tierra? ¿Cuál es la naturaleza de esta realidad y qué exigencias conlleva? ¿A qué es comparable el reino de Dios? En el Evangelio de hoy se dan dos respuestas. Jesús propone primero comparar el reino de Dios con un grano de mostaza que un hombre tomó y arrojó en su jardín. Crecerá y se convertirá en un árbol y las aves del cielo vendrán a hacer sus nidos en sus ramas. El reino de Dios se compara entonces con la levadura que una mujer tomó y puso en tres medidas de harina, hasta que toda la masa se levantó.

Aparentemente, la llegada del reino de Dios no es radiante e inmediata. ¿Acaso esta venida no es comparable con lo que ocurre en el corazón del hombre cuando recibe la Palabra de Dios, como una semilla arrojada a la tierra y que crecerá por su propia potencia, como la semilla? Esta Palabra hará que se levante el mundo, como la levadura puesta en la masa. ¿A quién se dirige la Palabra? ¿Solo a los judíos de Palestina? ¿Al «pequeño rebaño» de discípulos? El Reino se convertirá en un gran árbol en el que anidarán todas las aves del cielo (*Mt* 13,31ss). Acogerá en su seno a todas las naciones, pues no está ligado exclusivamente a ninguna de ellas, ni siquiera al pueblo judío. Podría aparecer como una realidad invisible y, sin embargo, en cuanto se acoge la Palabra, sucede algo; se producen transformaciones lentas pero seguras en el corazón que la ha acogido, en las comunidades humanas que le dan una buena acogida. ¿No cabe pensar en el trigo mezclado con la cizaña en un campo (*Mt* 13,24)? ¿Cabe pensar en un «pequeño rebaño», en un nuevo Israel o en una Iglesia fundada por Pedro que recibe «las llaves del Reino de los Cielos» (*Mt* 16,18s)? Y, sin embargo, Jesús rehúye cuando la gente quiere hacerlo rey (*Jn* 6,15), aunque se deje llamar Mesías.

El crecimiento parece estar muy presente en el planteamiento del significado del reino de Dios. Esto implica que tenemos que contar con el tiempo, aunque se hayan cumplido los tiempos y el Reino esté aquí. Desde Juan Bautista, se abrió la era del Reino (*Mt* 11,12s); es el tiempo de las bodas y de la misión (*Mt* 9,37s; *Jn* 4,35; *Mt* 13). Hay un retraso entre esta inauguración histórica del Reino y su perfecta realización. ¿Cómo contribuirá la predicación a hacer realidad el reino de Dios? ¿Cuál será el papel del testimonio, la importancia del tiempo del testimonio (*He* 1,8; *Jn* 17,27) y el tiempo de la Iglesia? Al final de ese tiempo, el Reino llegará en su plenitud (*Lc* 21,31): allí se consumirá la Pascua (*Lc* 22,14ss), será la comida escatológica (*Lc* 22,17ss) donde los invitados de todas partes festejarán con los patriarcas (*Lc* 13,28ss; 14,15; *Mt* 22,2-10; 25,10). De este Reino consumado, los fieles están llamados a «heredar» (*Mt* 25,34), después de la resurrección y transformación de sus cuerpos (*1Cor* 15,50; *Ga* 5,21; *Ef* 5,5). Mientras tanto, todos están invitados a esperar la llegada del Reino: «Venga a nosotros tu reino» (*Mt* 6,10). No tengamos miedo de preguntarnos: ¿de qué reino se trata? ¿A qué Dios piden ayuda nuestros contemporáneos? ¿Es este el Dios de Jesucristo? ¿Cómo podemos conocerlo y proponerlo de forma creíble a nuestros contemporáneos? (Gaston Ogui Cossi, Christiane Baka, Pierre Diarra y Paulin Poucouta (dir.), *De qui Dieu est-il le nom ? Penser le divin*, París, Karthala, 2021, p. 7)

El Reino es el don de Dios por excelencia, el valor esencial que debe adquirirse a costa de todo lo que se posee (*Mt* 13,44ss), pero deben cumplirse ciertas condiciones. No se trata de un salario justamente debido: se trata de que Dios contrata a los hombres en su viña y da a sus trabajadores lo que le place dar (*Mt* 20,1-16). Sin embargo, si todo es gracia, los hombres y las mujeres deben responder a la gracia. Los pecadores endurecidos en el mal «no heredarán el reino de Cristo y de Dios» (*1Cor* 6,9ss; *Ga* 5,21; *Ef* 5,5). ¿Qué hace falta? Un alma pobre (*Mt* 5,3), una actitud infantil (*Mt* 18,1-4), una búsqueda activa del Reino y de su justicia (*Mt* 6,33), el soportar las persecuciones (*Mt* 5,10; *He* 14,22; *2Te* 1,5), el sacrificio de todo lo que se posee (*Mt* 13,44ss.), una perfección superior a la de los fariseos (*Mt* 5,20); en pocas palabras, el cumplimiento de la voluntad del Padre

(Mt 7,21), especialmente en materia de caridad fraternal (Mt 25,34). Todo esto se exige a quien desee entrar en el Reino. De hecho, todos los seres humanos son llamados, pero no todos serán elegidos: el invitado que no tenga el vestido de boda será expulsado (Mt 22,11-14). En principio, se requiere una conversión; ¿no es eso a lo que invita Jesús desde el principio de su ministerio?

La conversión se refiere a un nuevo nacimiento, sin el cual no se puede ver el Reino de Dios (Jn 3,3ss); de ahí la necesidad de vigilancia (Mt 25,1-13). El Mesías-Rey es el propio Hijo de Dios. El lugar de Jesús está en el centro del misterio del Reino, en el corazón de las tres etapas sucesivas por las que debe pasar: la vida terrenal de Jesús, el tiempo de la Iglesia y la consumación final de las cosas. Dejarlo todo por el Reino de Dios (Lc 18,29) es dejarlo todo por el Nombre de Jesús (Mt 19,29; Mc 10,29). Por lo tanto, pueden identificarse el Reino del Hijo y el Reino del Padre (Mt 13,41ss). A la hora de la resurrección, el Hijo ocupa su lugar en el trono mismo de su Padre (Ap 3,21), pues es exaltado a la derecha de Dios (He 2,30-35). A lo largo del tiempo de la Iglesia, se ejerce la realeza de Dios sobre los hombres a través de la realeza del Hijo, Señor del universo (Flp 2,11). ¿Acaso el Hijo no ha sido constituido como Rey de reyes y Señor de señores? (Ap 19,16; 17,14)

A la espera de que Dios, dueño de todo, tome plena posesión de su reino (Ap 19,6), los discípulos de Jesús son invitados a participar en la gloria de este reino (Ap 3,21), pues ya aquí en la tierra Jesús los ha hecho «un reino de sacerdotes para su Dios y Padre» (Ap 1,6; 1Pe 2,9; Ex 19,6). Por eso urge anunciar el Evangelio e invitar a nuestros contemporáneos a acoger a Jesús, el Salvador del mundo. Propone un reino de justicia y de paz, un camino de amor que conduce al Padre, con especial atención a cada ser humano que debe ser amado y respetado. Los hombres y las mujeres, los esposos y las esposas, deben amarse aún más porque son miembros del mismo Cuerpo, el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. ¿No tiene el matrimonio la vocación de reflejar la unión conyugal de Cristo y la Iglesia? Más allá de las exhortaciones morales, estamos en el corazón del misterio de la Iglesia y del vínculo que la une a Cristo, en el núcleo del misterio del amor. La Iglesia, el pueblo de Dios, es el Cuerpo de Cristo. Lo que se subraya no es un poder dominante, como a veces puede verse de un marido hacia su mujer.

Lo que se destaca es el amor de quien es el Salvador de todos y se entrega por los que ama. Pero el marido no es el salvador de la mujer, aunque pueda ayudarla a acoger a Cristo, el Salvador de todos. Como marido, su papel de líder también se basa en el amor y la entrega. Lo que se destaca en las relaciones sociales no es ya el poder, la sumisión y la obediencia, sino el servicio, el amor fraternal y la urgencia de constituir una Iglesia-Fraternidad, como en los primeros siglos del cristianismo. Todos, casados o solteros, están invitados a someterse a Cristo y a adoptar las normas del Reino de Dios: respeto y amor, justicia y paz; en una palabra, amar a Dios de todo corazón y con toda el alma y amar al prójimo como a uno mismo, es decir, a todos los que nos necesitan, incluidos los extranjeros, tal y como expresa la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37). Mejor aún, todos y cada uno de nosotros estamos invitados a amar como Cristo, que fue hasta la Cruz para significar el amor divino y el amor humano. No hay mayor amor que dar la vida por las personas a las que se ama. Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para hacerla santa purificándola mediante el baño del agua bautismal. ¡Bienaventurado el que teme al Señor y camina por sus sendas! ¡Bienaventurado seas tú! ¡La felicidad sea contigo!

Miércoles, 26 octubre de 2022

Ef 6,1-9; Sl 144; Lc 13,22-30

Meditemos

Escuchemos el texto de san Pablo con cierta perspectiva. Vosotros, los hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor... Honra a tu padre y a tu madre; este es el primer mandamiento acompañado de una promesa: así serás feliz y tendrás larga vida en la tierra. Y vosotros, los padres, no incitéis a vuestros hijos a la cólera. En lugar de esto, criadlos dándoles una educación y

advertencias inspiradas en el Señor. Vosotros, los esclavos, obedeced a vuestros amos aquí en la tierra como obedecéis a Cristo, con temor y profundo respeto, en la sencillez de vuestros corazones. ¿No somos siervos o incluso esclavos de Cristo, invitados a hacer la voluntad de Dios de todo corazón? Quizá la frase que parece resumir todos estos consejos es esta: todos, independientemente de su condición social, serán recompensados por el Señor. Se entiende que es Cristo quien nos ha liberado. De hecho, en Cristo se nos invita a vivir nuestras relaciones de una manera nueva. Pablo abre su serie de consejos con estas palabras: «Sed sumisos unos a otros en el temor de Cristo» (Ef 5,21). Los preceptos morales de la filosofía actual deben ser releídos a la luz del Evangelio» (Ef 5,21). Más en concreto, la constante referencia al Señor modifica profundamente estos preceptos.

Dentro de la familia, se introduce la reciprocidad entre los deberes de los miembros que se consideran fuertes (maridos, padres, amos) y los miembros que suelen considerarse débiles (esposas, hijos, esclavos). Todos tienen derechos y deberes enraizados en Cristo. Se entiende que el Maestro es Cristo y que todos estamos a su servicio. Todos debemos ser justos con los demás. Todos están invitados a acoger la palabra de Cristo, para que habite en sus corazones en toda su riqueza. Por ello, todos están invitados a instruirse y advertirse mutuamente con plena sabiduría; de ahí la importancia de someterse unos a otros. Cada persona se ha convertido en un ser nuevo, en una nueva criatura, porque se ha producido una transformación radical de la existencia, significada por el bautismo. Pueden mejorarse las relaciones humanas en el diálogo, la reciprocidad y la fraternidad. Se nos invita a dialogar tomando conciencia de la diversidad de racionalidades *culturales y religiosas* (Thierry-Marie Courau (dir.), *Le dialogue des rationalités culturelles et religieuses*, París, Cerf, 2019).

La Primera Alianza ya había anunciado la renovación del hombre bajo la influencia del Espíritu Santo que le da un corazón nuevo capaz de conocer a Dios (Ez 36,26-27; Sl 51,12). El último Adán es espíritu y da la vida, pues es celestial, espiritual. Ciertamente, Adán era la figura del que iba a venir, pero donde el primero trajo la muerte, el segundo trae la vida. La obra de Cristo es redentora para todos. Con Adán fue la desobediencia, la condena y la muerte; con Cristo es la obediencia, la justificación y la vida. Por medio de Adán, el pecado entró en el mundo; por medio de Cristo, que es la fuente de dicho mundo, se ha desbordado la gracia. La unión fructífera de Adán y Eva anunciaba la unión de Cristo y la Iglesia; esta, a su vez, se convierte en el misterio que funda el matrimonio cristiano (Ef 5,25-33; 1Cor 6,16). El amor y el «sí» al Dios-Amor están en la base de la revelación de este misterio de amor entre la humanidad y su Creador, que es también su Salvador.

¿No es cierto que cuando se habla de Adán, se habla de cada uno de nosotros, con nuestra fragilidad, nuestra pecaminosidad y nuestro deber de despojarnos del viejo hombre, según la palabra de Pablo (Ef 4,22ss)? Todo el destino del Hombre está inscrito en el drama de los dos Adanes. Todo ser humano, el cristiano en particular, encuentra en Cristo el Hombre por excelencia. El que se rebajó a un nivel inferior al de los ángeles para ofrecer la salvación a todos los hombres recibió la gloria prometida al verdadero Adán. ¿Acaso no se trata sobre todo de «revestirse de Jesucristo, el hombre nuevo»? A través de la nueva creación realizada en Cristo, segundo Adán (1Cor 15,45) e imagen de Dios (Col 1,15), el hombre es conducido a su verdadera humanidad: es creado según Dios en la justicia y la santidad (Ef 4,24), y mediante la obediencia avanza hacia el verdadero conocimiento (Col 3,10; Gn 2,17). Este hombre nuevo constituye la nueva humanidad más allá de las antiguas distinciones de religiones, orígenes, culturas y clases sociales (Col 3,11). El hombre nuevo tiene un carácter tanto colectivo (la Iglesia) como personal (el bautizado).

Se nos invita a dar gracias al Señor. De generación en generación, hemos de alabar sus obras, proclamar sus logros, dar gracias por Jesucristo, nuestro Señor. Se nos invita a volver a contar las maravillas de nuestro Dios, su brillo, su gloria y su esplendor, sin olvidar al Resucitado y su victoria sobre la muerte. Su fuerza es formidable y debemos contar su grandeza, su inmensa bondad. Al proclamar su Nombre y aclamar su justicia, no olvidemos presentarlo como el Señor tierno y misericordioso, lento a la cólera y lleno de amor y de verdad. La bondad del Señor es para todos; su ternura, para todas sus obras. Que todos los fieles, todos los discípulos misioneros, al dar gracias, bendigan su santo Nombre. Que todos nosotros, juntos e individualmente, presentemos al Resucitado como el Hombre nuevo en el que todos tenemos la salvación y la esperanza. Esta es también la misión:

«decir el buen Nombre» de Dios, presentarlo como el Dios que cuida de sus criaturas, que nunca deja sin respuesta a los que claman a Él. Si los cristianos tenemos el mismo amor, el mismo corazón, y si buscamos la unidad, sin rivalidad y sin gloria (*Fil 2,2-11*), nuestra Iglesia atraerá al mundo, el Dios-Amor será más conocido y mejor servido. Si cada cristiano da testimonio del Dios-Amor y se compromete en el camino del diálogo y del amor, atraeremos a Cristo a nuevos discípulos misioneros. Si el Dios-Amor es bueno para nosotros, bueno para todo ser humano, y si somos buenos testigos de este Dios, Él acabará por interesar a nuestros contemporáneos, incluso a los que parecen indiferentes al cristianismo.

Jueves, 27 octubre de 2022

Ef 6,10-20; Sl 143; Lc 13,31-35

Meditemos

En la carta a los Efesios y en el evangelio de hoy, hay referencias a los demonios y al diablo. ¿Quiénes son los demonios y quién es el diablo? ¿Sigue siendo necesario hablar de ellos hoy en día? ¿Qué tipo de lucha es? ¿No es Jesús el vencedor de Satanás y de los demonios? ¿No se trata de un duelo entre dos mundos, donde en última instancia está en juego la salvación del hombre? Jesús se enfrenta personalmente a Satanás y lo vence (*Mt 4,11; Jn 12,31*). También se enfrenta a los espíritus malignos que tienen poder sobre la humanidad pecadora. Podemos pensar en los numerosos episodios en los que intervienen personas poseídas: el endemoniado de la sinagoga de Cafarnaúm (*Mc 1,23-27*) y el de Gadara (*Mc 5,1-20*), la hija de la mujer sirofenicia (*Mc 7,25-30*) y el niño epiléptico (*Mc 9,14-29*). La mayoría de las veces, se entremezclan la posesión diabólica y la enfermedad (*Mt 17,15,18*). A veces se dice que Jesús cura a los endemoniados (*Lc 6,18; 7,21*) y a veces que expulsa a los demonios (*Mc 1,34-39*). ¿Son problemas que hoy podríamos relacionar con la psiquiatría (*Mc 9,20ss*)? Tal vez, pero toda enfermedad puede verse como una señal del poder de Satanás sobre las personas (*Lc 13,11*). Al enfrentarse a la enfermedad, Jesús lucha con Satanás; al curar, vence a Satanás. Los demonios se creían dueños aquí en la tierra; Jesús vino a aniquilarlos (*Mc 1,24*).

Las multitudes se asombraban de la autoridad de Jesús sobre los demonios (*Mt 12,23; Lc 4,35ss*). Sus enemigos lo acusan: «Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios, echa los demonios» (*Lc 11,15*); «¿no está él mismo poseído por el demonio?» (*Mc 3,30; Jn 7,20; 8,48; 10,20s*). Jesús da la explicación: Dios expulsa a los demonios por medio del Espíritu Santo y esto demuestra que ha llegado a los hombres el Reino de Dios (*Mt 12,25-28*). Satanás se creía fuerte, pero es desalojado por alguien más fuerte (*Mt 12,29*). A partir de entonces, las expulsiones se harán en nombre de Jesús (*Mt 7,22; Mc 9,38s*). Al enviar a sus discípulos a las misiones, Jesús les comunica su poder sobre los demonios (*Mc 6,7.13*) y los discípulos ven que los demonios se someten a ellos. Durante siglos, este fue uno de los signos que acompañaban a la predicación del Evangelio, junto con los milagros (*Mc 16,17*). Pero la batalla contra Satanás y los demonios continúa en la Iglesia.

En los *Hechos de los Apóstoles* se mencionan liberaciones de poseídos (*He 8,7; 19,11-17*). Pero el duelo de los enviados de Jesús con los demonios adopta diversas formas: la lucha contra la magia, las supersticiones de todo tipo (*He 13,8; 19,18s*), la creencia en espíritus adivinatorios (*He 16,16*); la lucha contra la idolatría, donde se adora a los demonios (*Ap 9,20*); la lucha contra la falsa sabiduría (*Sant 3,15*), contra las personas que difunden doctrinas demoníacas tratando de engañar a la gente (*1Tm 4,1*), contra los falsos hacedores de prodigios que actúan en favor de la Bestia (*Ap 16,13s*). Satanás y sus ayudantes obran detrás de todos los actos humanos que se oponen al progreso del Evangelio. Incluso las pruebas del Apóstol son atribuibles a Satanás (*2Cor 12,7*). Gracias al Espíritu Santo, es posible discernir los espíritus (*1Cor 12,10*) y el cristiano ya no se deja engañar por los falsos prestigios del mundo diabólico (*1Cor 12,1ss*). La Iglesia está comprometida en una guerra a muerte contra Satanás siguiendo el ejemplo de Jesús y conserva una esperanza inquebrantable. De hecho, Satanás ya ha sido derrotado y ahora su poder es limitado. Su derrota y la de sus ayudantes será definitiva al final de los tiempos.

Al mismo tiempo que lucha contra los demonios, Jesús lucha contra todos los que se oponen a Él, todos los que quieren impedir que anuncie el Reino, todos los que quieren matarlo, como Herodes y muchos fariseos. Su obra está comprometida con la expulsión de los demonios y la realización de sanaciones hoy, mañana y en los días venideros. Esta obra continúa en la Iglesia y, aunque fue condenado a muerte, la obra de Jesús continúa con aún más fuerza al haber resucitado, victorioso sobre todo el mal y la muerte. Murió en Jerusalén, como numerosos profetas, pero resucitó. Ahora sus enviados han heredado su poder y, en su Nombre, pueden derrotar a todas las fuerzas del mal.

Incluso en la adversidad, hemos de mantenernos firmes, tal y como explica Pablo a los efesios. Hay que llevar el cinturón de la verdad y la coraza de la justicia. Pablo invita a los efesios a calzarse con el ardor de anunciar el Evangelio de la paz. Nunca deben dejar el escudo de la fe, que puede extinguir todas las flechas ardientes del Maligno. Se los invita a llevar el casco de la salvación y la espada del Espíritu Santo, es decir, la Palabra de Dios. Estamos en una lucha, incluso una guerra a muerte, contra Satanás y los enemigos del Evangelio. Tampoco hay que descuidar la oración. Por el contrario, Pablo quiere que el Espíritu Santo capacite a los efesios para orar y rogar en todas las circunstancias. Deben permanecer despiertos, diligentes en la súplica por todos los fieles.

Incluso Pablo necesita que los efesios recen por él. Y es que Pablo está preso en Roma. Sabe que el cristiano ya está salvado (*Ef 2,8*); los bautizados son «resucitados y exaltados con Cristo a la gloria». Sin embargo, percibe la urgencia de anunciar el Evangelio a todos, a los judíos y a los demás, para que todos entren en una dinámica de conversión. La salvación y la reconciliación que va unida a ella tienen un carácter tanto ético como cósmico. La Iglesia es desde entonces una realidad universal; tiende a hacerse eterna, porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo y Él es el Salvador de todos. Pablo pide a los efesios que recen por él, para que le sea dada una palabra justa cuando abra la boca, para dar a conocer con confianza el misterio del Evangelio. Qué suerte si el Dios de Jesucristo puede ser acogido, no como un Dios que seguirá siendo siempre un desconocido, sino como un Dios que se convierte gradualmente en un «Dios para todos», el salvador de todos y cada uno. Es un Dios que supera a los «dioses locales» por su luz, su atención a todos y cada uno, que se manifiesta como el Dios-Amor, lleno de amor y de verdad (véase Yannick Essertel, *Évangélisation & cultures*, París, Cerf, 2020, p. 410).

Sigamos rezando por las Iglesias locales para que sigan siendo misioneras. Recemos por los misioneros de toda la vida, los que se dedican plenamente al anuncio del Evangelio. Recemos también por las comunidades cristianas, para que prosigan la misión de diversas maneras, sin olvidar despertar en ellas vocaciones misioneras y brindarles apoyo. Demos gracias al Señor que cuida de cada uno de nosotros, porque Él, el Creador, sabe que somos frágiles. Citando al salmista, el hombre es como un soplo, sus días son una sombra pasajera. Pero el Señor escucha nuestras oraciones y podemos pedirle que incline los cielos y baje a salvarnos. ¡Tan solo tiene que tocar las montañas y arden! Le basta con tirar flechas para sembrar el terror. Podemos pedirle que nos tienda la mano para liberarnos. Solamente Él puede salvarnos del abismo de las aguas, de las garras de Satanás, de la fuerza del mal en nosotros y en nuestras sociedades. Que nos dé la fuerza del Espíritu Santo para crecer en paz y esperanza.

Viernes, 28 octubre de 2022

San Simón y san Judas, apóstoles (fiesta)

Ef 2,19-22; Sl 18; Lc 6,12-19

Meditemos

Celebramos a Simón el Zelote o Simón el Cananeo, para distinguirlo de Simón Pedro, y a Judas o Tadeo, para distinguirlo de Judas Iscariote (*Mt 10,4; Mc 3,19; Lc 6,15; Jn 14,22*). Judas o Tadeo le hicieron esta pregunta a Jesús en la Última Cena: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?» (*Jn 14,22*): «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo

amará, y vendremos a Él y haremos morada en Él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy...» (Jn 14,23-27).

Al igual que los Apóstoles, ya no somos extranjeros ni transeúntes, sino conciudadanos del Cielo, santos en cierto modo, miembros de la familia de Dios, pues hemos sido integrados en el edificio que tiene como cimientos a los Apóstoles y profetas, y la piedra angular es el propio Cristo Jesús. En Él, todo el edificio se eleva armoniosamente para convertirse en un templo santo en el Señor. En Él, todos formamos parte de la misma construcción para convertirnos en morada de Dios por medio del Espíritu Santo. Con los Apóstoles, estamos en la misma onda que el salmista que dice: Hazme vivir según tu amor; cumpliré los decretos de tu boca. Tu palabra, Señor, permanece en los cielos para siempre. Tu fidelidad permanece de generación en generación; fundaste la tierra y permanece. El mundo subsiste hasta hoy por tu mandamiento, porque todo está a tu servicio. Si tu ley no fuera mi delicia, ya habría perecido en mi desgracia. Jamás olvidaré tus mandatos, pues con ellos me diste vida. Soy tuyo, sálvame, que yo consulto tus mandatos.

La Palabra confiada a los Apóstoles irá de Jerusalén a Roma, pasando por Judea, Galilea de los Gentiles, Samaria y toda la cuenca del Mediterráneo. Como dice el papa Francisco, el libro de los *Hechos de los Apóstoles* es el libro que siempre tienen a mano los discípulos misioneros, porque cuenta cómo la *fragancia del Evangelio* se extendió por todas partes donde se anunciaba a Cristo, dando lugar a la alegría que solamente puede ofrecernos el Espíritu Santo. La Palabra viajará a Roma y desde allí irá por todo el mundo gentil difundiendo el amor de Dios, la paz, la justicia y la comunión. La Palabra triunfará e incluso con el gran misionero Pablo preso en Roma, seguirá haciendo triunfar el anuncio del Evangelio. Nada puede detener el camino de la Palabra, el progreso de los misioneros que anuncian a Cristo. Se nos invita a creer en la fuerza del Espíritu Santo que sostiene nuestras actividades misioneras, que sostiene nuestros esfuerzos de diálogo con nuestros contemporáneos. Es Él quien nos permite creer en el hombre, en cada ser humano y en su capacidad de abrirse al Dios de Jesucristo. Estamos llamados a convertirnos en el prójimo de cada hombre y mujer, en el corazón del diálogo. Se nos invita a optar por el universalismo, a ir «más allá de la tribu», a «amar como Jesús», a motivarnos a «amar como Dios que busca nuestro bien» (Card. Jean-Louis Tauran, *Je crois en l'homme*, París, Bayard, 2016, p. 321)

Desde el cielo, el Resucitado envió a Pablo además de los Doce; a través de esta misión apostólica, se puede precisar la naturaleza del apostolado. A Pablo se le llama «apóstol» (Rom 1, 1; Ga 1, 15) porque ha encontrado al Señor Resucitado y sabe decir a quien quiera escucharlo que había una vocación particular en el origen de su misión. Como apóstol, es un «enviado», no de los hombres sino de Jesús, personalmente. Para Pablo, los misioneros, en este caso los Apóstoles, son «embajadores de Cristo». Es Dios quien exhorta a través de ellos (2Cor 5,20); su historia continúa la de Jesús, como está bien significado en los *Hechos de los Apóstoles*. La palabra que os hemos dicho no es palabra de hombre, sino Palabra de Dios (1Te 2,13), explica el apóstol Pablo. Bienaventurados los que acogieron a los misioneros como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús (Ga 4,14). Los apóstoles son *colaboradores de Dios* (1Cor 3, 9; 1Te 3,2). A través de ellos se cumple el ministerio de la gloria escatológica (2Cor 3,7-11). El apóstol puede ser un hombre despreciado por el mundo, probablemente para no desviar en beneficio propio ese poder divino y esa gloria. Incluso puede ser perseguido, entregado a la muerte para que se dé la vida a los hombres (2Cor 4,7-6,10; 1Cor 4,9-13). Pero Pablo trabaja por la comunión de las comunidades que ha fundado (1Cor 5,4). Ejerce su ministerio como un servicio, siguiendo el ejemplo de Jesús, el siervo y fiel testigo. El misionero es pastor, siguiendo el ejemplo del gran Pastor, Jesucristo. Al igual que Él, sabe renunciar a sus derechos cuando es necesario (1Cor 9, 12); cuida a los fieles como un padre o una madre (1Te 2,7-12) y les da ejemplo de fe (1Te 1, 6; 2Te 3,9).

Aunque el caso de Pablo es único, hay que señalar que sus estrechos colaboradores, Timoteo (1Te 3,2), Silvano, al que llama apóstol (1Ts 2,5ss), y Sóstenes y Apolos (1Cor 4,9), así como los

demás apóstoles, siguen esta *lógica de atención, servicio, fe y amor*. Como apóstoles de los gentiles, tienen una comprensión especial del misterio de Cristo. Están dispuestos, como Felipe, a evangelizar a los samaritanos (*He 8*) y el Espíritu Santo desciende sobre los gentiles (*He 10*), como para significar que Dios no está ausente en las culturas de los diversos pueblos del mundo y que precede a los misioneros en todas partes en el corazón de las mujeres y los hombres. Dios ya está manos a la obra en los corazones, si podemos expresarlo así. Por tanto, hay que evangelizar a los judíos sin olvidar los demás pueblos. Se ofrece la salvación a todos. Dondequiera que vayan los discípulos de Cristo, deben anunciar a su Señor y revelar su misterio. Deben vivir de tal manera que los gentiles quieran creer en Jesucristo.

Aunque es, por excelencia, la función de los Doce y de Pablo, el apostolado es ejercido desde sus inicios por la Iglesia entera. Las Iglesias de Antioquía y Roma existían antes de que los líderes de la Iglesia lo consiguieran. En un sentido amplio, confirmado en la Iglesia mediante la expresión «discípulos misioneros» utilizada a menudo por el papa Francisco, el apostolado es la obra de todo discípulo de Cristo, de todo bautizado, «luz del mundo y sal de la tierra» (*Mt 5,13s*). Según su rango, carisma y compromisos, cada «discípulo misionero» debe participar en el apostolado de la Iglesia imitando a Pablo, a los Doce y a los primeros apóstoles en su celo apostólico. Anunciar la Palabra de salvación es también dar testimonio con toda la vida, las palabras y las obras, individualmente y en comunidad, del Señor Jesús, el Salvador de toda la humanidad.

Sábado, 29 de octubre de 2022

Fil 1,18b-26; Sl 41; Lc 14,1.7-11

Meditemos

Escuchemos atentamente a san Pablo: tanto si vivo como si muero, Cristo será glorificado en mi cuerpo. De hecho, para mí, vivir es Cristo y morir es una ventaja. Pero si, viviendo en este mundo, consigo hacer un trabajo útil, ya no sé cómo elegir. Me siento atrapado entre las dos posibilidades: quiero irme para estar con Cristo, pues es muy preferible; pero, debido a ti, permanecer en este mundo es aún más necesario.

La misión de Pablo es muy clara. Si solamente se tuviera en cuenta a sí mismo, se iría a «estar con Cristo», porque es lo que le parece preferible. Si dejara este mundo, no se arrepentiría. Morir sería una ventaja. Pero Pablo no vivía solamente para sí mismo, ni solamente para su salvación. Debido a ti, explica Pablo, permanecer en este mundo es aún más necesario. De hecho, la pregunta se nos plantea a todos. ¿Qué hacemos en este mundo? Tenemos que preguntarnos qué misión estamos cumpliendo aquí en la tierra. ¿Qué misión hemos aceptado cumplir aquí en la tierra? ¿Vivimos simplemente para nosotros mismos o vivimos también tratando de ser útiles a los demás, tratando de trabajar con ellos por su salvación? Dios quiere la salvación de todos los hombres y mujeres (*1Tim 2,4*). Nuestro Dios y Salvador vino a salvar a los pecadores; para eso fue enviado (*1Jn 4,14; Tit 2,13; 1Tim 1,15*). Manifestó la gracia y el amor a Dios. Mediante su muerte y resurrección, Cristo se convirtió para nosotros en principio de salvación eterna (*Hb 5,9*), salvador del Cuerpo que es la Iglesia (*Ef 5,23*). El título de Salvador también es apropiado para el Padre (*1Tim 1,1; Tit 1,3*) y para Jesús (*Tit 1,4*). Por eso el Evangelio, que relata todos estos hechos, es «una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (*Rom 1,16*). Quien se dedica a la evangelización no tiene otro objetivo que la salvación de los hombres (*1Cor 9,22*), sean judíos o gentiles.

Aceptar el Evangelio y optar por Jesús es una cuestión de vida o muerte, de salvación o pérdida (*2Te 2,10; 2Cor 2,15*). Los que creen y confiesan su fe se salvan (*Rom 10,9ss*) y su fe es sellada al recibir el bautismo, que es una verdadera experiencia de salvación (*1Pe 3,21*). Dios los salva por pura misericordia, sin tener en cuenta sus obras (*2Tim 1,9; Tit 3,5*), por gracia, dándoles el Espíritu Santo. El cristiano debe entonces alimentar su fe con el conocimiento de las Escrituras (*2Tm 3,15*) y hacerla fructificar en buenas obras. Debe obrar su salvación con temor y temblor, practicando las virtudes salvadoras (*1Te 5,8*), mediante las cuales crecerá en la salvación (*1Pe 2,2*). Esto se ofrece en cada

momento de la vida (*Heb 2,3*): ahora es el Día de la Salvación (*2Cor 6,2*). Sin embargo, solamente nos salvamos en la esperanza (*Rom 8,24*), explica el apóstol Pablo, pero Dios nos ha reservado la salvación (*1Te 5,9*). Es una herencia que solamente se revelará al final de los tiempos (*1Pe 1,5*). Por lo tanto, la salvación debe verse en la perspectiva escatológica del Día del Señor (*1Cor 3,13s; 5,5*). Ya reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo y justificados por su sangre, seremos entonces salvados por Él de la ira (*Rom 5,9ss*). Cristo aparecerá para darnos la salvación (*Heb 9,28*). Nuestros cuerpos serán entonces transformados y así Cristo completará su obra de salvación. Entonces nos salvaremos de la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Todos los males serán abolidos para siempre. Será la victoria por excelencia de Dios y de Cristo. La salvación pertenece a nuestro Dios y al Cordero (*Ap 7,10; 12,10; 19,1*) como ya podemos cantar.

A la espera de cantarlo eternamente, cada uno de nosotros es como un ciervo en busca de agua viva. Porque todo el mundo puede decir: mi alma te busca, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo podré presentarme ante ti, Dios mío? ¿Por qué te afliges, oh alma mía, y te lamentas por mí? ¡Ten esperanza en Dios! De nuevo daré gracias: ¡es mi salvador y mi Dios! Los que experimentan la bondad de Dios deben estar dispuestos a proponérsela a nuestros contemporáneos, en el marco de un diálogo franco y sincero, con una nota de *gratuidad* que permita tener en cuenta la dimensión del devenir y de la duración, sin olvidar las exigencias del «vivir juntos» (Pierre Diarra, *Gratuité fraternelle au cœur du dialogue*, París, Karthala, 2021, p. 102).

El consejo que da Jesús se refiere a nuestro deber de servir, sin ponernos por delante. Por el contrario, explica Jesús, cuando te inviten, ve y siéntate en el último lugar. Entonces, cuando venga el que te invitó, te dirá: «Amigo, avanza más arriba», y será un honor para ti a los ojos de todos los que están en la mesa contigo. De hecho, Jesús explica que quien se enaltece será humillado y quien se humilla será enaltecido. Es una invitación a ocupar el último lugar, pero sobre todo es una invitación a permanecer con el atuendo de servicio, a permanecer como siervo siguiendo a quien se entregó por la salvación de la humanidad. Como pidió san Pablo a los filipenses, también nos invita a tener la misma disposición, el mismo amor, los mismos sentimientos.

Se nos invita a amarnos los unos a los otros y a buscar la unidad. Se nos invita a asumir *los retos de la convivencia*, luchando contra la violencia en todas sus formas, favoreciendo el diálogo y el amor, la justicia y la paz (Paulin Poucota, Gaston Ogui y Pierre Diarra (eds), *Les défis du vivre-ensemble au XXIe siècle*, París, Karthala, 2016, p. 9). ¿Acaso no rezó Jesús para que sus discípulos fueran uno, para que el mundo creyera que lo había enviado el Padre (*Jn 17,21*)? «No seáis nunca intrigantes ni engreídos; en lugar de esto, tened la humildad de valorar a los demás por encima de vosotros mismos. Que cada uno de vosotros no se preocupe por sus propios intereses; pensad también en los de los demás. Tened en vosotros las disposiciones que hay en Cristo Jesús. Cristo Jesús, teniendo la condición de Dios, no retuvo celosamente el rango que lo hacía igual a Dios sino que se destruyó a sí mismo, adquiriendo la condición de siervo, haciéndose similar a los hombres. Reconocido como hombre por su apariencia, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte en la cruz. Por eso Dios lo exaltó: lo dotó del Nombre que está por encima de todo nombre, para que ante el nombre de Jesús todos se arrodillaran en el cielo, en la tierra y en el infierno, y que toda lengua proclamase: «Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre». Concluyamos esta meditación dando gracias por el Señor Jesús. Demos gracias por los numerosos misioneros que dan a conocer su nombre en todo el mundo y que a veces son perseguidos y asesinados. Que el Señor nos mantenga fuertes para seguir sirviendo a las necesidades del Evangelio, para que la Iglesia sea cada vez más misionera.

Domingo, 30 de octubre de 2022

Domingo XXXI del tiempo ordinario

Sab 11,23 a 12,2; Sl 144; 2Te 1,11 a 2,2; Lc 19,1-10

Meditemos

¿A quién debemos escuchar y qué debemos oír? ¿A los que recriminan y parecen vigilar lo que hacen los demás? ¿A los que intentan convertirse, como Zaqueo, sea cual sea su situación? ¿Se dirige Jesús a todos cuando invita a la conversión?

¿Qué dicen los que recriminan, que son numerosos según el evangelista? Se trata de «todos» o, al menos, de la mayoría: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». ¿Qué debemos entender y sobrentender? La «gente que se comporta bien» o «la gente buena» no va a casa de cualquiera. Si una persona parece tener un buen comportamiento, no debe relacionarse con personas de comportamiento dudoso. Se piensa que no debe dejarse influir para actuar mal. Pero, ¿debemos hacer distinciones separando a los buenos por un lado y a los malos por otro? ¿Cómo se puede vivir la misión cristiana si las personas que llevan el Evangelio están alejadas de las personas que necesitan el perdón del Señor? Además, las personas que están bien consideradas por quienes las rodean, que se esfuerzan por actuar bien, por amar a Dios y al prójimo, pueden cometer errores, carecer de amor y, por tanto, necesitar el perdón del Señor.

Escuchemos lo que Zaqueo le dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». Zaqueo, cuyo nombre significa «el justo», es un buen ejemplo de arrepentimiento liberador y gozoso. Al confesar sus faltas y mostrar un firme deseo de reparación, confiesa el amor a Dios. Quiere reconocer ante el Señor y ante las personas que están a su lado que es un pecador y que necesita la salvación. Parece afirmar que el perdón nos lo da el Señor Jesús, ante quien reconoce que ha hecho daño a la gente. Quiere devolver cuatro veces más, como si quisiera compartir los beneficios de sus ganancias injustamente adquiridas. Podría decirse: con todo lo que ha robado, puede hacerlo; pero no es tan sencillo; hace falta valor para ser justo e incluso ir más allá. Con ello, Zaqueo quiere mostrar no solamente que hay que optar por la justicia, sino también intentar ir más lejos, es decir, tomar la senda de un amor que no tiene límites. Nos orientamos hacia el amor a Dios, que es el más fuerte y que nos empuja a ir cada vez más lejos en los actos de amor que realizamos.

Confesar el amor a Dios es proclamar en voz alta, con cierta exultación, que Dios ha llegado a mí, al pobre pecador que soy. ¿No es el nombre de mi Dios Jesús, que significa «Dios salva»? Este Dios no vino por los justos sino por los pecadores. Confesar el amor de un Dios que actúa en mi vida es confesar el futuro que Dios abre para mí, con mis hermanos y hermanas. Es un Dios cuya misericordia llega a mí, así como a todos los seres humanos, a todos los que reconocen sus faltas y piden sinceramente perdón. Confieso que soy pecador, pero sobre todo confieso que Dios es Amor, Misericordia; reconozco que el perdón me ha alcanzado y que Dios se preocupa por mi salvación, por mi futuro. No me limito a decir «he hecho esto, he hecho lo otro y es malo...», especialmente cuando me presento ante el sacerdote para el sacramento de la reconciliación; también digo: Dios me ama, me llama a vivir esto, aquello. Aquí es donde estoy y así es como quiero avanzar. Soy consciente del amor de Dios, consciente de un Dios que perdona. Me encuentro con un Dios que me ama; todavía no he llegado en mi camino hacia la santidad, hacia este Dios tres veces santo. Pero puedo seguir adelante; no he dicho mi última palabra y Dios tampoco. Sé que su amor y su perdón me alcanzan en mi camino de hombre o mujer. *Jesús está con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos (Mt 28,20)*, aunque sea rechazado o acogido, en agonía o «recrucificado» (*Heb 6,6*), sin dejar nunca de estar resucitado y de estar-con-nosotros de diversas maneras (véase Michel Fédou, *Jésus Christ au fil des siècles*, París, Cerf, 2019, p. 491)

Reconocer mi pecado y pedir perdón a Dios es una expresión de asumir la responsabilidad de mi historia en relación con la salvación en Jesucristo. Pedir perdón no es un ajuste de cuentas. Se trata de decir con confianza: Ay, Señor, tú me amas; perdóname por lo que he hecho y abre para mí un futuro que me permita caminar contigo, en la esperanza, en el amor. La confesión de mi pecado es también una confesión de mi fe que puede tomar la forma de un credo, de un canto, de una acción de gracias... La confesión de mi pecado me ayuda a sentirme amado, perdonado, animado a seguir esforzándome por amar mejor, por creer mejor y por esperar con confianza. Puesto que Dios nos ama,

a cada uno de nosotros de forma única, cada uno debe por tanto sentirse a gusto consigo mismo, con sus limitaciones, sus defectos e incluso sus faltas. No debemos desanimarnos en la búsqueda de la verdadera sed de verdad y amor. El perdón nos arraiga en esta búsqueda y nos anima a perdonar a nuestra vez: perdona nuestras ofensas y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal.

Escuchad lo que Jesús dice sobre Zaqueo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido». Siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo, recemos para que nuestro Dios nos encuentre dignos de la llamada que nos ha hecho a cada uno de nosotros. Recemos para que, con su poder, permita a todos realizar el bien que cada uno desea, para que se active la fe.

Con el salmista, tomemos conciencia de la bondad y misericordia de nuestro Dios. Porque el Señor sostiene a todos los que caen y levanta a todos los que están abrumados. Con los ojos puestos en Él, todos estamos invitados a la esperanza. Él nos da la vida, el mundo, la inteligencia y la comida en todo momento. Él sacia de bondad a todos los seres vivos. El Señor es justo en todos sus caminos, fiel en todo lo que hace. Está cerca de quienes lo invocan, de todos los que lo invocan desde la verdad. Responde al deseo de quienes lo temen; escucha su clamor: los salva. Señor, que tu amor esté con nosotros, al igual que nuestra esperanza está puesta en ti. ¡Atrevámonos a bendecir el nombre del Señor, siempre y para siempre! Atrevámonos a alabar su nombre siempre y para siempre. Solamente Él merece ser alabado, porque su grandeza y su amor no tienen límites. Atrevámonos a alabar sus obras y su misericordia y a proclamar sus hazañas. Que esto nos mantenga en el camino correcto, el camino de la santidad, por más esfuerzo que requiera. Repitamos la historia de sus maravillas, de su perdón, y que todo nuestro ser sepa darle gracias.

Lunes, 31 de octubre de 2022

Fil 2,1-4; Sl 130; Lc 14,12-14

Meditemos

Los textos de hoy son consejos muy sencillos y prácticos, tanto para los cristianos del pasado como para los de hoy. Volvamos a leerlos con atención. Tened la misma disposición, el mismo amor, los mismos sentimientos y buscad la unidad. Reconfortaos los unos a los otros. El apóstol Pablo da este consejo con referencia a Cristo, invitando a los cristianos de la Iglesia de Filipos a vivir en comunión en el Espíritu Santo. Los invita a tener más ternura y compasión. Explica: no seáis nunca intrigantes ni engreídos; en lugar de esto, tened la humildad de valorar a los demás por encima de vosotros mismos. Que cada uno de vosotros no se preocupe por sus propios intereses; pensad también en los de los demás. Tenemos aquí un consejo muy realista para hacer un balance de las relaciones con nuestros hermanos: no ser engreídos, valorar a los demás por encima de nosotros mismos, vivir en comunión en el Espíritu Santo, ser tiernos y compasivos.

El Salmo 130 también nos invita a ser menos egocéntricos, a no tomarnos como el centro del mundo. El autor del salmo escribe: «Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad. Sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre; como un niño saciado, así está mi alma dentro de mí». Cada uno de nosotros está invitado a ser como un niño que lo espera todo de su madre, confiando en su Creador, en una especie de sencillez que nos permita adoptar, no con una mirada altanera ni con un corazón orgulloso, una actitud que acalle y modere nuestros deseos.

En la misma lógica de los consejos ofrecidos para terminar este mes de octubre, Jesús nos dice: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos». Hemos de ser conscientes aquí del compromiso

misionero de la Trinidad, de la *missio Dei* de la que hablan los teólogos, es decir, el envío del Hijo por parte del Padre y el envío del Espíritu Santo por parte del Padre y el Hijo en un movimiento en el que participa la Iglesia, que a su vez es enviada al mundo por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Iglesia, en su peregrinación por la tierra, es misionera, pues no tiene otro origen que la misión del Hijo, la del Espíritu Santo, según el plan de Dios Padre (*Ad gentes*, n.º 2). Tenemos un doble movimiento del que Dios mismo es la fuente: un primero, cuando envía a su Hijo y a su Espíritu Santo al mundo, y un segundo, cuando la Iglesia, a su vez, envía a mujeres y hombres al mundo para que den testimonio en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estos envíos tienen sus raíces en el amor gratuito del Padre; por eso, el Evangelio debe ofrecerse gratuitamente, en el marco de un diálogo que debe ser también gratuito, respetando la libertad de conciencia del prójimo, tal y como explicó san Juan Pablo II en *Redemptoris missio* (n.º 39). Pero la Iglesia debe repetir: *¡abrid vuestras puertas a Cristo!*

El envío de Dios, la *missio Dei*, significa a la vez que la misión depende de Dios y que le pertenece, desde su origen hasta su fin. Dios mismo es el agente que, como Padre, envía a su Hijo y a su Espíritu Santo, según la perspectiva de los capítulos 16 y 17 del Evangelio de Juan. El envío de la Iglesia, la *missio Ecclesiae*, se refiere tanto al envío de los hombres al mundo por parte del Padre y del Hijo, como al envío de mujeres y hombres por parte de otros hombres y mujeres, el envío al que procede la Iglesia. Nuestros obispos, congregaciones misioneras y otros organismos de la Iglesia envían a misioneros. Se los invita a proponer la fe cristiana, la fe en Jesucristo. Es la *missio Dei* la que de alguna forma dirige la *missio Ecclesiae* y no al revés. Así, la Iglesia entra en el «seguimiento» de Cristo como *sacramento de salvación* o, según la concepción protestante, como *signo ofrecido* al mundo. Toda la Iglesia es misionera, aunque haya misioneros que se dedican a ello toda la vida, que lo dejan todo para anunciar el Evangelio allí donde surge la necesidad, especialmente en el marco de la *missio ad gentes*. Todos los bautizados están invitados a llevar el Evangelio dondequiera que vayan y hasta los confines de la tierra, con humildad, valentía y amor.

El Espíritu se da a todos, como fuerza creadora en la misión o, en palabras de san Juan Pablo II, como *protagonista de toda la misión eclesial*. Al igual que en la Iglesia primitiva, el Espíritu Santo impulsa a los misioneros por doquier para que se produzcan conversiones, como en el caso de Cornelio (*He* 10) y diversos pueblos acepten a Cristo y vivan de forma más justa, pacífica y amorosa, hallando soluciones a los problemas a los que se enfrentan las sociedades y las personas, tanto en el pasado como en la actualidad (*He* 15; 16,5-8). El Espíritu Santo actúa a través de los Apóstoles y de todos los misioneros, pero al mismo tiempo actúa en los oyentes. Entonces, como ahora, gracias a su acción, la Buena Noticia penetra en los corazones y las mentes humanas y se extiende por todas partes y a lo largo de la historia. El Espíritu da vida, guía la misión, hace que toda la Iglesia sea misionera y abre el corazón de los individuos, para que se presten atención unos a otros y opten por un amor cada vez más sincero, sin olvidar el respeto. ¿No es el Espíritu quien difunde las «semillas de la Palabra», presentes en los ritos, las religiones y las culturas de los pueblos, y los prepara para su madurez en Cristo? (*Redemptoris missio*, n.º 28; 39) Necesitamos el impulso del Espíritu para inventar nuevos caminos misioneros, para *no ser paralizados por el miedo y el cálculo* (Papa Francisco, *Gaudete et exsultate*, n.º 133; Michel Fédou (ed.), *Le sens du Credo aujourd'hui*, París, Éditions jésuites, 2020, p. 119).

La acción universal del Espíritu Santo no debe separarse de la acción particular que realiza en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Es siempre el Espíritu Santo quien actúa cuando vivifica a la Iglesia y la impulsa a anunciar a Cristo, o cuando difunde sus dones y los hace crecer en todos los hombres y en todos los pueblos. La Iglesia está entonces invitada a descubrirlos, acogerlos y promoverlos a través del diálogo, promoviendo los valores espirituales, morales y socioculturales que se encuentran en las tradiciones y religiones del mundo, como nos recomienda *Nostra aetate* (n. 2). Así se difunde la Buena Noticia de la salvación y, ayer como hoy, las mujeres y los hombres, especialmente los pobres, los pequeños y los marginados, pueden disfrutar de mejores condiciones de vida y estar más abiertos a Dios, al Evangelio. El reino de la justicia, la paz, el amor y la ternura

puede entonces expandirse, dando más fuerza a cada uno para vivir en diálogo y fraternidad (*Fratelli tutti*, n. 140). «Gratis habéis recibido, dad gratis» (*Mt* 10,8).

Pierre Diarra,

Consultor del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso,
Union pontificale missionnaire (Francia)
Institut catholique de Paris
París, a 7 de noviembre de 2021